

EL DIACONO
DEL NUEVO
TESTAMENTO

LA VITAL IMPORTANCIA DE
SU FUNCION DE ACUERDO A
LOS PRINCIPIOS BIBLICOS

ALEXANDER STRAUCH

Copyright © 1992 por Alexander Strauch
de la edición en inglés publicada originalmente
bajo el título "The New Testament Deacon".

Copyright © 2000 y 2003 por Alexander Strauch
de la edición en español.

La primera edición de 1.000 ejemplares fue publicada en el año
2000 por Libros Compartir, un ministerio de la Asociación
Misión Acción Internacional, A.A. 051910, Santa Fe de Bogotá,
Colombia. La presente impresión es una reproducción de
dicha edición.

Traducido al español por Gloria Pulido de Junay

Todas las citas bíblicas usadas en esta traducción han sido
tomadas de la Biblia Reina Valera, revisión de 1960

Publicado y distribuido por DIME
(Distribuidora Internacional de Materiales Evangélicos)
P. O. Box 490, Cupertino, CA 95015, Estados Unidos
e-mail: libros@DIME.org

Para recibir información acerca de otros materiales
en español publicados por Lewis and Roth Publishers,
puede llamar al 408.253.9096, o enviar un e-mail a
libros@dime.org

Acerca del autor

Alexander Strauch ha servido como maestro y anciano pastor por más de treinta años en Littleton Bible Chapel en Littleton, Colorado. El y su esposa Marilyn tienen cuatro hijos y diez nietos.

La Editorial DIME ha publicado en español los siguientes libros de Alexander Strauch:

Liderazgo Bíblico de Ancianos. Un urgente llamado para restaurar el liderazgo bíblico en las iglesias.

- **Guía de estudio** para Liderazgo Bíblico de Ancianos.
- **Guía del mentor** para Liderazgo Bíblico de Ancianos.
- **Edición condensada** de Liderazgo Bíblico de Ancianos.
- **Guía Interactiva** de Liderazgo Bíblico de Ancianos.

El diácono del Nuevo Testamento. La vital importancia de su función de acuerdo a los principios bíblicos.

- **Guía de estudio** para El diácono del Nuevo Testamento.

Liderando con Amor. Las características bíblicas de cómo debe ser el carácter del líder cristiano.

- **Guía de estudio** para Liderando con amor.

Ama o muere. Un desafiante estudio de cómo cultivar el amor en la vida cristiana y en la iglesia local.

Si os mordéis y os coméis. El autor examina los pasajes bíblicos para solucionar los distintos tipos de conflictos personales, libertades en la vida cristiana y diferencias doctrinales.

Indice

<i>Reconocimientos</i>	9
<i>Haciendo frente a algunos de los temas relevantes</i>	10
<i>Notas</i>	17

Primera parte

Repartición del trabajo: palabra y obras

Capítulo 1:

Las prioridades de los apacentadores: la oración y el ministerio de la Palabra..... 27
Hechos 6:2,4

Capítulo 2:

Selección de ministros de misericordia 40
Hechos 6:1,3

Capítulo 3:

Reconocimiento oficial en público 52
Hechos 6:5,6

Capítulo 4:

El modelo para los diáconos 65
Hechos 6

Segunda parte

Una iglesia con dos funciones:

obispos y diáconos

Capítulo 5:

Obispos: *Episkopoi*..... 83
Filipenses 1:1

Capítulo 6:

Diáconos: *Diakonoi*..... 102
Filipenses 1:1

Tercera parte:

Cualidades que deben poseer los diáconos

Capítulo 7:

La necesidad absoluta de que los diáconos posean ciertas cualidades respecto a su carácter 123

1 Timoteo 3:14,15

Capítulo 8:

Cinco aspectos del carácter que deben poseer los diáconos 137

1 Timoteo 3:8,9

Capítulo 9:

Las cualidades de carácter deben someterse a prueba 150

1 Timoteo 3:10

Capítulo 10:

Requisitos que deben cumplir las mujeres que ayudan a sus esposos diáconos 162

1 Timoteo 3:11

Capítulo 11:

Requisitos familiares del diácono 192

1 Timoteo 3:12

Cuarta parte:

La importancia de los diáconos en la iglesia

Capítulo 12:

La importancia y premios para los diáconos 213

1 Timoteo 3:13

Capítulo 13:

Agentes de la misericordia de Cristo 223

Reconocimientos

Estoy agradecido con muchos queridos amigos cristianos que me ayudaron para que este libro fuera una realidad.

Especialmente agradezco a aquellos que de sus apretadas agendas sacaron tiempo para interactuar conmigo, ayudándome a lograr un mejor entendimiento de los textos de la sagrada Escritura. De ellos, especialmente agradezco a David Gooding, George W. Knight III, Craig Van Schooneveld, Mark Smith, Jack Fish, David MacLeod, y Darrel Bock.

Muchas personas estuvieron dispuestas a ayudarme a preparar este libro para su edición: Stephen y Amanda Sorenson, mis editores; Maggie Crossett; Allegra James; Barbara Peek; y mi esposa Marilyn.

Haciendo frente a algunos de los temas relevantes

Cuando Pablo escribe a Timoteo y a la congregación conflictiva de Efeso cerca del año 63 A.C, ve necesario dar instrucción en cuanto a los diáconos. En 1 Timoteo 3:8-13 insiste en que los diáconos, al igual que los pastores, deben cumplir ciertos requisitos y ser probados públicamente antes de que presten sus servicios. Como no quería que la posición de los diáconos fuera minimizada por otros o por ellos mismos, Pablo asegura que los diáconos que presten bien sus servicios adquirirán una posición honrosa e influyente en la iglesia local. Pablo también afirma que ellos verán crecer su fe en Cristo; él escribe: “Porque los que ejerzan bien el diaconado, ganan para sí un grado honroso, y mucha confianza en la fe que es en Cristo Jesús” (1 Timoteo 3:13).

Pero ¿quiénes son estos diáconos que “ganan para sí un grado honroso, y mucha confianza en la fe?”. ¿Qué hacen? ¿Por qué son tan importantes para la vida de la iglesia local?

Hoy en día existe un marcado interés en cuanto a estos interrogantes, que surgió en las últimas tres décadas. En casi cada denominación y brazo del cristianismo, se hacen esfuerzos por descubrir el propósito de Dios para los diáconos.¹ Un estudio sobre el diaconado llegó a la conclusión de que : “La iglesia en todo el mundo está en con-

moción con nuevas ideas acerca del diaconado como un cargo dentro del ministerio”.² (La palabra *diaconado* denota el oficio del diácono).

Debemos estar agradecidos por las cosas buenas que hay en esta búsqueda y estar contentos por tener la oportunidad de aprender de ellas; pero existe todavía un problema serio y fundamental en cuanto al diaconado: *casi no se tienen en cuenta los textos bíblicos y los parámetros establecidos allí para los diáconos*. Este problema es sintomático de un problema mucho más grande entre los cristianos de hoy, lo que es una vergonzosa falta de confianza en la santa Escritura inspirada por Dios. Pero, como veremos, la Escritura es perfectamente suficiente para responder nuestras preguntas sobre los diáconos. Claro está, el único diaconado que vale la pena descubrir es el que se encuentra en las páginas del Nuevo Testamento, el cual ha sido inspirado por Dios. No importa qué tan limitada pueda parecerse esta información al principio; Dios, en su sabiduría perfecta, nos ha dado toda la información que necesitamos.

Si no estudiamos los textos de la Santa Escritura adecuadamente o no nos limitamos a la enseñanza bíblica recibida en cuanto a los diáconos, invariablemente arruinamos el propósito de Dios y creamos un diaconado a partir de nuestra propia imaginación. Estudiemos las siguientes tres distorsiones comunes del diaconado del Nuevo Testamento.

Gobernantes

Muchas iglesias que creen en la Biblia (iglesias a las que va dirigido este libro principalmente) han hecho del diaconado la junta gobernante de la iglesia. Richard L. Dresselhaus, al escribir desde la perspectiva de las Asambleas de Dios, denomina el diaconado “la junta oficial” de la iglesia.³ También afirma:

“Una de las responsabilidades más respetuosas de la junta de diáconos es propor-

cionar un ministerio pastoral continuo en la iglesia. Cuando un pastor renuncia es responsabilidad de dicha junta presentar a la congregación un nominado, o nominados, para ocupar el cargo del pastor”.⁴

En muchas iglesias, los diáconos actúan más como ejecutivos de una empresa que como siervos del ministerio. En contradicción con la enseñanza explícita del Nuevo Testamento y el significado mismo del nombre *diácono*, que es “siervo” (*diakonos*), los diáconos se han convertido en los funcionarios gobernantes de la iglesia.

Aún más preocupante es el hecho de que los diáconos muchas veces llegan a competir con los pastores de la iglesia local. Esta práctica es una fórmula comprobada para que exista una guerra continua en la iglesia. (Por respeto a los lectores provenientes de diversos trasfondos denominacionales, utilizo los términos *apacentadores*, *pastores*, *ancianos* y *supervisores* de manera intercambiable para describir al mismo cuerpo pastoral. Ver capítulo 5).

Administradores de edificio y de los bienes

Mientras algunas iglesias equivocadamente elevan a los diáconos a la posición de miembros de la junta directiva, otros los reducen a administradores de edificio, a conserjes o a encargados de mantenimiento. Esta opinión (y una opinión similar que transforma a los diáconos en funcionarios financieros) degrada seriamente el oficio del diácono y le quita a la iglesia local el ministerio tan necesario que Dios diseñó para que el diaconado proveyera a su pueblo.

En respuesta a esta posición, debemos preguntarnos por qué Dios exigiría que los diáconos reunieran ciertos requisitos morales y espirituales específicos y que se sometieran a la prueba pública, como lo hacen los pastores de la iglesia (1 Timoteo 3:10), si todo lo que hacen los diáconos es encerrar pisos o cortar césped. Cualquier persona de la iglesia y hasta otros que no sean de la iglesia pueden realizar estos tipos de trabajos.

El factótum de la iglesia

Charles W. Deweese, erudito de la denominación Bautista del Sur hace del diácono el factótum de la iglesia, es decir, aquel funcionario que trabaja en casi todas las áreas de la iglesia:

Las áreas potenciales del servicio del diácono son ilimitadas. Los diáconos se pueden comprometer en tal diversidad de ministerios tales como: la enseñanza, predicación, visita-ción, la acción social, consejería, el liderazgo de obras benéficas, organización, administración, llevar a cabo la Santa Cena y suplir las necesidades básicas del pastor.⁵

Tales esferas ilimitadas de servicio desdibujan completamente el propósito y los deberes específicos del diaconado del Nuevo Testamento y lo único que hacen es frustrar a los diáconos.

En su entusiasmo por renovar el diaconado, muchas iglesias han ido demasiado lejos, aún más allá de los límites de las Escrituras. Han puesto demasiada autoridad y diversas responsabilidades en las manos de los diáconos. De hecho, algunos de los mismos errores que cometieron las iglesias en la mitad del segundo siglo, se han vuelto a repetir ahora: colocan a los diáconos en diferentes posiciones de autoridad, que Dios no ha autorizado.⁶ Espero que este libro ayude a corregir muchas afirmaciones exageradas que se hacen hoy en cuanto al papel de los diáconos.

Ministros de misericordia

Mi más sentida carga es ayudar a los diáconos a que salgan de sus salas de juntas o de la mentalidad que les impone el mantenimiento de edificios y apropien la mentalidad de servidores. Los diáconos, como lo enseña el Nuevo Testamento y como algunos de los reformadores del siglo dieciséis lo descubrieron,⁷ deben estar involucra-

dos en un ministerio de compasión hacia el pobre y el necesitado. *El ministerio de los diáconos, por lo tanto, es aquel que ninguna iglesia cristocéntrica, neotestamentaria puede darse el lujo de descuidar.*

Los cristianos hoy deben entender la necesidad absoluta y la vital importancia de los diáconos del Nuevo Testamento para la iglesia local con el fin de que aquellos en nuestra iglesia que son necesitados, pobres y que sufren sean atendidos de una manera totalmente cristiana. Este es un aspecto que le preocupa mucho a Dios.

Haciendo énfasis en la importancia de ser responsables para con el pobre, el brillante pastor teólogo americano del siglo dieciocho, Jonathan Edwards (1703-1758) escribió: “No conozco ningún deber que sea de tanta importancia, insistencia y urgencia, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento, como la obligación de ayudarlo al pobre”.⁸

Sin embargo, repetidamente las iglesias descuidan al pobre y al necesitado; invierten cientos de miles de su dinero, hasta millones, en edificios, cortinas, bancas, y vitrales, pero escasamente pueden sacar “algo” de su presupuesto para ayudar a los necesitados de su propia iglesia.

Dios ha dado a los diáconos un ministerio maravilloso de misericordia y amor para los necesitados. De hecho los diáconos deben imitar el ejemplo de nuestro Señor de servicio humilde y devoto a los necesitados. Nuestro Señor aprecia el trabajo de los diáconos, porque es esencial para la vida y el testimonio de la iglesia de Dios. Por consiguiente necesitamos con urgencia redescubrir y poner en práctica el diaconado del Nuevo Testamento. Con ese ánimo buscaré explicar quienes son los diáconos del Nuevo Testamento y qué hacen. Lo haré por medio de una exposición cuidadosa y minuciosa de todos los pasajes bíblicos que se relacionan con los diáconos.

Llamado a la obediencia para los pastores y los diáconos

La obediencia a las Escrituras no ocurre por sí sola, aún así es la base indispensable de la vida cristiana y la base para el crecimiento de la iglesia local, su dirección, corrección y su avivamiento. Reconozco que muchos diáconos se resistirán al cambio, especialmente si sostienen una posición de poder. Lo único que puedo hacer es orar para que el Espíritu Santo de Dios use la Palabra de Dios, explicada con precisión y en forma minuciosa, para que produzca el cambio necesario en la mentalidad de muchos diáconos.

Este libro también pretende mostrar a los ministros de la iglesia su necesidad de que tengan diáconos y sus responsabilidades hacia ellos porque para que los diáconos hagan su trabajo efectivamente, necesitan de la orientación y el apoyo que sólo los ministros de la iglesia pueden proporcionar. Infortunadamente, muchas iglesias y sus líderes no están seguros en cuanto a la necesidad de que haya diáconos,⁹ y algunas iglesias ni siquiera los tienen. Los ministros eclesiales de hoy necesitan que los diáconos les colaboren con algunas necesidades específicas del rebaño para que ellos puedan dar mayor atención a la enseñanza, protección, y orientación de todo el rebaño. Espero, entonces, que este libro ayude a las personas a pensar más bíblicamente en cuanto al diaconado y se tornen más dispuestas a cambiar las estructuras de la iglesia que no se encuentran basadas en la Biblia.



Puesto que este libro es un examen bíblico y una exposición de todos los textos del Nuevo Testamento sobre diáconos, no he tratado muchas cuestiones prácticas concernientes a la realización y operación del diaconado. En vez de esto, he preparado un libro guía (*El diácono del Nuevo Testamento – Guía de estudio*) para tratar estos temas prácticos relacionados con el cumplimiento de un diaconado del Nuevo Testamento.

Notas

Haciendo frente a algunos de los temas relevantes

1. Por más de mil años, la Iglesia Católica Romana relegó la posición de diácono a aprendices del sacerdocio. El diaconado fue una posición ordenada en la jerarquía clerical, pero apenas fue un paso transitorio hacia la más alta ordenación del sacerdocio. Su importancia fue en gran parte ceremonial.

Hoy, sin embargo, existe una amplia renovación del diaconado entre los católicos. En América y Alemania el ministerio del diaconado de la iglesia Católica Romana está prosperando con el involucramiento de muchos hombres. En 1963, en el Vaticano II, se hizo una estipulación para la restauración del "diaconado permanente", tanto del célibe como del casado. La histórica decisión en cuanto a los diáconos en el Vaticano II dice así: "A un nivel menor de la jerarquía están los diáconos, sobre quienes se impone las manos 'no sobre el sacerdocio, sino con el fin de que desempeñen un ministerio de servicio' ...prestan su servicio al pueblo de Dios en el ministerio de la liturgia, de la palabra y de la caridad" *Lumen Gentium* 29, versión del Monseñor Joseph Gallagher en el escrito de Walter M. Abbott, ed., "Los Documentos del Vaticano II" (*The Documents of Vatican II*) [New York: Guild

Press, 1966], p.55). Bajo la dirección del obispo, estos diáconos se involucran con los deberes de la liturgia, la enseñanza y la pastoral.

La comunión anglicana también históricamente ha relegado al diaconado a los aprendices para el sacerdocio, “un aprendizaje” como dice un teólogo, “para ser descargado tan pronto como sea posible” (Edmond LaB. d’Etre, “La Orden de los Diáconos en el Anglicanismo: La Raison d’Etre del Diácon” en “El Diaconado Ahora” (“The Order of Deacons in Anglicanism: A Deacon’s ‘Raison d’Etre”, in *The Diaconate Now* ed. Richard T. Nolan [Washington: Corpus Books, 1968], p.116).

Sin embargo, la Iglesia Episcopal en América ha avanzado con lo que denomina el “diaconado perpetuo”. Estos diáconos son hombres y mujeres capacitados y ordenados para un diaconado vocacional y algunos son remunerados mientras que otros son voluntarios. Oficialmente forman parte del clero, y desarrollan una variedad de servicios: litúrgicos, administrativos, pastorales y caritativos, no sólo dentro sino también fuera de la iglesia.

En la Iglesia Ortodoxa Oriental el diaconado ha sido ante todo litúrgico y administrativo. Los servicios caritativos sociales son desarrollados por el laicado u otras instituciones; no por los diáconos. Con la extrema escasez de sacerdotes, la mayoría de hombres que salen del seminario permanecen como diáconos sólo unas pocas semanas o meses antes de que pasen a ser sacerdotes. En la mayoría de lugares el diaconado permanente está desapareciendo. Por consiguiente, existe muy poco interés en la renovación del diaconado.

Se evidencia el interés por la renovación o la recuperación del diaconado entre los miembros de las siguientes denominaciones: Presbiteriana, Bautista, Asambleas de Dios, Reformada y Metodista en los siguientes libros: Joan S. Gray y Joyce C. Tucker, “Gobierno Presbiteriano para los Funcionarios de la Igle-

- sia" (*Presbyterian Polity for Church Officers*), (Atlanta: John Knox Press 1986), pp. 44-55. Charles W. Deweese, "Surgimiento del Papel de los Diáconos" (*The Emerging Role of Deacons*) (Nashville: Broadman Press, 1979); Richard L. Dresselhaus, "El Diácono y Su Ministerio" (*The Deacon and His Ministry*) (Springfield: Gospel Publishing House, 1977); Elsie Anne McKee, "DIAKONIA en la Tradición Clásica Reformada y Hoy" (*DIAKONIA in the Classical Reformed Tradition and Today*) (Grand Rapids: William B. Eerdmans Publishing Company, 1989); Rosemary Skinner Keller, Gerald F. Moede, y Mary Elizabeth Moore, "Llamados para Servir: El Diaconado Metodista Unido" (*Called to Serve: The United Methodist Diaconate*).
2. Rosemary Skinner Keller, Gerald F. Moede y Mary Elizabeth Moore, "Llamados para Servir: El Diaconado de la Iglesia Metodista Unida" (*Called to Serve: The United Methodist Diaconate*) (Nashville: UMC General Board of Higher Education and Ministry, 1987), p.2.
 3. Richard L. Dresselhaus, "El Diácono y Su Ministerio" (*The Deacon and His Ministry*) (Springfield: Gospel Publishing House, 1977), p.10.
 4. Ibid, pp. 43,44
 5. Charles W. Deweese, "Surgimiento del Papel de los Diáconos" (*The Emerging Role of Deacons*) (Nashville: Broadmann Press, 1979), p.62.
 6. A mediados del siglo tercero el diácono apareció como el asistente litúrgico y ejecutivo del obispo. Se convirtió en una figura predominante y poderosa de la iglesia. En uno de los primeros manuales de disciplina y orden de la iglesia primitiva titulado, "Tradición Apostólica" (*Apostolic Tradition*), Hipólito, escribiendo desde Roma cerca del año 215 A.C. afirma:

En la ordenación de un diácono, solamente el obispo debe ser quien impone las manos, porque no está siendo ordenado para el sacerdocio, sino para el servicio del obispo, para hacer lo que él le

ordena. No participa en el consejo del presbiterio, sino que administra e informa al obispo lo que sea necesario. (Geoffrey J. Cuming: "Hipólito: Un Texto para Estudiantes" (*Hippolytus: A Text for Students*) [Bramcote Notts: Grove Books, 1976], p.13).

El diácono se convirtió en el representante, reportero y hombre "catalizador" entre el obispo y las demás personas. Era administrador, asistente pastoral y humanitario. Fue, en palabras de otro manual de orden de la iglesia, "el oído, ojo, boca, corazón y alma del obispo" ("Constituciones de los Santos Apóstoles" -"Constitutions of the Holy Apostles"-) en "Los Padres Pre-Nicenos" (*The Ante-Nicene Fathers*), 10 vols., eds. Alexander Roberts y James Donaldson [repr. Grand Rapids: William B. Eerdmans Publishing Company, n.d.], 7:416).

En algunos casos, debido a su cercana asociación con el obispo, el diácono sucedía al obispo en su oficio. Un ejemplo notable es Atanasio, el gran defensor de la fe en contra del arianismo. Fue diácono y asistente de Alejandro, obispo de Alejandría. Cuando el obispo murió (328 A.C.), Atanasio fue su sucesor.

Con tal prominencia fue inevitable que los diáconos a veces se elevaran por encima de los presbíteros (ancianos). "En el siglo tercero", escribe el Dr. James M. Barnett, erudito episcopaliano, "al parecer los diáconos muchas veces llegaron a ser más importantes y a tener más influencia que los presbíteros" "El Diaconado, Una Orden Completa y Equitativa" (*The Diaconate, A Full and Equal Order*) [New York: Seabury Press, 1981], p.67). Ambrosio, quien escribió "Sobre la Jactancia de los Diáconos Romanos" (*On the Boastfulness of the Roman Deacons*), y Jerónimo, se quejaron del excesivo prestigio y poder de algunos diáconos. Jerónimo (345-419 D.C.) escribió una carta a un hombre cuyo nombre era Evángelus, refutando a aquellos que habían hecho a los diáconos mayores que los presbíteros: "Se me ha dicho que alguien ha estado

lo suficientemente loco como para poner a los diáconos por encima de los presbíteros, es decir, por encima de los obispos [Jerónimo sabía que los presbíteros y obispos eran originalmente lo mismo] (“Cartas”, (Letters) en “Padres Nicenos y Pos-Nicenos” (*Nicene and Post-Nicene Fathers*), 14 vols., segunda serie, eds. Philip Schaff y Henry Wace [repr. Grand Rapids: William B. Eerdmans Publishing Company, n.d.] 6:288).

En el concilio de Nicea, en el año 325 A.C. los obispos también trataron lo que consideraron ser las actividades de los diáconos que les daban demasiado poder. El canon dieciocho dice: “que los diáconos permanezcan dentro de sus propios límites, conscientes de ser los ministros del obispo y en un nivel inferior al de los presbíteros... Y, si, después de este decreto cualquiera se niega a obedecer, que sea depuesto del diaconado” (“Los Siete Concilios Ecuménicos” -The Seven Ecumenical Councils-” en “Padres Nicenos y Pos-Nicenos” (*Nicene and Post-Nicene Fathers*), Segunda Serie, 14:38). Pero esta “Edad de Oro” del diaconado (100-600 A.C.) como a veces se denomina, finalmente se deterioró en el Occidente debido a varios factores:

- (1) El requisito que obligaba a los diáconos a ser célibes.
- (2) El cambio en el papel del obispo, que pasaba de pastor local a supervisor de muchas iglesias. Esto estableció nuevos deberes y poderes en manos del presbítero local (sacerdote), deberes que anteriormente habían desarrollado los diáconos.
- (3) La falta de una definición clara del papel del diácono y su posición. Debido a éste y al punto anterior, el papel del diácono gradualmente se restringió para incluir principalmente algunas funciones litúrgicas. Los principales deberes del diácono se concentraron alrededor del altar.

El erudito católico Joseph W. Pokusa, escribe: “La evidencia de los textos canónicos del tiempo de Isidoro de Sevilla hasta la era de Gratiano, enfa-

tiza que la mayoría de los diáconos habían llegado a ejercer un ministerio casi exclusivamente litúrgico... un diaconado puramente litúrgico se había convertido en una idea aceptada totalmente. Aunque algunos diáconos específicos y sobresalientes llevaban a cabo ciertas actividades distintas, en la práctica y en la teoría lo que la iglesia exigía de los cleros a nivel diaconal era simplemente un servicio litúrgico subordinado". ("Estudio Canónico Histórico del Diaconado en la Iglesia Occidental" (*Canonical-Historical Study of the Diaconate in the Western Church*) [Washington: The Catholic University of America, 1979], p.208).

- (4) La sucesión ordenada de niveles clericales desde el más bajo hasta el más alto –ordenes menores, diácono, sacerdote, obispo– hizo al diaconado menos atractivo para los hombres. Entonces el diaconado se convirtió en un oficio simbólico, una etapa preparatoria para el sacerdocio.
7. Entre los reformadores, en la gran época de la reforma del siglo dieciséis, Juan Calvino fue quien más se esforzó por restaurar el diaconado del Nuevo Testamento. Este libro está básicamente de acuerdo con la reforma de Calvino al diaconado eclesial del siglo dieciséis. Véase Juan Calvino, "La Institución de la Religión Cristiana" (*The Institutes of the Christian Religion*), 2 vols., trans. F.L. Battles, ed. J.T. McNeill [Philadelphia: Westminster Press, 1960], 2:1061, 1062, 1097, 1098.
8. Jonathan Edwards, "Las Obras de Jonathan Edwards" (*The Works of Jonathan Edwards*), 2 vols. (1834; repr. Edinburgh: The Banner of Truth Trust, 1974), 2:164.
9. En un comentario sobre su propio pronunciamiento acerca de los diáconos, la Comisión de Fe y Orden del Concilio Mundial de Iglesias afirma: "En muchas iglesias existe actualmente gran incertidumbre en cuanto a la necesidad, la razón de ser, la posición y las funcio-

nes de los diáconos”. “Bautismo, Eucaristía y Ministerio” (*Baptism, Eucharist and Ministry*), Documento de Fe y Order 111 [Ginebra: Concilio Mundial de Iglesias, 1982], comentario sobre M.31, p.27).

Primera parte

**Repartición del trabajo:
palabra y obras**

“El pan nuestro de cada día, dánoslo hoy”.

Mateo 6:11

“La religión pura y sin mácula delante de Dios el Padre es esta: Visitar a los huérfanos y a las viudas en sus tribulaciones, y guardarse sin mancha del mundo”.

Santiago 1:27

“Oh hombre, él te ha declarado lo que es bueno, y qué pide Jehová de ti: solamente hacer justicia, y *amar misericordia*, y humillarte ante tu Dios”.

Miqueas 6:8, *itálicas agregadas*

“Jacobo, Cefas y Juan, que eran considerados como columnas, nos dieron a mi y a Bernabé la diestra en señal de compañerismo... Sólomente nos pidieron que nos acordásemos de los pobres; lo cual también procuré con diligencia hacer”.

Gálatas 2:9 b,10

Capítulo 1

Las prioridades de los apacentadores: la oración y el ministerio de la Palabra

En aquellos días, como creciera el número de los discípulos, hubo murmuración de los griegos contra los hebreos, de que las viudas de aquéllos eran desatendidas en la distribución diaria. Entonces los doce convocaron a la multitud de los discípulos, y dijeron: No es justo que nosotros dejemos la palabra de Dios, para servir a las mesas. Buscad, pues, hermanos, de entre vosotros a siete varones de buen testimonio, llenos del Espíritu Santo y de sabiduría a quienes encarguemos de este trabajo. Y nosotros persistiremos en la oración y en el ministerio de la palabra.

Hechos 6:1-4

Hechos 6 es uno de los más importantes pasajes del Nuevo Testamento en cuanto al liderazgo de la iglesia se refiere y debería ser clasificado junto con el mensaje de Pablo a los ancianos de Efeso (Hechos 20:17-38), por su relevancia a los pastores de la iglesia. Los apacentadores de la iglesia deben leer Hechos 6 cada seis meses, porque allí abundan las ricas verdades y lecciones dinámicas sobre el liderazgo de la iglesia y las prioridades espirituales. Enfa-

tiza la centralidad de la Palabra de Dios y la necesidad de preocuparse por el pobre. Trata temas como el conflicto y la solución de problemas, el carácter del líder, las finanzas, la oración, el evangelismo, el amor, la humildad, y la comunidad. También trata directamente el tema de los diáconos.

Con el fin de entender el papel del diácono del Nuevo Testamento, debemos comenzar entendiendo el papel del apacentador en la iglesia. En los dos pasajes de las Escrituras en donde aparece el título *diácono*, éste está íntimamente relacionado con los apacentadores de la iglesia (ver Filipenses 1:1; 1 Timoteo 3:8-13). Hechos 6, que realmente no menciona la palabra *diácono*, revela la razón por la cual se creó el oficio de diácono. Resultó de una necesidad doble: aliviar a los apacentadores para que pudieran dar prioridad a la palabra y a la oración, y para proporcionar cuidado oficial y responsable por el bienestar físico de los creyentes necesitados.

Los mismos apóstoles afirman elocuentemente la necesidad de que los apacentadores sean aliviados de las muchas necesidades prácticas de la congregación (Hechos 6:2,4). En Hechos 6:2 los apóstoles afirman la necesidad en forma negativa: “No es justo que nosotros dejemos la palabra de Dios, para servir a las mesas”. Luego en Hechos 6:4 los apóstoles declaran la necesidad en forma positiva: “Y nosotros persistiremos en la oración y en el ministerio de la palabra”.

Observemos cuidadosamente estos pasajes decisivamente importantes de las Escrituras. En este capítulo expondremos las prioridades de los apacentadores, puesto que son esenciales para entender el papel del diácono del Nuevo Testamento.

En el siguiente capítulo exploraremos la tarea dada a los Siete, los precursores de los diáconos. Concluiremos esta sección con una defensa de Hechos 6 como el origen del diaconado del Nuevo Testamento.

Controversia en cuanto al pobre

En aquellos días, como creciera el número de los discípulos, hubo murmuración de los griegos contra los hebreos, de que las viudas de aquéllos eran desatendidas en la distribución diaria.

(Hechos 6:1).

Los apóstoles constituyeron el primer cuerpo dirigente oficial de la primera congregación cristiana. Los Doce, como los denomina Lucas, fueron el cuerpo eclesial de supervisores o apacentadores.

Eran responsables no sólo por la enseñanza y toda la vigilancia pastoral de la congregación, sino también por la recolección y distribución de los fondos de la iglesia para los pobres (Hechos 4:32-5:11). Pronto se comprobó que estas responsabilidades eran agobiantes.

La iglesia en Jerusalén crecía rápidamente y por supuesto este crecimiento era bueno. El Espíritu de Dios estaba obrando poderosamente en Jerusalén, y muchas personas se convertían. La iglesia no sólo crecía en número, sino que su carácter social cambiaba. Muchos judíos helenistas empezaron a formar parte de los discípulos. Eran judíos de habla griega que habían inmigrado a Jerusalén de tierras extranjeras y quienes muchas veces tenían una visión más amplia cultural e ideológicamente hablando, que los judíos palestinos de habla aramea. Debido a estas diferencias, los judíos helenistas naturalmente formaron un grupo social selecto. Por esta razón no fueron vistos con buenos ojos por los judíos más conservadores quienes eran en realidad "hebreos nativos", es decir, que habían nacido allí, y que hablaban el Arameo.

A pesar del generoso despliegue de caridad, apareció un problema divisorio entre los creyentes helenistas y hebreos. Cuando se hacía la distribución de fondos o de alimentos, las viudas helenistas eran muchas veces desaten-

didias. Los cristianos hebreos, que eran el grupo más dominante, controlaba los fondos, por esa razón los judíos helenistas comenzaron a quejarse contra ellos.

Aquí estaba la primera gran prueba de amor fraterno de la congregación. ¿Podrían estos cristianos resolver sus diferencias culturales y de actitud? ¿Su amor cristiano trascendería los viejos prejuicios culturales y sociales, o el orgullo y el temor causarían la división, así como muchas veces sucede? ¿El Espíritu Santo de Dios se afligiría por sus contiendas? ¿Su testimonio cristiano se vería afectado negativamente? Algo tenía que hacerse o la iglesia se dividiría.

Los apóstoles actúan

“Entonces los doce convocaron a la multitud de los discípulos, y dijeron: No es justo que nosotros dejemos la palabra de Dios, para servir a las mesas. Buscad, pues, hermanos, de entre vosotros a siete varones de buen testimonio, llenos del Espíritu Santo y de sabiduría, a quienes encarguemos de este trabajo. Y nosotros persistiremos en la oración y en el ministerio de la palabra”

(Hechos 6:2-4).

Los buenos líderes siempre se distinguen por su destreza para confrontar los asuntos difíciles y ser decisivos. De hecho, la confrontación de problemas es una parte importante de la responsabilidad del líder. Los líderes temerosos que se niegan a confrontar los problemas han desmoralizado a muchas iglesias y organizaciones. El evadir los problemas crea problemas peores. En esta situación difícil que enfrentaba la iglesia de Jerusalén, los apóstoles actuaron decisiva y hábilmente. Sus acciones evitaron un desastre potencial y llevaron a la creación de una situación mejor.

Convocada la congregación, los apóstoles primero declararon que se sentían frustrados con la situación. Co-

menzaron por decir: “No es justo que nosotros dejemos la palabra de Dios, para servir a las mesas”. Esto no quiere decir que a los apóstoles les disgustaba cuidar de las viudas, ni tampoco implica que se consideraban demasiado importantes para hacer ese trabajo. ¡De ninguna manera! Habían aprendido fielmente de Jesús a ser misericordiosos y compasivos. Durante tres años habían observado diariamente la vehemente compasión de Jesús por los necesitados. Desde los primeros días después del Pentecostés, los apóstoles sirvieron con satisfacción a los pobres y a los enfermos (Hechos 4:34-37; 5:16). Sin embargo, la primera prioridad de los apóstoles, dada por Dios, no era atender a los pobres y los enfermos. A decir verdad, el hecho de atender a los necesitados podría desviarlos de su obligación básica de ser proclamadores de la cruz de Cristo.

Los apóstoles reconocieron cuál era su llamado cuando dijeron enfáticamente: “No es justo que nosotros dejemos la palabra de Dios”. La palabra griega, *arestos* que aquí se traduce (correctamente) “justo”, en otras ocasiones se traduce “agradable” (véase Hechos 12:3).

Los apóstoles estaba convencidos y decididos en cuanto a su llamado se refiere. Sabían que no era justo negarse a predicar la palabra para servir a las viudas. Aunque el hecho en sí de atender a las viudas era importante, los apóstoles sabían que no debían dejar que este honorable servicio los desviara de su deber de proclamar y enseñar la palabra del Dios vivo; eso podría ser desastroso.

Todos sabemos que necesitamos del alimento para vivir. Esa es la razón por la que gastamos tanta energía en proveer alimento para nosotros mismos. Aún así, la mayoría de personas no saben que también necesitan la palabra de Dios para vivir. En el Antiguo Testamento, Moisés dijo a Israel: “...[Dios] te sustentó con maná, comida que no conocías... para hacerte saber que no sólo de pan vivirá el hombre, mas de todo lo que sale de la boca de Jehová

vivirá el hombre” (Deuteronomio 8:3). Nuestro Señor también dijo: “Trabajad, no por la comida que perece, sino por la comida que a vida eterna permanece, la cual el Hijo del Hombre os dará” (Juan 6:27).

Las personas no pueden vivir realmente sin la palabra de Dios. No pueden experimentar la vida plenamente como Dios desea que lo hagan si no creen en el mensaje de salvación por medio de Jesucristo. Nada es más importante para los hijos e hijas de Adán, perdidos en el pecado, que el mensaje de Dios de la salvación. Esa es la razón por la cual es imperativo que los pastores del rebaño de Dios no desatiendan la predicación de la palabra.

Además, la iglesia local no puede madurar o ser protegida de su archienemigo –el falso maestro– sin su Palabra. Por consiguiente, sería una pérdida incalculable para los apóstoles dejar de predicar la palabra de Dios. Eso sería destruir la iglesia en Jerusalén y quitarle al mundo el mensaje más importante que jamás podrían haber escuchado. Por eso la preocupación de los apóstoles de que sería un grave error descuidar la palabra de Dios por servir a las mesas.

La necesidad de enseñar la palabra de Dios es vigente para los pastores de todas las épocas. John Owen (1616-1683), distinguido comentarista puritano, reconoció la relevancia de este principio:

Este mismo interés y cuidado todavía les incumbe a los pastores y a los ancianos de las iglesias; la ejecución de [caridad] no debe interferir con su trabajo principal, *a la cual aquellos que la entienden muy bien reconocerán que deberán invertir la gran mayoría de su tiempo y energía* (itálicas agregadas).¹

Los apacentadores de la iglesia comprada con la sangre de Cristo deben estar dispuestos a decir con la misma confianza que los apóstoles: “No es [justo ni correcto]...que dejemos la palabra de Dios para servir a las mesas”.

Un claro enfoque en las prioridades apropiadas

Después de su enfático pronunciamiento que no era justo ni correcto dejar de enseñar la palabra de Dios, los apóstoles manifiestan a toda la iglesia sus prioridades divinamente señaladas: “Y nosotros persistiremos en la oración y en el ministerio de la palabra” (Hechos 6:4). Richard N. Longenecker, en el “Comentario Bíblico del Expositor” (*The Expositor’s Bible Commentary*), dice que la palabra “persistir” “connota una fidelidad firme y resuelta a una cierta acción”.² Los apóstoles se hallaban en el camino correcto: Se entregarían a la oración y al ministerio de la palabra de manera firme y resuelta.

Estoy convencido de que Hechos 6:4 es uno de los versículos más importantes en el Nuevo Testamento para los pastores de la iglesia ya que enuncia sus prioridades fundamentales: la oración y el ministerio de la palabra. Los apacentadores fácilmente se pueden desviar de su ministerio principal por todas aquellas tareas que les exigen tiempo y energía; siempre hay muchas personas que buscan consejo, existen programas que deben ser administrados y reuniones a las que hay que asistir. Entonces el tiempo que los apacentadores deben dedicar a la oración, el estudio bíblico, y la enseñanza de la palabra de Dios se vuelve escaso. Un pastor de una iglesia pequeña me manifestó que le tomaba de lunes a jueves realizar sus deberes administrativos, lo que le dejaba sólo el viernes y parte del sábado para preparar un mensaje de la palabra de Dios. Mi respuesta fue animarlo a leer Hechos 6 y a motivarlo para que reordenara sus prioridades.

Debemos recordar que las verdaderas prioridades de los líderes de la iglesia siempre estarán expuestas a ser atacadas ya que habrá mucho que hacer. La “sobrecarga de trabajo” está destruyendo las vidas de muchos siervos de Dios así como de muchas iglesias. Robert y Julia Banks, una pareja de líderes australianos interesados en el movi-

miento de iglesias-hogar, escribieron: “El culto a las ocupaciones, la sobrecarga y al activismo que contamina tanto a los cristianos hoy es una de las mayores barreras para que la iglesia se convierta en lo que debería ser”.³ Por eso, los apacentadores de iglesia deben exigir radicalmente una agenda que afirme las prioridades espirituales de la oración y el ministerio de la palabra de Dios. Los diáconos de la iglesia, también, deben precisar firmemente estas prioridades en sus mentes. Esto es lo que los apóstoles estaban haciendo en su pronunciamiento a la congregación.

La oración

Hechos 6:1-4 nos demuestra que los apóstoles aprendieron exitosamente las enseñanzas de Jesús. ¿Qué los capacitó para establecer sus prioridades tan firmemente? Habían estado con Jesús. Lo habían visto vivir y ministrar como un hombre de oración y de la palabra (Marcos 1:35-39). Como su Maestro, eran hombres de oración. La oración se había convertido en la parte principal de su trabajo. No estaban construyendo barcas para la industria pesquera de Galilea; estaban edificando personas para Dios. Estaban involucrados en la guerra espiritual por las almas de los hombres y mujeres. Por consiguiente, la oración era uno de sus deberes más importantes.

Los apacentadores del rebaño precioso de Dios deben entender que *la labor del anciano es la oración*, y que ésta requiere de tiempo y energía. Hudson Taylor, fundador de la Misión al Interior de la China (China Inland Mission), una vez advirtió: “No se ocupen tanto con la obra de Cristo (o con cualquier otra cosa) que les deje sin suficientes fuerzas para orar. La verdadera oración requiere de energía”. Se dice que William Carey, padre de las misiones modernas y misionero en la India, afirmó: “¡mi ocupación real es la oración! Remendar zapatos es secundario; me ayuda a pagar mis gastos”. Claramente la oración es la verdadera ocupación de los apacentadores. Los ancianos harían bien

en mantener las palabras de Santiago presentes en todas sus labores pastorales: “La oración eficaz del justo puede mucho” (Santiago 5:16).

Se podría decir mucho más sobre el papel indispensable que juega la oración en el ministerio de los pastores, pero el espacio no lo permite. Por eso concluiré con un reto conmovedor y consejo prudente del libro inspirador de Paul E. Billheimer *Destined for the Throne* (Destinado para el trono):

Una iglesia sin un programa de oración inteligente, bien organizado y sistemático, está simplemente dirigiendo una rutina religiosa... Ningún programa religioso, por más impresionante que sea, si no está apoyado por un programa adecuado de oración, es algo más que una rutina eclesiástica. Le está haciendo poco o ningún daño al reino de Satanás...

¿Acaso alguien cree que las almas pueden ser libradas de la esclavitud de Satanás por medio del talento humano, el poder hipnótico de la personalidad humana, el encanto del magnetismo humano, la elocuencia, el lenguaje articulado, o la magia de las técnicas de la Avenida Madison? Dios puede usar todos estos dones, pero solos no tienen ningún poder para liberar ni siquiera un alma de la cautividad del pecado.⁴

La Palabra

Junto con la prioridad de la oración los apacentadores deben responsabilizarse por la oración y el ministerio de la Palabra, el evangelismo y la enseñanza a los creyentes. La oración y la Palabra siempre deben ir juntas. Nuestro Señor fue un hombre poderoso de oración y palabra. E.M. Bounds, autor de muchos libros sobre la oración, advierte de la debilidad espiritual de los predicadores que no oran: “El púlpito de hoy es débil en oración. El orgullo de aprender está en contra de la humildad dependiente de la oración... Cada predicador que no hace de la oración un fac-

tor poderoso en su propia vida y ministerio, es débil como factor y colaborador de la obra de Dios”.

En todo el Nuevo Testamento evidenciamos la prioridad que Cristo y sus seguidores colocan en la proclamación y enseñanza de la palabra de Dios. En Marcos 3:14 leemos: “Y estableció a doce, para que estuviesen con él, y para enviarlos a predicar”. Desde el principio del cristianismo, en el día de Pentecostés, leemos sobre el papel principal de la enseñanza y la proclamación de la Palabra. Pedro predicó la palabra y tres mil personas se convirtieron. Pedro dijo en un salón lleno de personas que escuchaban con atención que Cristo lo había mandado a él y a sus compañeros a predicar la Palabra: “Y nos mandó a que predicásemos al pueblo, y testificásemos que él es el que Dios ha puesto...” (Hechos 10:42). Si los apóstoles hubieran invertido mucho tiempo preocupándose por el bienestar de las viudas, su misión básica de llevar la palabra a los no creyentes y enseñar a la iglesia se hubiera visto seriamente afectada. La palabra de Dios tenía que salir adelante.

La predicación de la Palabra no es menos importante para los apacentadores de la iglesia hoy. Observe la forma como D. Martyn Lloyd-Jones de la Capilla Westminster de Londres resume este pasaje:

Allí las prioridades están fijadas de una vez y para siempre. Esta es la tarea básica de la iglesia, de los líderes de ella y de las personas que están en posición de autoridad; y no debemos dejar que nada nos desvíe de ella, no importa qué tan buena sea la causa, y qué tan grande la necesidad.⁵

Lloyd-Jones enfatiza que la poderosa enseñanza de la palabra de Dios ha sido responsable por los grandes avivamientos. Así mismo todas sus épocas decadentes resultaron de la pérdida de la centralidad de la Escritura en la obra de Dios. El escribe:

¿Acaso no es claro, cuando uno mira la historia de la iglesia, que las épocas decadentes han sido siempre

aquellos períodos cuando la predicación ha declinado? ¿Qué es lo que siempre anuncia el nacimiento y la llegada de una reforma o de un avivamiento? Es la predicación renovada... Un despertar de la verdadera predicación siempre ha anunciado estos grandes movimientos en la historia de la iglesia.⁶

J.I. Packer, autor ampliamente conocido y profesor en Regent College de Canadá, también está convencido de que la renovación de la iglesia será inútil si no está fundamentada en la predicación bíblica: “Siempre sostengo que si la búsqueda actual de la renovación no es, junto con sus otras preocupaciones, una búsqueda por la verdadera predicación, ésta demostrará ser superficial y estéril”.⁷

La principal característica que distingue a la iglesia del Nuevo Testamento es la centralidad en la proclamación y la enseñanza de la palabra de Dios. Por eso cuando los apacentadores dejan la palabra de Dios, sabotean su obra. Por esta razón las enseñanzas que nos deja Hechos 6:1-4 deben repasarse continuamente, así como lo afirma tan acertadamente John R. W. Stott, anteriormente rector de la iglesia All Souls en Londres y capellán honorario de la reina de Inglaterra:

La iglesia de cada generación tiene que volver a aprender la enseñanza de Hechos 6. No había ninguna deficiencia con el celo de los apóstoles para con Dios y su iglesia. Estaban participando en un ministerio de piedad similar al ministerio de Cristo. Pero no era el ministerio al que ellos, como apóstoles habían sido llamados. Su vocación era “el ministerio de la palabra y la oración”; la atención social para las viudas era responsabilidad de otros.⁸

Luego Stott anima a los predicadores diciendo:

Si los pastores de hoy tomaran en serio el énfasis del Nuevo Testamento que tiene como prioridad la predicación y la enseñanza, no sólo les traería gran satisfacción personal, sino que sin duda este énfasis

tendría un efecto muy saludable en la iglesia. A cambio de esto, y es doloroso decirlo, muchos son esencialmente administradores, cuyos símbolos de ministerio son la oficina y no la enseñanza; el teléfono y no la Biblia.⁹

Los apóstoles tenían sus prioridades claramente establecidas y se habían propuesto mantenerlas así. La iglesia prosperó espiritual y numéricamente por su compromiso inquebrantable.

Prestemos atención a las palabras de ese juez piadoso de Israel, Samuel, y que permanentemente estén encendidas en nuestros corazones y en nuestras mentes para poder definir nuestras prioridades espirituales:

“...lejos sea de mí que peque yo contra Jehová, cesando de rogar por vosotros; antes os instruiré en el camino bueno y recto” (1 Samuel 12:23).



*Capítulo 1: Las prioridades de los apacentadores:
la oración y el ministerio de la Palabra*

1. John Owen, "Acerca de los Diáconos" ("Of Deacons") en "Las Obras de John Owen" (*The Works of John Owen*), 16 vols., ed. William H. Goold (London: Johnstone and Hunter, 1850-53; repr. Edinburgh: The Banner of Truth Trust, 1968), 16:145.
2. Richard N. Longenecker, "Hechos" ("Acts"), en "Comentario Bíblico del Expositor" (*The Expositor's Bible Commentary*), 12 vols., ed. Frank E. Gaebelin (Grand Rapids: Zondervan Publishing House, 1981), 9:289.
3. Robert y Julia Banks, "La Iglesia-Hogar" (*The Home Church*) (Sutherland: Albatross Books, 1986), p.82.
4. Paul E. Billheimer, "Destinado para el Trono" (*Destined for the Throne*) (Fort Washington, PA: Christian Literature Crusade, 1975), pp. 101, 102, 104.
5. D. Martyn Lloyd-Jones, "Predicación y Predicadores" (*Preaching and Preachers*) (Grand Rapids: Zondervan Publishing House, 1971), p.23.
6. *Ibid.*, pp. 24,25.
7. J.I. Packer, "¿Para qué Predicar?" ("Why Preach"), en "El Predicador y la Predicación" (*The Preacher and Preaching*), ed. Samuel T. Logan (Phillipsburg: Presbyterian and Reformed Publishing Company, 1986), p.3.
8. John R. W. Stott, "Entre Dos Mundos: El Arte de Predicar en el Siglo Veinte" (*Between Two Worlds: The Art of Preaching in the Twentieth Century*) (Grand Rapids: William B. Eerdmans Publishing Company, 1982), p.206.
9. *Ibid.*, p. 124.

Capítulo 2

Selección de ministros de misericordia

En aquellos días, como creciera el número de los discípulos, hubo murmuración de los griegos contra los hebreos, de que las viudas de aquéllos eran desatendidas en la distribución diaria.

Hechos 6:1

Buscad, pues, hermanos, de entre vosotros a siete varones de buen testimonio, llenos del Espíritu Santo y de sabiduría, a quienes encarguemos de este trabajo.

Hechos 6:3

Hechos 2

Es muy estimulante para el alma abrir el Libro de los Hechos y leer del extraordinario amor y unidad que existía entre los primeros cristianos. Leemos en Hechos 2:44,45:

Todos los que habían creído estaban juntos, y tenían en común todas las cosas; y vendían sus propiedades y sus bienes, y lo repartían a todos según la necesidad de cada uno.

Este fue un cumplimiento literal de las enseñanzas del Señor:

“No temáis, manada pequeña, porque a vuestro Padre le ha placido daros el reino. Vended lo que poseéis, y dad limosna; haceos bolsas que no se envejecan, tesoro en los cielos que no se agote, donde ladrón no llega, ni polilla destruye. Porque donde está vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón.” (Lucas 12:32-34).

Hechos 4

En Hechos 4 leemos que estos cristianos siguieron su profesa demostración de amor y preocupación el uno por el otro. Su preocupación por el necesitado se volvió tan común que el dinero y las pertenencias debían ser llevadas a los apóstoles para que fueran distribuidas equitativamente. Su cristianismo no se limitaba a los domingos por la mañana; es para nosotros un ejemplo visible de cómo debe ser una comunidad donde mora el Espíritu del Señor resucitado. Era la clase de amor abnegado que Jesucristo espera que demuestre su pueblo.

Y la multitud de los que habían creído era de un corazón y un alma; y ninguno decía ser suyo propio nada de lo que poseía, sino que tenían todas las cosas en común... Así que no había entre ellos ningún necesitado; porque todos los que poseían heredades o casas, las vendían, y traían el precio de lo vendido, y lo ponían a los pies de los apóstoles; y se repartía a cada uno según su necesidad. (Hechos 4:32,34,35)

El reformador francés Juan Calvino (1509-1564), profundamente conmovido por este pasaje, contrasta, en forma impresionante, la actitud de estos primeros cristianos judíos con el comportamiento egoísta de muchos cristianos de su tiempo. (Sus palabras, tenemos que admitirlo, también se aplican a los cristianos de nuestros días.) Calvino escribe:

Si no nos conmueve la lectura de esta narración es porque con seguridad tenemos corazones más duros que el hierro. En aquellos días los creyentes daban abundantemente de lo que era suyo; hoy en día nosotros no sólo nos sentimos bien reteniendo cautelosamente lo que poseemos sino que cruelmente le robamos a otros... En aquellos días vendían sus pertenencias; hoy en día lo máximo es adquirir bienes. En esa época el amor hacía que las propiedades de cada persona se convirtieran en propiedad común para los que estuvieran en necesidad; hoy en día esa es precisamente la inhumanidad de muchos, que difícilmente le van a dar alguna vivienda al pobre, por sencilla que sea...¹

¿Qué hizo que estos primeros cristianos se preocuparan unos por otros hasta este punto? Calvino está en lo cierto cuando dice: "... el amor hacía que las propiedades de cada persona se convirtieran en propiedad común para los que estuvieran en necesidad". Jesús ordenó a sus discípulos amarse unos a otros con la misma clase de amor abnegado que él les había mostrado: "Este es mi mandamiento: Que os améis unos a otros, como yo os he amado. Nadie tiene mayor amor que este, que uno ponga su vida por sus amigos" (Juan 15:12,13). Y así lo hizo. En el supremo acto de amor, dio su vida por ellos y por nosotros. Por esta razón, el teólogo presbiteriano de renombre B. B. Warfield (1851-1921) afirma: "El amor abnegado es la esencia de la vida cristiana".²

Hechos 6

En Hechos 6 otra vez evidenciamos el extraordinario amor que los creyentes sentían unos por otros. Día a día era evidente la continua manifestación de amor y servicio de la iglesia en Jerusalén, a través de sus esfuerzos por alimentar a sus viudas pobres:

En aquellos días, como creciera el número de los discípulos, hubo murmuración de los griegos contra los

hebreos, de que las viudas de aquéllos eran desatendidas en la distribución diaria (Hechos 6:1).

Alimentar a las viudas cristianas era un enorme trabajo que requería de mucho tiempo, esfuerzo y dinero. No se trataba de una limosna, un regalo de fin de año, o un regalo dado con el interés de recibir algún beneficio. Era un cristianismo vivo, auténtico, lleno del Espíritu y lleno de amor, expresado cada día del año.

Una advertencia para los cristianos de hoy

Esta exorbitante muestra de generosidad, sin embargo, no hubiera podido haber existido si estos cristianos hubieran estado preocupados por mantener su estilo de vida o si la iglesia en Jerusalén hubiera invertido todo su dinero en edificaciones o en salarios. Nada entorpece tan efectivamente los sentidos de los cristianos ante la necesidad de los que sufren, como el amor por las posesiones terrenales. D. Martyn Lloyd-Jones escribe:

Estos tesoros terrenales tienen tanto poder que dominan toda la personalidad. Dominan el corazón, la mente y la voluntad del hombre; tienden a afectar su espíritu, alma y todo su ser. En cualquier esfera de la vida encontraremos estas cosas. Nos afectan a todos, son un peligro terrible.³

Un obispo brasileño y compasivo defensor de los pobres, confiesa:

Solía creer, cuando era niño, que Cristo podría haber estado exagerando cuando advirtió en cuanto a los peligros de la riqueza. Ahora soy más sabio y sé lo difícil que es ser rico y todavía mantener el sentido de la amabilidad humana. El dinero tiene una forma peligrosa de cegarnos, de congelar las manos, los ojos, los labios y los corazones de la gente.⁴

Debido al poder magnético contundente que las posesiones materiales tienen para desviarnos de la compasión piadosa y los valores eternos, nuestro Señor nos advirtió terminantemente en cuanto al peligro de la avaricia: “Mi-

rad, y guardaos de toda avaricia; porque la vida del hombre no consiste en la abundancia de los bienes que posee” (Lucas 12:15). Prestemos atención a la advertencia del Señor, para que nuestras manos, ojos, labios y corazones no se congelen incapacitándonos para compartir con aquellos que padecen necesidades.

Los ministros de palabra y obra

La maravillosa muestra de amor y compasión de los cristianos fue amenazada, a causa de prácticas discriminatorias en la distribución de fondos a las viudas helenistas. Con valor los apóstoles asumieron toda la responsabilidad del problema. A fin de cuentas, había sido por culpa de ellos, puesto que eran responsables del cuidado pastoral de la congregación. Reconocieron que ya no podían invertir el tiempo y la atención necesaria para entregar los fondos de la iglesia a los pobres. Las cosas no podían seguir igual; los apóstoles estaban muy ocupados, y a medida que la iglesia crecía en número y en complejidad, así mismo crecía su carga de trabajo. Además, sus deberes básicos como apacentadores eran orar y predicar la palabra; esto quiere decir que sus deberes principales no eran socorrer a las viudas. Tenían que hacer algo para aligerar su carga de trabajo, que iba en aumento.

Como el cuerpo humilde y piadoso de pastores que eran, consultaron este problema unos con otros y con su Señor. Después de llegar a un acuerdo en cuanto a una posible solución, Lucas registra que: “los doce convocaron a la multitud de los discípulos”. Después de que la congregación se reunió, los apóstoles presentaron un plan para solucionar el problema: “Buscad, pues, hermanos, de entre vosotros” dijeron, “a siete varones de buen testimonio, llenos del Espíritu Santo y de sabiduría, a quienes encarguemos de este trabajo”.

El plan de los apóstoles era formar un cuerpo de siete hombres a quienes se les podía dar la responsabilidad del cuidado de las viudas. Pidieron al pueblo que los seleccio-

nara, pero, conscientes de cuán exigente era el trabajo, establecieron requisitos para orientar a la congregación en el proceso de selección. No cualquier cristiano podía hacer el trabajo. Los apóstoles sabían que para ello se requería de hombres aptos, de alta moral, a quienes se les podía confiar esta responsabilidad que demandaría integridad y aptitud. Si elegían mal, empeorarían los problemas y eso haría que los apóstoles se sintieran más frustrados que antes.

Resolviendo así el problema, los apóstoles organizaron un nuevo cuerpo de funcionarios eclesiásticos. Las dos principales categorías de funcionarios en la iglesia de Jerusalén eran los apóstoles y los Siete. Los apóstoles debían dedicarse a la oración y a la predicación de la palabra; por lo tanto, su ministerio principal era verbal. Los funcionarios recientemente nombrados deberían dedicarse al ministerio de las obras, proporcionando un servicio devoto a los hermanos y hermanas en Cristo que estaban en necesidad.

En las Escrituras estas dos amplias clasificaciones de ministerio se denominan como “palabra” y “obra” (Romanos 15:18; Colosenses 3:17). En Hechos 6, Lucas define estas clasificaciones como “el ministerio de la palabra” (v.4) y “servir a las mesas” (v.2). Pedro las define como hablar y servir, que es lo mismo que palabra y obra. El escribe: “Si alguno habla, hable conforme a las palabras de Dios; si alguno ministra, ministre conforme al poder que Dios da, para que en todo sea Dios glorificado por Jesucristo...” (1 Pedro 4:11). En ambos casos, hablar o servir, Dios es la fuente del poder, aquel que recibe gloria por lo que se ha hecho.

Algunos son muy poderosos tanto en palabra como en obra. Por ejemplo, las Escrituras dicen que Moisés y Jesús eran “poderosos en obra y en palabra” (Lucas 24:19; Hechos 7:22). Pero la mayoría de nosotros somos más fuertes y capaces en un área que en la otra (aunque no debemos descuidar nuestra área débil del desarrollo espiritual).

Debemos entender que en la obra de Jesucristo se necesitan ambas clases de personas – ambas son esenciales para la obra de Dios.

Aquellos que son fuertes en palabra, tienden a ser maestros, predicadores, escritores, consejeros, apacentadores o estudiantes. Por ejemplo, Apolos era poderoso en la palabra. Lucas describe a Apolos de esta forma:

...Llegó entonces a Efeso un judío llamado Apolos, natural de Alejandría, varón elocuente, poderoso en las Escrituras. Este había sido instruido en el camino del Señor; y siendo de espíritu fervoroso, hablaba y enseñaba diligentemente lo concerniente al Señor...porque con gran vehemencia refutaba públicamente a los judíos, demostrando por las Escrituras que Jesús era el Cristo (Hechos 18:24,25a,28).

Por otra parte, aquellas personas cuya área fuerte es la de las obras, tienden a ser administradores, organizadores, hacedores, ayudadores, apoyadores, constructores, ministros de misericordia, y donantes. Estéfanos y su familia, Onesíforo, Febe, Onésimo, y las mujeres que ayudaron en el ministerio del Señor, fueron reconocidos en el Nuevo Testamento por su servicio dedicado a otros, no por su ministerio de palabra (1 Corintios 16:15; 2 Timoteo 1:16-18; Romanos 16:1; Filemón 10-13, Lucas 8:3). De Onesíforo dice Pablo: "...cuando estuvo en Roma, me buscó solícitamente y me halló. Concédale el Señor que halle misericordia cerca del Señor en aquel día. Y cuánto nos ayudó [*diakoneō*] en Efeso, tú lo sabes mejor (2 Timoteo 1:17,18).

Como grupo, los Siete fueron llamados para un ministerio de obras, aunque, por lo menos dos de ellos también fueron fuertes en palabra. No importa cuáles dones u otros intereses tuvieran individualmente como hombres, como grupo eran administradores de la iglesia en cuanto a asuntos de bienestar social. Esto de ninguna manera sugiere que únicamente los Siete (o los diáconos hoy en día) tuvie-

ran la responsabilidad de preocuparse por los necesitados.

Cuando los apóstoles dijeron: “Y nosotros persistiremos en la oración y en el ministerio de la palabra” no querían decir que invertirían su tiempo exclusivamente enseñando y jamás volverían a ayudar a los necesitados. Los apóstoles afrontaron el problema de que su trabajo misericordioso no los dejaba realizar su trabajo básico de proclamar a Cristo. Aunque sus principales deberes tenían que ver con las tareas de enseñar y gobernar, también debían preocuparse por los pobres. En Gálatas 2:10, vemos la preocupación de los apóstoles por el pobre, cuando le piden a Pablo: “acordarse de los pobres”. Pablo, a quien Dios señaló como predicador, apóstol y profesor (1 Timoteo 2:7), respondió: “...lo cual también procuré con diligencia hacer” (véase también Hechos 24:17; 2 Corintios 8,9).

En su instrucción a los ancianos de Efeso, Pablo también enfatiza la importancia de preocuparse por el pobre:

“Antes vosotros sabéis que para lo que me ha sido necesario a mí y a los que están conmigo, estas manos me han servido. En todo os he enseñado que, trabajando así, se debe ayudar a los necesitados, y recordar las palabras del Señor Jesús, que dijo: ‘Más bienaventurado es dar que recibir’” (Hechos 20:34,35, cfr. Hechos 11:29,30).

Entonces no es sólo responsabilidad de los diáconos ayudar al necesitado, aunque ellos sean oficialmente los coordinadores de la iglesia en cuanto a la benevolencia se refiere. Cada cristiano, ya sea apacentador, apóstol o maestro, debe preocuparse por ayudar al necesitado.

Profundizando en nuestra comprensión de la obra de los siete

El buen manejo de los fondos y de los recursos es esencial para que cualquier organización mantenga la integridad y la efectividad.

Algunos cristianos parecen considerar que la desorganización es igual que la espiritualidad, pero es exactamente lo contrario. La desorganización y el mal manejo siempre multiplican los problemas en gran manera y frustran a las personas. Un periódico reportó que el Director General de la Oficina Contable, Charles Bowsher, informó al Congreso de Estados Unidos que 150 mil millones de dólares, o más, del dinero recogido por pago de impuestos serían desperdiciados en 1992 por mal manejo: "Bowsher afirmó que los escándalos multimillonarios posiblemente implicarían la pérdida de otros miles de millones más en fraudes, derroche y abuso, por una simple razón: una pésima administración".⁵

La mala administración y la desorganización arruina a las familias, negocios, gobiernos e iglesias. Es el producto de la avaricia, la pereza, el desinterés, la falta de amor y el egoísmo que contaminan la tierra. No proviene de Dios. Por eso es que la familia de Dios no debe ser mal administrada. Dios debe recibir nuestro mejor empeño, energía y aptitud. Todo el pasaje de Hechos 6 es un ejemplo excelente de buena organización y un interés ferviente por el pueblo de Dios.

La labor que los apóstoles entregaron a los Siete era específica. Se describe parcialmente como: "distribución diaria" (Hechos 6:1) y "servir a las mesas" (v.2). La palabra griega para "mesas" (*trapeza*) muchas veces se utiliza en forma figurativa para significar comida o alimentos (Hechos 16:34). Pero el término *mesas* también se usa en forma figurativa para significar finanzas, una oficina o puesto de cambio o un banco (Lucas 19:23). Por ejemplo, la versión Dios Habla Hoy dice en Hechos 6:2: "No está bien que nosotros dejemos de anunciar el mensaje de Dios para dedicarnos a la administración".

Si *mesas* aquí significa administración o puesto de cambio, entonces los Siete distribuían dinero para el alimento diario de las viudas y mantenían un cuidadoso registro contable de sus gastos. Si no era así, entonces su tarea

consistía en entregar comida para estas viudas, que por supuesto tendría que ver con dinero y finanzas. Es difícil estar seguro, pero Hechos 4:34,35 sugiere que debemos entender *mesas* como puestos u oficinas de cambio en donde se distribuye y se recoge dinero.

En detalle, los Siete debían:

(1) recoger dinero y bienes que eran contribuciones para el necesitado (Hechos 4:34,35,37; 5:2);

(2) distribuir el dinero o los bienes a los necesitados (Hechos 4:35);

(3) asegurarse de que la iglesia distribuyera justa y equitativamente el dinero; y

(4) coordinar todos los servicios caritativos de la iglesia a favor del necesitado.

En otras palabras, los Siete, eran oficialmente los ministros de misericordia de la iglesia. Las obras benéficas de la iglesia eran eficazmente centralizadas por medio de ellos. Representaban la respuesta colectiva de la iglesia a sus viudas pobres. Como todos sabemos, tanto quien da, como quien recibe, puede fácilmente abusar de las actividades de bienestar. Pero los Siete, como funcionarios de la iglesia que administraban las obras benéficas, podían asegurar que las viudas de la iglesia y los demás miembros necesitados recibieran un servicio justo y altamente eficiente.

Finalmente, el enfoque principal de la obra de los Siete era ayudar a los pobres de la comunidad cristiana, y no a todos los pobres de Jerusalén (Hechos 2:44,45; 4:32-37; 6:1). Era imperativo que la nueva comunidad del salvador resucitado se preocupara por sus necesitados. Entre los judíos en Jerusalén, como el erudito alemán Joachim Jeremías, muestra en su libro: "Jerusalén en la Epoca de Jesús" (*Jerusalem in the Time of Jesus*), algunos individuos y grupos de personas proporcionaban ayuda a los necesitados.⁶ De hecho, algunas viudas cristianas judías pudieron haber dejado de ser recipientes de dicha ayuda

por su nueva fe. Los cristianos no podían quedarse atrás; tenían que colaborarle a los suyos.

La iglesia en Jerusalén no daría un testimonio creíble frente a sus vecinos judíos no creyentes si no se hubiera preocupado por sus viudas.

Eso no quiere decir que los cristianos no deben ayudar al que no pertenezca a su grupo o congregación. Los cristianos, como enseña las Escrituras, deben mostrar misericordia y amor a todos los necesitados (Lucas 10:37; 1 Tesalonicenses 3:12). Pero el principal deber de los Siete como *cuerpo oficial de ministros misericordiosos de la iglesia*, era administrar la obra de caridad para los miembros de la iglesia que sufrían.

Desde el punto de vista de Lucas, el progreso del evangelio estaba íntimamente ligado con la solución de los problemas de las viudas pobres. El evangelio tenía que seguir adelante hasta los confines de la tierra, pero a la vez los miembros necesitados de la comunidad cristiana debían recibir apoyo, o el mensaje del evangelio perdería credibilidad. Inmediatamente después de que Lucas registra el nombramiento de los Siete para atender a las viudas, escribe: “Y crecía la palabra del Señor, y el número de los discípulos se multiplicaba grandemente en Jerusalén...” (Hechos 6:7).



Capítulo 2: Selección de ministros de misericordia

1. Juan Calvino, “Los Hechos de los Apóstoles” (*The Acts of the Apostles*), 2 vols., trad. J. W. Fraser y W.J.G. McDonald, ed. D.W. y T.F. Torrance (Grand Rapids: William B. Eerdmans Publishing Company, 1965), 1:130.
2. Benjamín Breckinridge Warfield, “La Vida Emocional de Nuestro Señor” (*The Emotional Life of Our Lord*) en el escrito “La Persona y la Obra de Cristo” (*The Person and Work of Christ*) (Philadelphia: The Presbyterian and Reformed Publishing Company, 1950), p.104.
3. D. Martyn Lloyd-Jones, “Estudios Sobre el Sermón del Monte” (*Studies in the Sermon on the Mount*), 2 vols. (Grand Rapids: William B. Eerdmans Publishing Company, 1971), 2:94.
4. Citado por Ronald J. Sider en: “Cristianos Ricos en una Era de Hambre” (*Rich Christians in an Age of Hunger*) (Downers Grove: Inter Varsity Press, 1984), p.109.
5. “Se le dijo al Congreso que habrá más derroche que nunca en el gobierno” (“Waste in Government worse than ever, Congress is told”), en el diario *Rocky Mountain News*, Nov. 29 de 1989.
6. Joachim Jeremías, “Jerusalén en la Epoca de Jesús” (*Jerusalem in the Time of Jesus*) (Philadelphia: Fortress Press, 1969), pp. 126-134.

Capítulo 3

Reconocimiento oficial en público

Agradó la propuesta a toda la multitud; y eligieron a Esteban, varón lleno de fe y del Espíritu Santo, a Felipe, a Prócoro, a Nicanor, a Timón, a Parmenas, y a Nicolás prosélito de Antioquía; a los cuales presentaron ante los apóstoles, quienes, orando, les impusieron las manos.

Hechos 6:5,6

Los apóstoles piden el involucramiento congregacional

El conflicto entre los judíos helenistas y los hebreos en Jerusalén pudo haberse convertido en una peligrosa división de la iglesia que podría haber durado décadas. Pero, actuando en humilde acuerdo tanto los unos con los otros como con la congregación, los apóstoles resolvieron pacíficamente la situación altamente explosiva que se presentaba. Hechos 6 ilustra estupendamente lo que habían aprendido los apóstoles acerca de los principios de liderazgo de Jesucristo (después de muchos contratiempos entre ellos mismos por rivalidades y peleas por nombre y posición). Véase Mateo 23:1-12; Marcos 9:30-35; 10:35-45;

Lucas 22:24-27. Ellos habían aprendido a ser pastores humildes e indulgentes.

Como cuerpo pastoral sabio, los Doce conocían la importancia de involucrar a toda la congregación en la solución de sus problemas. Los apóstoles pudieron haber actuado solos, pero no lo hicieron por muchas razones claves.

La primera es que los apóstoles sabían que necesitaban tratar a la congregación como hermanos y hermanas en Cristo en quienes moraba el Espíritu de Dios. Los apóstoles no eran los clérigos sacerdotales del pueblo, y éstos no eran sus discípulos.

La segunda razón es que los apóstoles sabían que el dinero le pertenecía a la congregación, y que era su responsabilidad cuidar de las viudas. Por lo tanto, el problema era de todos y la congregación misma tenía que tomar parte en la responsabilidad de planear y administrar su obligación compasiva.

Tercera, los apóstoles buscaban protegerse a sí mismos de las acusaciones potencialmente siniestras que tenían que ver con el dinero y el poder. Todos los apóstoles eran hebreos, no eran judíos helenistas. De acuerdo con el plan de los apóstoles, la congregación podía escoger los administradores quienes los representarían de manera más equitativa. De esta forma, los apóstoles no podrían ser acusados de parcialidad.

Esto era importante puesto que, según todas las probabilidades, hasta los apóstoles eran apoyados económicamente por la congregación. Si los apóstoles escogían sus propios hombres para administrar las obras benéficas, podían ser acusados de controlar el dinero. Los apóstoles, sin embargo, no se sentían atraídos por el dinero y el control. No eran codiciosos. Su decisión de delegar a otros la responsabilidad del manejo de los fondos para la beneficencia de la iglesia, podría ser un ejemplo para los líderes cristianos de hoy que creen que deben controlar todo, especialmente el dinero.

La congregación elige a siete hombres

La congregación respondió al plan de los apóstoles con una aprobación unánime: “Agradó la propuesta a toda la multitud”. La comunidad inmediatamente procedió a escoger siete hombres. Lucas escribe: “...y eligieron a Esteban, varón lleno de fe y del Espíritu Santo, a Felipe, a Prócoro, a Nicanor, a Timón, a Parmenas, y a Nicolás próselito de Antioquía”.

No se registra con exactitud la forma cómo la congregación de Jerusalén seleccionó a siete de sus hombres. Con seguridad no fue difícil para la congregación organizarse para tal elección puesto que contaban con muchos ejemplos. Por ejemplo, cuando nuestro Señor alimentó una muchedumbre, rápidamente los organizó en grupos que se pudieran manejar fácilmente de “ciento en ciento y de cincuenta en cincuenta” para la distribución ordenada (Marcos 6:40). Desde sus comienzos, la nación de Israel fue organizada en grupos manejables, claramente definidos para la comunicación, la guerra, el servicio y los viajes (Exodo 13:18; 18:13-27; 36:6; Números 2:2ss; 7:2; 1 Reyes 4:7). Las decisiones y las operaciones congregacionales eran dirigidas básicamente por representantes o jefes de clanes y pueblos (Compare Levítico 4:13 con 4:15; Exodo 3:15,16; compare Exodo 4:29 con 4:31; Exodo 19:7,8; Deuteronomio 21: 1,2,6-9). Entonces es muy probable que la congregación en Israel ya estuviera organizada en unidades manejables, parecidas a éstas. Tal organización permitiría que se tomaran decisiones y que la información pasara rápidamente entre ellos (Hechos 12:12,17; Hechos 15:4,6,22; 21:17,18).

Los siete reciben la aprobación de los apóstoles

Después de elegir a los Siete, la congregación los presentó a los apóstoles para su aprobación oficial. En vez de enviarlos inmediatamente a trabajar, la congregación los llevó a los apóstoles, quienes los comisionaron de una ma-

nera oficial y pública, mediante la imposición de manos y la oración.¹

Es apenas natural que los apóstoles fueran los responsables por poner a los Siete a cargo del dinero de la iglesia y los ministerios al necesitado. Claro que el plan propuesto por los apóstoles, como se explica en términos generales en el versículo 3, afirma que los apóstoles “encargarían de este trabajo” a los seleccionados por la congregación:

“Buscad, pues, hermanos, de entre vosotros a siete varones de buen testimonio, llenos del Espíritu Santo y de sabiduría, *a quienes encarguemos de este trabajo*” (itálicas agregadas).

El sujeto del verbo griego que significa “encarguemos” (primera persona del plural) es “los doce apóstoles”. El sujeto del verbo griego que significa “buscad” (segunda persona del plural) es “la multitud de los discípulos”. El verbo griego que significa “encarguemos”, *kathistēmi*, muchas veces se utiliza para expresar nombramiento en una posición oficial, como el nombramiento de un juez o gobernador (Hechos 7:10). También puede expresar nombramiento en un sentido no oficial. En cualquiera de las formas, el verbo indica un sentido de autoridad, tal como R.J. Knowling en, “El Testamento Griego del Expositor” (*The Expositor's Greek Testament*): “El verbo implica, en todo caso, el uso de la autoridad”.²

Los apóstoles podían oficialmente poner a los Siete a cargo de la ayuda a los necesitados de la iglesia y la distribución de los fondos, porque tenían la autoridad para ello, como apóstoles escogidos por Cristo (Efesios 2:19,20). Por lo tanto, es mejor interpretar que la congregación escogió a los siete hombres y los apóstoles oficialmente los erigieron para el cargo.

La imposición de manos

Cuando los apóstoles establecieron o erigieron a los Siete, las Escrituras dicen: “les impusieron las manos”

(Hechos 6:6). Este es el primer ejemplo registrado de la imposición de manos en la comunidad cristiana. La imposición de manos se utiliza en la Biblia por varias razones, pero como James Orr, un reconocido apologeta escocés del cristianismo ortodoxo escribió a principios del siglo: “Parece ser que la idea básica es la de traspaso o transferencia (cfr. Levítico 16:21), pero, conjuntamente con esto, en ciertos casos existen las ideas de identificación y de devoción a Dios”.³

Observando primero los ejemplos del Antiguo Testamento, vemos que la imposición de manos se utilizaba para:

- bendecir (Génesis 48:14)
- identificarse con un sacrificio a Dios (Levítico 1:4)
- transferir el pecado (Levítico 16:21)
- transferir deshonra (Levítico 24:14)
- identificar las acciones del hombre con las de Dios (2 Reyes 13:16)
- apartar a las personas para una comisión, responsabilidad o autoridad especial (Números 8:10,14; 27:15-23; Deuteronomio 34:9)

En el Nuevo Testamento, la imposición de manos se utilizaba para:

- bendecir (Mateo 19:15; Marcos 10:16)
- conferir el poder de sanidad del Espíritu Santo (Marcos 6:5; 8:23,25; 16:18; Lucas 4:40; 13:13; Hechos 9:12; 19:11; 28:8)
- otorgar el Espíritu Santo a ciertos creyentes por medio de las manos de los apóstoles (Hechos 8:17-19; 19:6)
- traer sanidad y el Espíritu Santo a Pablo por medio de las manos de Ananías (Hechos 9:17)
- otorgar un don espiritual a Timoteo por medio de las manos de Pablo (2 Timoteo 1:6)
- apartar o colocar en un oficio o puesto (Hechos 6:6; 13:3; 1 Timoteo 4:14; 5:22)

El Nuevo Testamento no contiene ninguna norma para la imposición de manos. No es una práctica prescrita tal como el bautismo o la Cena del Señor, ni está restringida a una persona en particular o a un grupo dentro de la iglesia (Hechos 9:12; 13:3). Esto dificulta la tarea de determinar el significado preciso de la imposición de manos. Sabemos que la imposición de manos, así como el ayuno, era utilizada por los primeros cristianos por ser útil y bendición para todos. Los cristianos son libres, entonces, de utilizar la imposición de manos si lo desean, o no realizar esta práctica, si lleva a controversias.

Debido a la confusión o a la superstición que rodea el acto de la imposición de manos, muchas iglesias hoy en día evitan su uso completamente. Es una lástima, puesto que la imposición de manos puede ser un acto público muy significativo.

A la luz de este antecedente, parece razonable suponer que la imposición de manos en Hechos 6 visualmente expresaba: la bendición de los apóstoles, el acto de comisionar a los Siete para una obra especial (Números 27:22,23), y la transferencia de autoridad para llevarla a cabo.

Debido a la responsabilidad de los Siete de manejar grandes sumas de dinero (Hechos 4:34-37) y las crecientes tensiones entre los judíos helenistas y los hebreos, los apóstoles sabían que la situación exigía un nombramiento oficial en un acto público.

La imposición de manos en Hechos 6, sin embargo, no elevó a los Siete a posiciones ministeriales más altas (como sacerdotes o ministros), ni hizo que los Siete fueran sucesores de los apóstoles. Tampoco era una ordenación que los autorizara a predicar y administrar los sacramentos. No transmitió gracia, o el Espíritu Santo, puesto que los Siete ya estaban llenos del Espíritu Santo. Más bien, *la imposición de manos comisionó a los Siete a servir al necesitado*. ¡Hay mucha diferencia entre ésto y las tradicio-

nes acostumbradas de imponer las manos únicamente en el sumo clero!

La importancia de la obra de los siete

La imposición de las manos, en conjunto con la presentación de este relato en los primeros capítulos del libro de los Hechos, da una indicación de la importancia y la necesidad de la obra de los Siete. Algunos difícilmente creen que era necesario que los apóstoles impusieran sus manos a los hombres nombrados para cuidar de las viudas pobres y el manejo o administración de los fondos. Quienes no entienden la razón por la que los apóstoles tomaron este asunto tan seriamente, no comprenden la importancia de la preocupación por el pobre a los ojos de Dios. Como dicen las Escrituras: “La religión pura y sin mácula delante de Dios el Padre es esta: Visitar a los huérfanos y a las viudas en sus tribulaciones...” (Santiago 1:27a).

El pastor escocés Robert Murray McCheyne (1813-1843) quien promovió el avivamiento, entendió la importancia de dar al pobre y usó las palabras más fuertes posibles para enseñar a su congregación de Dundee, Escocia, la necesidad de dar al necesitado. Léase, con una actitud de oración, las siguientes palabras finales de su sermón sobre Hechos 20:35: “Más bienaventurado es dar que recibir”:

Temo que hay algunos cristianos entre ustedes a quienes Cristo no puede decirles [“Bien hecho, mi buen y fiel servidor”]. La arrogante morada de ustedes se levanta entre miles de personas que escasamente tienen una fogata para calentarse y poca ropa, apenas para evitar que se congelen, y aún así ustedes nunca fueron a visitarlos. Si acaso suspiran a distancia pero no los visitan. ¡Ay! mis queridos amigos, me preocupan los pobres, pero más ustedes. No sé lo que Cristo les dirá en el gran día. Ustedes parecen ser cristianos, y aún así no se preocupan por sus pobres. ¡Oh, qué cambio tendrán cuando entren por

las puertas del cielo! Serán salvos, pero no más. No habrá una entrada abundante para ustedes: 'El que siembra escasamente, también segará escasamente'.

Temo que hay muchos que me escuchan que saben muy bien que no son cristianos puesto que no les gusta dar. Para dar abundantemente y con liberalidad, sin mala voluntad, es necesario tener un corazón nuevo; un corazón viejo prefiere ceder su vida que su dinero. ¡Ay, mis amigos! disfruten su dinero; hagan lo que mejor puedan con él; no den nada; disfrútenlo pronto, porque les digo que serán mendigos por toda la eternidad.⁴

John Owen nos recuerda que muchos de los primeros cristianos eran pobres: "Muchos de aquellos que primero lo recibieron, según testifican las Escrituras en varios pasajes, eran pobres: '...y a los pobres es anunciado el evangelio' Mateo 11:5; '...ha elegido Dios a los pobres de este mundo' Santiago 2:5".⁵ Por lo tanto, el interés por los pobres y necesitados, agrega Owen, era "una de las gracias y deberes más distinguidos de la iglesia en esos días".⁶ El nos advierte que nunca debemos tratar ligeramente esta importante responsabilidad hacia el pobre y el que está en desventaja:

...ojalá todas las iglesias, y todos sus miembros, consideraran con prudencia la eminente gracia y lo excelente de este deber de ayudar al pobre, y la forma como la gloria de Cristo y el honor del evangelio está involucrado aquí. Puesto que la mayoría de las veces, se ve como un trabajo ordinario, para ser realizado de forma transitoria y de modo superficial, al que se le adjudica poco tiempo, éste debería ser uno de los más eminentes trabajos de las sociedades cristianas..."⁷

El comentarista bíblico William Barclay relata una vieja leyenda que ilustra bellamente el valor del pobre y la importancia de preocuparse por ellos:

En los días de la terrible persecución de Decio* en Roma, las autoridades romanas entraron por la fuerza a una iglesia cristiana buscando saquear los tesoros que creían que poseía. El prefecto romano exigió a Laurentino, el diácono diciendo: “déjame ver tus tesoros inmediatamente”. Laurentino señaló a las viudas y huérfanos que recibían ayuda, y dijo: “éstos son los tesoros de la iglesia”.⁸

¡Esto nos explica por qué razón los Siete fueron comisionados para su trabajo mediante la imposición de manos! Esto les dio la posición oficial necesaria para manejar el importante trabajo de atender a los necesitados de la iglesia. Los Siete conformaban un cuerpo de funcionarios distinto y separado de los apóstoles. No eran iguales a los apóstoles, ni eran sus subalternos; tampoco eran aprendices del pastorado ni ayudantes de los apóstoles. Los Siete conformaron un grupo cuyo ministerio era separado y complementario al de los apóstoles.

¿Por qué eran necesarios los siervos oficiales?

Primera de Pedro 4:10 afirma que todo cristiano tiene un don espiritual, dado por Dios, que debe ser utilizado para ayudar a otros: “Cada uno según el don que ha recibido, minístrelo a los otros, como buenos administradores de la multiforme gracia de Dios”. Si todos los cristianos debemos ser siervos o ministros, entonces ¿por qué se eligieron siervos autorizados para ministrar al necesitado en la iglesia de Jerusalén?

Hechos 6 demuestra que en algunas obras de servicio se requieren personas que tengan ciertas destrezas espe-

* Decio, emperador romano nombrado por sus soldados, intentó restaurar la religión tradicional promulgando un edicto y llevó a cabo la primera gran persecución de todos los cristianos en el imperio romano.

ciales y un carácter moral comprobado. Por ejemplo, para administrar grandes sumas de dinero para obras de beneficencia, es necesario que hayan personas que posean un carácter irreprochable, sabiduría divina, y técnicas administrativas. La triste realidad es que algunos cristianos roban. Para estos cristianos es una gran tentación administrar grandes sumas de dinero. Es por eso que es necesario que hayan siervos autorizados que lleven a cabo estos deberes.

Además, la Biblia advierte que el pobre, especialmente las viudas, son vulnerables a la explotación. Jesús dijo que tuviéramos cuidado con los escribas: “que devoran las casas de las viudas” (Lucas 20:47). Así mismo, abundan los estafadores religiosos, que viven a costa de las viudas y los ancianos. Ninguna iglesia debe exponer a las personas que necesitan la mayor protección y el mayor cuidado, a personas desconocidas o inestables. Entonces, siempre será necesario elegir siervos para que representen con autoridad a la iglesia local en asuntos tan delicados como son la confianza y la coordinación de obras sociales de la iglesia.

Una advertencia final

Hechos 6 no es una lista de normas y leyes; por eso no se debe interpretar como un patrón a seguirse en estricto detalle. Por ejemplo, los apóstoles exigieron que se escogieran siete hombres. Viene la pregunta, entonces, ¿eso quiere decir que cada iglesia debe tener siete diáconos? Algunos cristianos del segundo, tercer, y cuarto siglo lo creyeron así y únicamente admitían siete diáconos por ciudad. El concilio de Neo-Cesarea en el año 315 D.C. estableció, en uno de sus cánones, que el número de diáconos por ciudad necesariamente tenía que ser siete.

Sin embargo, este número de diáconos llenaba únicamente las necesidades específicas de la iglesia de Jerusalén, así como los demás aspectos detallados del plan de los apóstoles. Esto quiere decir que una iglesia local, hoy, tiene la flexibilidad de elegir el número necesario de diáco-

nos, la forma de su elección, y sus funciones específicas. A medida que los diáconos permitan que los apacentadores de la iglesia lleven a cabo sus principales tareas y obligaciones y que los diáconos ministren a la congregación según sus necesidades, estarán cumpliendo con su trabajo.



Capítulo 3: Reconocimiento público oficial

1. El sujeto del participio para “oración” y el verbo griego que significa “imponer las manos” es algo ambiguo. Gramaticalmente, nuestra expectativa es que la congregación fuera el sujeto de todos los verbos en Hechos 6:6, pero el contexto como un todo, especialmente el versículo 3, favorece a los apóstoles como sujeto de “orando” y “les impusieron las manos”.
2. R.J. Knowling, “Los Hechos de los Apóstoles” (*The Acts of the Apostles*), en “El Testamento Griego del Expositor” (*The Expositor’s Greek Testament*), 5 vols., ed. W. Robertson Nicoll (1900-10; Repr. Grand Rapids: William B. Eerdmans Publishing Company, 1976), 2:169.
3. James Orr, “Manos, Imposición de” (*Hands, Imposition of*), en “Enciclopedia Internacional Bíblica Estándar” (*The International Standard Bible Encyclopedia*), 5 vols., ed. James Orr (1929; repr. Grand Rapids: William B. Eerdmans Publishing Company, 1955) 2:1335.
4. Robert Murray McCheyne: “Sermón 82” (*Sermon 82*) en: “Las Obras de Robert Murray McCheyne” (*The Works of Robert Murray McCheyne*) ed. Andrew A. Bonar (New York: Robert Carter and Brothers, 1883), 2:482.
5. John Owen “De los Diáconos” (*Of Deacons*) en “Las Obras de John Owen” (*The Works of John Owen*), 16 vols., ed. W.H. Goold (London: Johnstone and Hunter, 1850-53; repr. Edinburgh: Banner of Truth Trust, 1968), 16:144.
6. *Ibid.*, p. 144.

7. Ibid., p. 144.
8. William Barclay, "El Evangelio de Mateo" (*The Gospel of Matthew*), 2 vols. (Philadelphia: The Westminster Press, 1958), 1:244.

Capítulo 4

Hechos 6

El modelo para los diáconos

Puesto que ya muchos han tratado de poner en orden la historia de las cosas que entre nosotros han sido certísimas, tal como nos lo enseñaron los que desde el principio lo vieron con sus ojos, y fueron ministros de la palabra, me ha parecido también a mí, después de haber investigado con diligencia todas las cosas desde su origen, escribírtelas por orden, oh excelentísimo Teófilo, para que conozcas bien la verdad de las cosas en las cuales has sido instruido.

Lucas 1:1-4

¿Podemos suponer, sin llegar a equivocarnos, que los Siete de Hechos 6 son los antecesores de los diáconos? En los dos pasajes en los que Pablo menciona diáconos, Filipenses 1:1 y Timoteo 3:8-13, no nos ofrece ninguna explicación del origen de los diáconos y mucho menos de sus deberes. Los lectores de su época, sin duda, ya conocían el origen de los diáconos y sus responsabilidades. ¿Pero dónde pueden los cristianos de hoy encontrar tales explicaciones?

Aunque Lucas no hace una afirmación contundente

en cuanto a que los siete hombres que se mencionan en Hechos 6 fueran los primeros diáconos, muchos comentaristas, desde mediados del siglo segundo, lo han creído así. Ireneo (130-200 D.C.), obispo de Lyons en Galia (Francia moderna), fue el primer escritor que identificó claramente a los Siete como “diáconos”.¹

Objeciones en cuanto a que los siete sean modelo para los diáconos

No obstante, otros comentaristas bíblicos se oponen a la idea de que Hechos 6 tenga algo que ver con los diáconos. Gordon Fee, profesor del Nuevo Testamento en el Regent College de Vancouver, Canadá, afirma:

No tiene validez recurrir a Hechos 6:1, puesto que aquellos hombres no se denominaban diáconos. De hecho, son claramente ministros de la palabra, en medio de los judíos griegos, quienes eventualmente procedieron a llamarse “los Siete” (Hechos 21:8), un apelativo que los caracterizó así como el apelativo que caracterizó a los apóstoles (“los Doce”).²

Aunque Lucas no afirma explícitamente que los Siete fueron los primeros diáconos, el contenido del recuento de Lucas, en el que los apóstoles públicamente nombran un grupo de hombres para administrar los fondos de la iglesia para el necesitado, lleva a muchos a concluir que hay una conexión definitiva. Obviamente no se debe ignorar lo que dice Hechos 6. Como veremos más tarde, las objeciones del doctor Fee, que representan la mayoría de las objeciones comunes, son infundadas y erróneas.

La palabra que falta

Es una equivocación concluir que puesto que en realidad los Siete no son llamados, en sí, *diáconos* dentro del contexto bíblico, no existe ninguna conexión entre los Siete mencionados en Hechos y los diáconos que se mencionan en las epístolas de Pablo. El hecho de que Lucas no afirme que los Siete son diáconos es consistente con su

estilo de reportaje histórico usado tanto en el Evangelio de Lucas como en los Hechos de los Apóstoles.

Lucas es muy preciso al escribir la historia, particularmente en su uso de la terminología para determinar personas y lugares. En cuanto a la aptitud de Lucas como historiador, el fallecido F.F. Bruce, uno de los comentaristas más conocidos y distinguidos del siglo veinte, cita al distinguido historiador Eduard Meyer en su evaluación de Lucas:

Eduard Meyer, el mejor historiador del siglo veinte, en cuanto a antigüedad clásica, consideró a Lucas un gran historiador quien unió al último de los historiadores griegos genuinos, Polibio, con el mejor de los historiadores cristianos, Eusebio. La obra de Lucas, él determina, “a pesar de su contenido más restringido, lleva las mismas características de aquellos grandes historiadores tales como Polibio, Livy y muchos otros”.³

Cuando Lucas se refiere a Felipe en Hechos 21:8, lo define como un evangelista y “uno de los siete”, pero no lo identifica como un diácono. La razón de esta identificación es que Lucas representa con exactitud la histórica situación y la terminología usada en la época de los eventos de Hechos 6. Sin duda, el título público de *diácono* (Griego, *diakonos*, que significa “siervo”), no se utilizaba en esa época o etapa de progreso de la iglesia. Aunque Lucas sabía que eran llamados diáconos en sus días, no cedió a la tentación de hacer que la historia de Hechos se ajustara a la evolución de la iglesia y la terminología de esos momentos en los que Lucas escribía. Es decir, no escribió anacrónicamente. Entonces, “el registro de los Hechos”, afirma Bruce, “es fiel a su fecha ‘dramática’ o sea la fecha de los eventos y la evolución a los que se refiere”.⁴

Quizá lleguemos a pensar que Lucas pudo haber dicho algo, por lo menos, en cuanto a la conexión o vínculo que existía entre los siete y los diáconos, pero otra vez, ese

no era su método de escritura histórica. Por ejemplo: Lucas no nos dice nada en cuanto a la posición que el medio hermano de nuestro Señor, Santiago, tenía en la iglesia, aunque Santiago es sin duda una figura predominante o influyente de la iglesia de Jerusalén y fue más bien un apóstol (Gálatas 1:19). Lucas nunca afirma claramente que Pablo, el gran apóstol para los gentiles, era en realidad un apóstol, aunque su apostolado es evidente en Hechos. (La afirmación en Hechos 14:4 sobre el apostolado de Pablo es algo ambigua⁵).

Lucas registra eventos del momento que son de suma importancia durante los primeros años del cristianismo, sin agregar ningún comentario especial (Hechos 8:5-19; 10:1-48; 13:1-4). El no pone a la par las soluciones teológicas, o las explicaciones, junto con los eventos o prácticas difíciles de entender (Hechos 8:14-17; 19:1-7,12; 21:23-26). Asimismo, en Hechos 6 Lucas no registra ningún nombre especial o título para este grupo de hombres.

Un hombre eminentemente calificado para evaluar la exactitud histórica de Lucas, y su estilo, es Sir William Ramsay (1851-1939), quien es conocido por su brillante y pionera investigación en asuntos teológicos e históricos sobre Hechos. Ramsay escribe:

Es muy raro encontrar una narrativa tan sencilla y tan poco forzada como la de *Hechos*. Es una descripción descolorida de los hechos importantes en los términos más breves posibles. La individualidad del narrador, sus sentimientos personales y preferencias están casi suprimidas... sería muy difícil en todo el campo de la literatura, encontrar una labor en donde hay un intento tan mínimo por resaltar una lección moral o sacar una lección de la realidad. El narrador está convencido de que la misma realidad, en su forma más desnuda, es una lección perfecta y una instrucción completa; además cree que sería una impertinencia y hasta una impiedad introducir sus opiniones personales en la narrativa.⁶

El doctor David Gooding, quien fue profesor de griego de la Universidad de Queen's, Belfast, Irlanda, y experto en el Antiguo Testamento en Griego, la *Septuaginta*, también hace comentarios en cuanto al estilo de escritura histórica de Lucas: "Aparte de su registro de lo ocurrido, Lucas hace que su recuento histórico contenga solamente el mínimo de sus comentarios interpretativos. Ni siquiera ha creado títulos para sus secciones".⁷ Por lo tanto, no es sorprendente el hecho de que Lucas al referirse a los Siete no use la palabra diáconos, o explique la relación de los Siete con los diáconos actuales. Su recuento habla por sí mismo.

La palabra falta pero no el concepto

Aunque la palabra *diakonos*, término griego para denominar *diácono*, no aparece en Hechos 6, sí aparece el concepto de un cuerpo oficial de siervos quienes devotamente sirven a otros. Además, aunque la palabra *diakonos* no aparece, su sustantivo correspondiente *diakonia*, y su verbo, *diakoneō*, sí aparecen. El sustantivo y el verbo se usan para describir la labor diaria de la congregación de proporcionar ayuda material a sus viudas pobres.

- "...las viudas de aquellos eran desatendidas en la *distribución [diakonia] diaria*" (Hechos 6:1b; itálicas agregadas).
- "No es justo que nosotros dejemos la palabra de Dios, para *servir [diakoneō] a las mesas*" (Hechos 6:2b; itálicas agregadas).

Tanto el sustantivo *diakonia* como el verbo *diakoneō* se usan en el Nuevo Testamento no sólo en el sentido del servicio en general sino en un sentido más limitado, hasta técnico, de dar ayuda a las personas que sufren y proveer para sus necesidades materiales. Ese es el caso de Hechos 6.⁸

La palabra *diakonos* es claramente utilizada tres veces en el Nuevo Testamento para referirse al poseedor de un oficio específico (Filipenses 1:1; 1 Timoteo 3:8,12). Es

muy probable que el título oficial de *diakonos* corresponda al concepto del uso especializado que tiene que ver con su sustantivo y su verbo relacionado: *diakonia* y *diakoneó*. El catedrático Charles E.B. Cranfield, profesor honorario de teología de la Universidad de Durham, Inglaterra, y autor del comentario, en dos volúmenes, sobre Romanos, en la serie del “Comentario Crítico Internacional” (*International Critical Commentary*) expresa brevemente la conexión lingüística:

Hemos visto ahora que hay en el Nuevo Testamento un uso técnico especializado de *diakonein* y *diakonia* para denotar el servicio práctico de aquellos que están en necesidad ‘física, o de otra índole’, y que es altamente probable que el uso técnico especializado de *diakonos* también tenga la misma referencia.⁹

Por consiguiente, puesto que un oficio en la iglesia que se denomina *diakonos* está interrelacionado con las necesidades físicas de las personas (1 Timoteo 3:8-13), y puesto que un cuerpo oficial de hombres fue nombrado para ayudar a suplir las necesidades físicas (*diakoneó*) de los pobres (Hechos 6:1-6), no podemos más que asumir que hay una conexión entre los dos grupos. La inclinación a asociar a los funcionarios de la iglesia denominados “servos” (*diakonoi*) en 1 Timoteo 3 con aquellos a quienes los apóstoles designaron para “servir a las mesas” (*diakoneō*) en Hechos 6 es muy natural. Por lo menos no se debe ignorar su parecido.

Si los apóstoles hubieran nombrado un cuerpo o grupo de hombres para “encargarse” de la vida espiritual de la iglesia para que ellos pudieran viajar; y si en las epístolas hubiera un grupo denominando “encargados”, con certeza asumiríamos que existía una conexión entre los dos grupos. Al registrar la historia encontrada en Hechos 6, ¿qué más pudo haber pensado Lucas sino que las personas asociarían a los Siete con los diáconos? Esa es precisamente la conclusión a la que han llegado muchos estudiantes de la Biblia durante los últimos dos mil años.

En cierto sentido, tendríamos la expectativa de que el Libro de los Hechos nos ayudara a identificar a los diáconos que Pablo describió en sus epístolas. El Libro de los Hechos es, en palabras de F.F. Bruce: “el segundo volumen de la ‘Historia de los Orígenes Cristianos’ (*History of Christian Origins*)”.¹⁰ El diaconado es una institución cristiana inconfundible. Muchos estarían interesados en conocer su origen. Además, el Libro de los Hechos pretende proporcionar antecedentes históricos vitales en cuanto a la enseñanza de Pablo y sus prácticas personales. Por ejemplo, ¿cómo más sabríamos que Pablo nombró ancianos en muchas de las iglesias que él había establecido? (Véase Hechos 14:23 y 20:17). No lo sabríamos. Debemos leer el libro de los Hechos y las cartas de Pablo simultáneamente. El propósito de la Biblia es ser su mejor intérprete, ya que fue su Espíritu Santo de Dios el que divinamente inspiró toda las Escrituras (2 Timoteo 3:16,17).

Los ministerios personales de Esteban y Felipe

La segunda objeción del Dr. Fee en cuanto a la relación de Hechos 6 con los diáconos, es que los Siete fueron “ministros de la palabra entre los judíos de habla griega”. De la misma forma, el catedrático Hermann Wolfgang Beyer, en su impresionante estudio sobre los términos griegos para designar *servicio*, escribe: “se debe observar, sin embargo, que los Siete fueron establecidos junto con los Doce como representantes de los helenistas, y que ambos toman parte, junto con los evangelistas y los apóstoles, en conflictos, predicación y bautismo. Este hecho muestra que el origen del diaconado no se encuentra en Hechos 6”.¹¹

Ninguno de los comentaristas mencionados anteriormente puede aceptar que hombres tan capaces de manejar la palabra pudieran haber sido diáconos o prototipo de diáconos. Sin embargo, el hecho de que por lo menos dos de los siete (Esteban y Felipe) fueron “ministros de la palabra entre los judíos de habla griega” no debe ocultar la *verdad innegable de que estos gigantes de la Palabra se*

convirtieran en administradores de las labores de ayuda. Eso no se puede cuestionar, ni tampoco ignorar.

Es necesario que entendamos que existe una diferencia entre los dones personales de Esteban y Felipe (enseñanza, evangelismo, realización de milagros) y la función especial a la que estaban comisionados, que era la de administrar las obras de caridad de la iglesia para con el pobre. Sin embargo, no existe incongruencia entre ser diácono y también ser un maestro competente de la palabra. Además, no sabemos de responsabilidad alguna a cargo de Esteban o Felipe en ese momento. No estaban sobrecargados con todas las tareas administrativas, pastorales y de enseñanza de toda la iglesia como lo estaban los apóstoles. Sólo más tarde, después de que Felipe sale de Jerusalén, es que él le dedica todo su tiempo a la predicación de la palabra a los que no la conocían (Hechos 8:4-40). En la época de Hechos 6, Felipe y Esteban podían (y también lo hicieron) trabajar como funcionarios de las obras benéficas y al mismo tiempo enseñar.

Lo mismo sucede con las iglesias de hoy. Excelentes maestros que también poseen estudios teológicos pueden también desempeñarse como diáconos. Pueden enseñar una clase de Escuela Dominical, o llevar a cabo un estudio bíblico en la iglesia, y a pesar de ésto, no desear asumir de lleno las responsabilidades pastorales de la iglesia. Pueden desempeñar una función de servicio a las mesas y también enseñar, puesto que poseen el don que Dios les ha dado para tal fin. Debemos tener cuidado de no imponer nuestras ideas en cuanto a los diáconos y la estructura de la iglesia sobre el Nuevo Testamento, puesto que éste nos da mucha libertad en estas áreas.

Otro error común es creer que, porque Esteban y Felipe tenían un ministerio de predicación, parte del trabajo del diácono es predicar y evangelizar. Michael Green, profesor del Regent College en Vancouver, Canadá, escribe:

Es difícil determinar si Lucas piensa que los Siete de Hechos 6 son los primeros diáconos cristianos.

Sería de mucha ayuda si así lo fuera, porque nos diría...que sus funciones, además de ser financieras y administrativas, tenían que ver con la predicación, el confrontamiento con los judíos, el evangelismo y la realización de maravillas y milagros.¹²

Sin embargo, esto no es así. El hecho de que Felipe bautizara (Hechos 8), no quiere decir que todos los diáconos deban bautizar. El bautismo de Felipe a los nuevos convertidos estaba relacionado con las labores evangelísticas, que llevó a cabo después de salir de Jerusalén en donde sirvió a las viudas de la iglesia durante un cierto período de tiempo. Los siete no fueron escogidos por la congregación y designados por los apóstoles para enseñar. Por el contrario, fueron comisionados como un cuerpo o grupo oficial de siervos para la función específica de proveer ayuda al necesitado. Dado que poseían dones dados por Dios, algunos de ellos también enseñaban.

Una nueva estructura organizacional

Es esencial, en este momento, que no descuidemos el hecho histórico de que los apóstoles crearon *una nueva estructura organizacional en Jerusalén, con el fin de manejar un asunto crítico y persistente: atender al necesitado*. Antes de haberse escrito Hechos 6, sólo los doce apóstoles tenían una función reconocida de autoridad (Hechos 1:25). Pero ahora se hacían evidentes dos grupos distintos. El nuevo grupo, un cuerpo oficial y públicamente autorizado, era nombrado para recoger y distribuir las ofrendas de la iglesia para el pobre.¹³

Existen suficientes parecidos entre Hechos 6 y la terminación del apostolado en Hechos 1, como para sugerir que con la selección de los Siete se estableció una nueva función en la iglesia. (Léase Hechos 1:12-26). De la misma manera que los apóstoles son nombrados en Hechos 1:13,26, los Siete son nombrados en Hechos 6:5. Como los Doce, los Siete tienen que llenar ciertos requisitos específicos antes de servir (Hechos 1:21,22). Ambos grupos han

sido nombrados para desempeñar funciones claramente diseñadas. Finalmente, la imposición de las manos de los apóstoles indica autorización para servir en un cargo oficial. Por lo tanto, no se trata solamente de un trabajo voluntario que se puso a disposición de cualquiera que quisiera hacerlo dentro de la comunidad. Fue una posición oficial a disposición –en esa época– de únicamente siete hombres, con el propósito de que recogieran y distribuyeran el dinero de la iglesia para sus miembros necesitados.

Lucas no registra qué pasó con esta posición oficial en la iglesia de Jerusalén después de que la persecución disgregó a muchos de los judíos helenistas (Hechos 8). Por esa razón, Lucas nunca menciona otra vez el compartir de posesiones comunitarias, como lo hizo tres veces en los primeros seis capítulos de Hechos. Tales vacíos de información son norma en todo el libro de Hechos. Sin embargo, no hay razones como para asumir que la institución de los siete pronto desapareció puesto que esta era una solución temporal a las circunstancias especiales que se vivían en ese momento en Jerusalén. Aunque un teólogo dice: “Su función fue única y no se continuó en la Iglesia”,¹⁴ los necesitados y las viudas con seguridad no desaparecieron. Todavía requerían de cuidado.

Un buen modelo a imitar

Sin importar qué sucedió con los Siete o su posición en la iglesia de Jerusalén como resultado de la persecución, el hecho de que los apóstoles hubieran conformado un cuerpo oficial de siervos para cuidar a los necesitados, necesariamente tendría una influencia duradera. Fue un gran plan que resolvió una necesidad común, y generalmente las personas están dispuestas a adaptar una buena idea con el fin de solucionar sus necesidades propias. Entonces, tiene sentido suponer que los Siete se convirtieron por lo menos en prototipo o modelo para los posteriores diáconos.

Hace un poco más de cien años, el erudito anglicano

F.J.A. Hort (1828-1892), uno de los eruditos bíblicos más influyentes y brillantes de su época, comentó:

Sin duda los Siete en Jerusalén eran muy conocidos por San Pablo y por muchos otros fuera de Palestina, y no sería extraño que la misma idea organizativa se hubiera propagado. De hecho, las mismas necesidades pudieron haber llevado al establecimiento de instituciones análogas.¹⁵

Como dice Hort: “no sería extraño que la idea se hubiera propagado”. El problema de ayudar al necesitado era común a todas las iglesias primitivas, entonces, el plan implementado por los Doce y la iglesia de Jerusalén habría sido un modelo atrayente que muy posiblemente otras iglesias copiarían. Habría sido muy natural para otras iglesias duplicar lo que los apóstoles hicieron en Jerusalén. De hecho, eso es precisamente lo que hacen hoy las iglesias que poseen una historia y una teología parecidas. Siguen (a veces servilmente, para su propio perjuicio) las prácticas de su congregación original y la de sus líderes.

Para el 62 D.C. la función de diácono era una posición ampliamente reconocida, con un título oficial, en por lo menos dos iglesias establecidas por Pablo. Como “perito arquitecto” y el que puso el fundamento de la iglesia (1 Corintios 3:10), Pablo es probablemente la persona que más haya propagado el modelo de Jerusalén y le haya dado una posición permanente y universal entre las iglesias gentiles. Pablo estaba en Jerusalén cuando se escogieron los Siete, y él habría tenido muchas razones para duplicar el mismo modelo de Jerusalén. Estaba preocupado por asuntos organizativos de la congregación local (Hechos 14:23; 1 Timoteo 3:1-13; 5:17-25; Tito 1:5-9). Sabemos que nombró un cuerpo o concilio de ancianos en la mayoría de las iglesias que estableció (Hechos 14:23); sabemos que él estaba profundamente preocupado por los pobres (Hechos 24:17; Gálatas 2:10; Romanos 15:25-27); como también lo estaba por ciertas prácticas uniformes en la iglesias (1 Corintios 4:17; 11:16). Al implementar estas prác-

ticas de la iglesia de Jerusalén en las iglesias nuevas, Pablo podía promover un vínculo visible entre las iglesias de Jerusalén y las iglesias gentiles así como resolver problemas de organización que les eran comunes.

Con seguridad, el diaconado del Nuevo Testamento tuvo un comienzo a partir de un importante origen. La historia de la iglesia revela que el diaconado era una parte intrínseca de cada iglesia en el Imperio Romano, aún durante los primeros días del siglo segundo del cristianismo. ¿Cómo nos explicamos su naturaleza tan difundida, tan profundamente arraigada y persistente? ¿Qué mejor explicación que la de Hechos 6 y el establecimiento de los Siete por parte de los apóstoles?

Sin importar la posición que uno asuma en cuanto a la relación entre Hechos 6 y los posteriores diáconos, el concepto de diáconos, como se deriva de las dos últimas cartas de Pablo, no se altera. El título oficial de diácono (*diakonos*) transmite la idea de un cuidado práctico y el servicio a otros. También, el hecho de que las Escrituras exigen que los diáconos sean moralmente capacitados y examinados antes de que sirvan (1 Timoteo 3:8-13), nos dice que su servicio supondría asuntos delicados de confianza tales como la recolección y distribución del dinero de la congregación y la atención a las personas que tuvieran necesidades especiales.

Notablemente ausente en la lista de requerimientos de los diáconos están las cualidades “apto para enseñar” y “hospedador” que se requieren para los ancianos (1 Timoteo 3:1-7). Esto muestra que el oficio de diácono no incluye la enseñanza o el liderazgo oficial de la iglesia. Además, la estrecha relación de los diáconos con los ancianos o supervisores, indica que sus ministerios son complementarios. Los supervisores gobiernan y enseñan; los diáconos ayudan a satisfacer las muchas necesidades cotidianas de los necesitados. Entonces en realidad los diáconos pueden aprender mucho explorando este pasaje lleno de riquezas en cuanto a verdades divinas se refiere.



Capítulo 4: Hechos 6: El modelo para los diáconos

1. Ireneo, "Contra las Herejías" (*Against Heresies*), en "Padres Pre-Nicenos" (*The Ante-Nicene Fathers*), 10 vols., eds. Alexander Roberts y James Donaldson (Edinburgh: T.&T. Clark, n.d.; repr. Grand Rapids: William B. Eerdmans Publishing Company, 1989), 1:434. (De aquí en adelante se cita como Padres Pre-Nicenos).
2. Gordon Fee, "1 y 2 de Timoteo, Tito" (*1 and 2 Timothy, Titus*), Nuevo Comentario Bíblico Internacional (*New International Biblical Commentary*) (Peabody: Hendrickson Publishers, 1988), p.86.
3. F.F. Bruce, "Los Hechos de los Apóstoles: Texto Griego con Introducción y Comentarios" (*The Acts of the Apostles: Greek Text with Introduction and Commentary*), (3ra. ed., Grand Rapids: William B. Eerdmans Publishing Company, 1990), p.27.
4. *Ibid.*, p. 18.
5. Bruce sostiene que "en ninguna parte de Hechos Pablo es llamado 'apóstol' en el sentido especial en el que él lo utiliza para referirse a sí mismo en sus cartas". ("Los Hechos de los Apóstoles" [*The Acts of the Apostles*], p. 319).
6. William Ramsay: "San Pablo, el Viajero y el Ciudadano Romano" (*St. Paul the Traveller and the Roman Citizen*) (London: Hodder and Stoughton, 1897); repr. Grand Rapids: Baker Book House, 1962), pp. 20,21.
7. David Gooding, "Fiel a la Fe, un Nuevo Enfoque a los Hechos de los Apóstoles" (*True to the Faith, A Fresh Approach to the Acts of the Apostles*) (London: Hodder and Stoughton, 1990), p.426.

8. *Diakonia* con el significado, “servicio al necesitado”: Hechos 11:29; 12:25; Romanos 15:31; 2 Corintios 8:4; 9:1, 12,13. *Diakoneō*: Mateo 25:44; Romanos 15:25; Hebreos 6:10; 2 Corintios 8:19,20.
9. C.E.B. Cranfield: “*Diakonia* en el Nuevo Testamento” (*Diakonia in the New Testament*) en “Servicio en Cristo: Ensayos Presentados a Karl Barth en su cumpleaños 80” (*Service in Christ: Essays Presented to Karl Barth on his 80th Birthday*), ed. J.I. McCord y T.H.L. Parker (Grand Rapids: William B. Eerdmans Publishing Company, 1966), p.39.
10. F.F. Bruce, “El Libro de los Hechos” (*The Book of the Acts*), Nuevo Comentario Internacional sobre el Nuevo Testamento (*The New International Commentary on the New Testament*) (rev. ed., Grand Rapids: William B. Eerdmans Publishing company, 1988), p.3.
11. Hermann W. Beyer: “*diakonos*” en “Diccionario Teológico del Nuevo Testamento” (*Theological Dictionary of the New Testament*), eds. G. Kittel y G. Friedrich, trad. y ed. G.W. Bromiley, 10 vols. (Grand Rapids: William B. Eerdmans Publishing Company, 1964-76), 2 (1964): 90. (De aquí en adelante citado como “Diccionario Teológico del Nuevo Testamento”).
12. Michael Green, “Llamados a Servir: Ministerio y Ministros de la Iglesia” (*Called To Serve: Ministry and Ministers in the Church*), en la serie “Fundamentos Cristianos” (*Christian Foundations*) (Philadelphia: The Westminster Press, 1964), p.52.
13. Algunos escritores han sugerido que Hechos 6 es el recuento del origen de los primeros ancianos cristianos. Lo creen así puesto que en Hechos 11:30 la contribución financiera de Antioquía para el pobre en Jerusalén, era entregada a los ancianos, no a los Siete o los diáconos. Pero esta idea tiene poca credibilidad. Los ancianos recibían las ofrendas de Antioquía porque eran los líderes de la iglesia. Y una de sus funciones como cuerpo representante oficial de la iglesia era recibir todas las comunicaciones oficiales de otras igle-

sias (Hechos 15:2; 21:17,18). El dinero recibido por los ancianos era un regalo que venía de otras congregaciones y no de la suya. Además, Lucas no dice que ellos distribuían los fondos al necesitado. A lo mejor otros lo hacían.

Lucas no tiene necesidad de decir el origen del ancianado; es una de las instituciones más antiguas y mejor establecidas del Antiguo Testamento.

14. James Monroe Barnett, "El Diaconado: Una Orden Completa y Equitativa" (*The Diaconate, A Full and Equal Order*) (New York: Seabury Press, 1981), p.30.
15. F.J.A. Hort, "La Iglesia Cristiana" (*The Christian Ecclesia*) (London: Macmillan and Company, 1914), p.209.

Segunda Parte

**Una iglesia con
dos funciones:
obispos y diáconos**

Ahora, queridos cristianos, algunos de ustedes oran de día y de noche para ser pámpanos de Vid verdadera; oran para ser hechos a imagen de Jesucristo. Si eso es así, deben ser como él en cuanto al dar. La rama da la misma clase de fruto que el árbol... Un antiguo dicho lo puso de esta manera: “¿Qué nos hubiera sucedido si Cristo hubiera salvaguardado su sangre así como algunos cuidan su dinero?”

Objeción 1: “Mi dinero me pertenece”.

Respuesta: **Cristo pudo haber dicho: “Mi sangre me pertenece, mi vida me pertenece: ... entonces, ¿dónde estaríamos?”**

Objeción 2: “Los pobres no son dignos:

Respuesta: **Cristo pudo haber dicho la misma cosa. ”Son malvados, rebeldes, están en contra de la ley de mi Padre: ¿daré mi vida por ellos? La daré por los ángeles buenos”. Pero no, él dejó los noventa y nueve y vino a buscar al perdido; dió su vida por los indignos.**

Objeción 3: “Los pobres pueden abusar”.

Respuesta: **Cristo pudo haber dicho lo mismo: sí, y con mayor razón. Cristo sabía que miles pisotearían su sangre; sabía que la mayoría la despreciarían... aún así dió su sangre.**

¡Ay, mis queridos cristianos! Si van a ser como Cristo, entonces den mucho, con más frecuencia, con liberalidad, a los indignos y a los pobres, a los malagradecidos y a los que no se lo merecen. Cristo es glorioso y feliz, y ustedes también lo serán. Yo no quiero su dinero, sino su felicidad. Recuerden las propias palabras de Jesús: “Más bienaventurado es dar que recibir”.

**Robert Murray McCheyenne
(1813-1843)
Sermón 82**

Capítulo 5

Obispos Episkopoi

**Pablo y Timoteo, siervos de Jesucristo,
a todos los santos en Cristo Jesús que están en
Filipos, con los obispos y diáconos.**

Filipenses 1:1

La primera alusión clara a los diáconos en el Nuevo Testamento se encuentra en Filipenses 1:1. Cuando Pablo escribió su carta a los filipenses, estaba preso en Roma. Los filipenses amaban profundamente a Pablo, y es por eso que mientras él se encontraba preso en Roma (60-62 D.C.), le hicieron llegar dinero y su enviado especial, Epafrodito, para comunicarle su amor y su respaldo.

Esta carta es la única en la que Pablo incluye saludos para los “obispos y diáconos” en la introducción. La posible razón por la que menciona a los obispos y los diáconos en el primer párrafo del saludo, es que ellos tomaron parte activa en la iniciación y organización de la contribución financiera de la iglesia que enviarían para beneficio de Pablo. Por esta razón, Pablo reconoce su participación. Claro está que pudieron haber existido otras razones para saludar a estos funcionarios de la iglesia, pero esta parece ser la razón más obvia.

Descripción de los obispos

En el Nuevo Testamento, a los diáconos siempre se les asocia con los obispos, aún así son subordinados y distintos a ellos. Si deseamos entender quién es el diácono del Nuevo Testamento y qué es lo que hace, debemos comenzar por entender a los obispos de la iglesia. Si malinterpretamos la identidad de los obispos del Nuevo Testamento, posiblemente distorsionemos la identidad de los diáconos del Nuevo Testamento. De hecho, en muchas iglesias de hoy los diáconos actúan como si fueran obispos de la iglesia, lo que no es una enseñanza del Nuevo Testamento. Examinemos ahora la descripción y los deberes del obispo del Nuevo Testamento.

Significado de Episkopos

En la iglesia de Filipo, existía un grupo denominado “obispos”. La palabra *obispos* se deriva de la palabra griega *episkopos*. En el siguiente cuadro aparecen las palabras en Griego y Español que se encuentran en el Nuevo Testamento, y que se refieren a los obispos de la iglesia.

Español

obispo (literalmente en griego significa “supervisor”)

Griego

episkopos (plural *episkopoi*)

- “Enviando, pues, desde Mileto a Efeso, hizo llamar a los ancianos de la iglesia... ‘mirad por vosotros, y por todo el rebaño en que el Espíritu Santo os ha puesto por obispos [*episkopoi*], para apacentar (pastorear) la iglesia del Señor” (Hechos 20:17,28a).
- “Pablo y Timoteo, siervos de Jesucristo, a todos los santos en Cristo Jesús que están en Filipos, con los obispos [*episkopoi*] y diáconos”. (Filipenses 1:1).
- “Pero es necesario que el obispo [*episkopos*] sea irreprochable” (1^o Timoteo 3:2a).

- “Porque es necesario que el obispo [*episkopos*] sea irreprochable, como administrador de Dios” (Tito 1:7a).

Español

Oficio o función
del obispo

Griego

episkopē

- “Palabra fiel: Si alguno anhela obispado [*episkopē*], buena obra desea” (1 Timoteo 3:1).

Español

Supervisar o cuidar

Griego

episkopeō

- “Ruego a los ancianos que están entre vosotros... apacentad [pastorear] la grey de Dios que está entre vosotros, cuidando [*episkopeō*] de ella” (1 Pedro 5:1a, 2a).

La Nueva Versión Internacional correctamente traduce *episkopoi*, plural griego que aparece en Filipenses 1:1, como “superintendentes”. En la Reina Valera y la Dios Habla Hoy se traduce como “obispos”, que también se deriva del término griego *episkopoi*. Pero “obispos” transmite ciertos conceptos que no están presentes en el pensamiento de Pablo y que crea malos entendidos al lector de nuestros tiempos.

En la antigua sociedad griega, la palabra *episkopos* sirvió para designar un oficio muy conocido; fue ampliamente utilizada para describir cualquier funcionario que actuaba como superintendente, director, supervisor, guardián, controlador, inspector, o gobernante. “Más comúnmente” afirma Hermann W. Beyer, “los *episkopoi* eran funcionarios locales o funcionarios de las sociedades”.¹

La versión griega del Antiguo Testamento (denominada *Septuaginta*) utilizó *obispo* (es decir “episkopos”), en forma muy parecida, para referirse a varios funcionarios. Beyer dice: “No hay una función que defina fielmente el título de *episkopos* en la LXX. No obstante se utiliza libremente en muchas formas diferentes”.² Estos son algunos ejemplos del término *obispo* en el Antiguo Testamento: superintendentes responsables por la reparación del templo (2 Crónicas 24:12,17), oficiales del ejército (Números 31:14), guardianes del templo (2 Reyes 11:18), líderes que supervisaban al pueblo (Nehemías 11:9), y encargados del tabernáculo (Números 4:16).

Los primeros cristianos gentiles, y sus líderes, utilizaron éste título común griego para describir a sus líderes comunitarios. En la versión griega del Nuevo Testamento esta palabra aparece cuatro veces para describir a los funcionarios de la iglesia local (véanse los cuadros en las páginas anteriores), y una vez para describir a Cristo (1 Pedro 2:25). Entonces la palabra: “obispos” (así como también ‘diáconos’) se usa aquí como un título oficial para referirse a los funcionarios de la iglesia.³

Los primeros cristianos prefirieron este título común para sus líderes puesto que se ajustaba bien con el espíritu y la naturaleza de su comunidad. No habían connotaciones sagradas, clericales o jerárquicas conectadas con la palabra *obispo*. Así mismo, debemos entender que la terminología que usamos para describir a nuestros líderes de hoy debe armonizar con nuestras creencias bíblicas y teológicas en cuanto a la naturaleza de la iglesia local. Títulos tales como sacerdote, señor, gobernante, rey, y padre son inapropiados para describir a los funcionarios (líderes) de una congregación cristiana.

Como la palabra misma lo indica, los obispos (literalmente en griego “supervisores”) de la iglesia son responsables por la supervisión, protección, dirección y cuidado de las personas dentro de la congregación local.

Pero ¿podemos ser más específicos en cuanto a quiénes son estos “obispos” y qué hacen? ¡Claro que sí! Es abundantemente claro, a partir de lo que resta del Nuevo Testamento, que las personas a quienes se referían como *obispos* son las mismas personas denominadas *ancianos*. No había un grupo de obispos y otro de ancianos.⁴

Obispos y ancianos

Pablo menciona únicamente dos grupos de funcionarios en su saludo a los filipenses: “obispos y diáconos”. Cincuenta años después de que Pablo escribió su carta, Policarpo (70-155 D.C), quien fue discípulo de Juan el apóstol, escribió una importante carta a la iglesia de Filipos en la que se refería a los funcionarios de la iglesia. Es enormemente relevante que en su carta a los filipenses, Policarpo *se refiere a sólo dos grupos de funcionarios: los ancianos y los diáconos*. El escribe: “Por lo cual es mejor abstenerse de todas estas cosas, sometiéndose ustedes mismos a los presbíteros [ancianos] y diáconos así como a Dios y a Cristo”.⁵

Por lo tanto, en los días de Pablo y durante los siguientes cincuenta años, habían sólo dos grupos reconocidos de funcionarios en la iglesia de Filipo: los obispos (que son ancianos) y los diáconos. También es evidente que ambos grupos estuvieran conformados por una pluralidad de funcionarios.⁶ Con certeza, entonces, los términos *obispo* y *anciano* se usan de manera intercambiable para referirse al mismo grupo de hombres. Las siguientes escrituras confirman que en el Nuevo Testamento los obispos y los ancianos son el mismo grupo de hombres:

Hechos 20:17,28. Lucas escribe que Pablo hizo llamar a los ancianos de la Iglesia en Efeso. Pero en el sermón a los mismos ancianos, Pablo dice que el Espíritu Santo los puso –a los ancianos– por “obispos”. Esto indica claramente que los ancianos y los obispos representaban el mismo grupo de líderes.

Tito 1:5-7. En el versículo 5, Pablo menciona su ins-

trucción anterior de que Tito nombre ancianos en cada ciudad. En el versículo 6, Pablo comienza la lista de cualidades necesarias para los ancianos y, a medida que continúa la lista, interpone la palabra “obispo” en el versículo 7. Puesto que no hay una clara indicación de que Pablo haya cambiado el sujeto, “obispo” es otra palabra para indicar anciano.

1 Pedro 5:1,2. Pedro exhorta a los ancianos a vigilar o supervisar la iglesia. Y puesto que los ancianos vigilan a la iglesia local, también son obispos (supervisores).

1 Timoteo 3:1-13; 5:17-25. En 1 Timoteo 5:17, Pablo habla del papel principal y el gran valor de los “obispos quienes gobiernan bien... especialmente aquellos que trabajan arduamente en la predicación y la enseñanza”. Pero en 1 de Timoteo 3:1-13, él estipula ciertos requisitos para los obispos y los diáconos y no hace mención a los ancianos. Todas las dudas se resuelven cuando entendemos que la palabra “obispado” en el 3:1 es una forma genérica, singular para designar a los supervisores y que “obispo” se usa de manera intercambiable con la palabra “ancianos”. Entonces 1 Timoteo 3 y 5 se refieren a solamente dos grupos de hombres: ancianos y diáconos.

Desafortunadamente los términos *ancianos* y *obispos*, que suceden de manera intercambiable en el Nuevo Testamento, aparecen, entre muchas de las primeras iglesias del segundo siglo, para referirse a dos funcionarios completamente distintos: el supervisor (u obispo) y la Junta o concilio de ancianos.⁷ Jerónimo (345-419 D.C.), uno de los estudiantes más sobresalientes de los idiomas bíblicos originales (Griego y Hebreo), en los primeros siglos del cristianismo, hace hincapié en que los obispos y los ancianos originalmente eran lo mismo:

El presbítero y el obispo son lo mismo... las iglesias eran gobernadas por una Junta de presbíteros... Si supusiéramos que es meramente nuestra opinión y sin tener bases en las escrituras en cuanto a que el obispo y el presbítero eran uno... examinemos de nue-

vo las palabras de los apóstoles dirigidas a los filipenses... Ahora, Filipo no es más que una ciudad en Macedonia, y con seguridad en una ciudad no pudieron haber existido muchos obispos. Simplemente lo que sucede es que en esa época las mismas personas eran denominadas obispos o presbíteros indistintamente.⁸

Jerónimo no era el único comentador bíblico de la antigüedad que afirmaba que los ancianos y los obispos originalmente eran lo mismo. El obispo anglicano, J.B. Lightfoot, de Gran Bretaña, un gran erudito bíblico del último siglo, escribe:

Aunque más completo que otros escritores, [Jerónimo] no es más explícito. De sus predecesores Hilario el ambrosiano habían discernido la misma verdad. De sus contemporáneos y sucesores, Crisóstomo, Pelagio, Teodoro de Mopsuestia, Teodoreto, todos lo reconocieron. En cada uno de los comentarios existentes sobre las epístolas que contienen los pasajes cruciales, ya sean griegos o latinos, antes del fin del siglo quinto, esta identidad es afirmada. En las épocas siguientes los obispos y los papas aceptaron el veredicto de San Jerónimo sin dudar. Aún a fines del período medieval, y en la era de la reforma, la justicia de sus críticas, o la sanción de su nombre, gana los votos de los teólogos.⁹

Concluimos con la evaluación clásica de Lightfoot que:

Este es un hecho ahora generalmente reconocido por los teólogos de todas las corrientes, que en el idioma del Nuevo Testamento, el mismo funcionario de la iglesia se denomina indiferentemente “obispo” (*episkopos*) y “anciano” o “presbítero” (*presbyteros*).¹⁰

Aunque ambos términos se aplican al mismo cuerpo o grupo de hombres, la palabra *anciano* refleja la herencia judía que recalca la importancia de la dignidad, madurez, honor y sabiduría, mientras que *obispo* refleja un origen del idioma griego que enfatiza el trabajo de vigilancia.

El papel de los obispos

El Nuevo Testamento habla clara e inconfundiblemente en cuanto a la identidad y los deberes de los ancianos de la iglesia. De hecho, el Nuevo Testamento ofrece más instrucción en cuanto a los ancianos que sobre tales asuntos importantes de la iglesia como son la Cena del Señor, el bautismo, y los dones espirituales. Puesto que la atención, o cuidado pastoral, de la iglesia local es de suprema importancia para Dios, él ha revelado claramente su voluntad en cuanto a este asunto.

Bajo la dirección del Espíritu Santo de Dios, Pablo y Pedro encargaron a los ancianos el pastoreo y la vigilancia de la iglesia local (Hechos 20:17,28; 1 Pedro 5:1,2). Estos apóstoles gigantes no le dieron a ningún otro grupo o persona la orden de apacentar y supervisar a la iglesia local. Entonces el mandato bíblico de los obispos-ancianos es: (1) proteger a la iglesia, (2) enseñarla, y (3), dirigirla.

Proteger a la iglesia

El Espíritu de Dios manda a los ancianos a proteger a la iglesia de los ataques violentos de los falsos maestros:

- “Enviando, pues, desde Mileto a Efeso, hizo llamar a los ancianos de la iglesia... ‘mirad por vosotros, y por todo el rebaño en que el Espíritu Santo os ha puesto por obispos, para apacentar la iglesia del Señor, la cual él ganó por su propia sangre. Porque yo sé que después de mi partida entrarán en medio de vosotros lobos rapaces, que no perdonarán al rebaño’”. (Hechos 20:17,28,29).
- “Y se reunieron los apóstoles y los ancianos para conocer de este asunto [doctrinal]” (Hechos 15:6ss).

Enseñar a la iglesia

El espíritu de Dios insiste enfáticamente en que todos los obispos-ancianos sean capaces de enseñar la palabra y que cada iglesia local apoye económicamente a esos ancia-

nos que laboran específicamente en la predicación y la enseñanza.

- “Los ancianos que gobiernan bien, sean tenidos por dignos de doble honor, mayormente *los que trabajan en predicar y enseñar*. Pues la Escritura dice: ‘No pondrás bozal al buey que trilla’; y: ‘Digno es el obrero de su salario’”. (1 Timoteo 5:17,18; itálicas agregadas).
- “Por esta causa te dejé en Creta, para que corrigieses lo deficiente, y establecieses ancianos en cada ciudad, así como yo te mandé... [Un obispo-anciano debe ser] retenedor de la palabra fiel tal como ha sido enseñada, para que también pueda exhortar con sana enseñanza y convencer a los que contradicen” (Tito 1:5,9; también 1 Timoteo 3:2).

Dirigir la iglesia

El espíritu de Dios les encarga a los ancianos dirigir, gobernar y cuidar a la iglesia local.

- “Ruego a los ancianos que están entre vosotros... apacentad [pastoread] la grey de Dios que está entre vosotros, cuidando de ella” (1 de Pedro 5:1*a*, 2*a*).
- “Los ancianos que gobiernan [dirigen] bien, sean tenidos por dignos de doble honor” (1 Timoteo 5:17*a*, véase también 1 Tesalonicenses 5:12,13).
- “(pues el [candidato para ser obispo-anciano] que no sabe gobernar su propia casa, ¿cómo cuidará de la iglesia de Dios?) (1 Timoteo 3:5).
- “lo cual en efecto hicieron, enviándolo [dinero] a los ancianos por mano de Bernabé y de Saulo” (Hechos 11:30).
- “No descuides el don que hay en ti, que te fue dado mediante profecía con la imposición de la manos del presbiterio” (1 Timoteo 4:14).

- ¿Está alguno enfermo entre vosotros? Llame a los ancianos de la iglesia, y oren por él, ungiéndole con aceite en el nombre del Señor (Santiago 5:14).
- “Porque es necesario que el obispo [anciano] sea irreprochable, como administrador de Dios... (Tito 1:7a).

Los ancianos del Nuevo Testamento no son miembros temporales de la Junta de la iglesia. No hacen parte del comité de finanzas de la iglesia, ni son un grupo de administradores que se requieren para asuntos legales. *Por el contrario, los ancianos del Nuevo Testamento conforman el cuerpo pastoral de la iglesia local.* De acuerdo con los escritores del Nuevo Testamento, Pablo, Pedro, y Santiago, los obispos-ancianos protegen a la iglesia de los falsos maestros, exhortan a los santos en la sana doctrina, enseñan, predicán, oran por los enfermos, y resuelven controversias doctrinales. En términos generales, dirigen, supervisan o vigilan, pastorean, y cuidan a la iglesia local de Dios. Por consiguiente, es importante que nadie degrade su oficio o usurpe sus deberes, y que no se permita que los diáconos piensen que ellos son los obispos-ancianos de la iglesia.

El enigma de la terminología: obispos (“supervisores”), ancianos, pastores, apacentadores

Finalicemos este capítulo tratando el tema del problema de terminología que existe con las palabras *supervisor* (episkopos), y *anciano*. Si usted dice: “Soy un supervisor de la iglesia”, esa es una afirmación perfectamente escritural, pero no significa mucho para la mayoría de personas hoy en día. Si dice: “Soy un obispo de la iglesia”, usted transmitirá ideas contrarias a lo que usted pretende. Pero si dice: “Soy un pastor”, las personas sabrán quién es usted y qué representa. En menor grado, existe el mis-

mo problema con la palabra *anciano* puesto que significa cosas diferentes a diferentes grupos de personas.

El Nuevo Testamento manda a los ancianos pastorear (que quiere decir apacentar) a la iglesia. Entonces, los ancianos deben ser pastores o apacentadores de la iglesia. Si los traductores hubieran utilizado únicamente la palabra *pastorear* en Hechos 20:28 y 1 Pedro 5:2, en vez de “apacentar”, las personas inmediatamente se percatarían de que los ancianos son quienes deben pastorear la iglesia.

- “Por tanto, mirad por vosotros, y por todo el rebaño en que el Espíritu Santo os ha puesto por [ancianos] obispos, para apacentar [pastoread] la iglesia del Señor, la cual él gana por su propia sangre” (Hechos 20:28).
- “Ruego a los ancianos que están entre vosotros... apacentad [pastorear] la grey de Dios que está entre vosotros, cuidando de ella...” (1 Pedro 5:1,2).

No obstante, muchos piensan que los ancianos son miembros temporales de la Junta de la iglesia, a diferencia del pastor (o clérigo) profesional ordenado. Este grupo de hombres, a quienes denomino Junta o concilio de ancianos, realmente no son ancianos bíblicos; son consejeros, miembros del comité, y directores en vez de personas que trabajan como apacentadores (pastores) del pueblo de Dios.

Una Junta Ejecutiva parecida a una Junta de Negocios, no puede (y nunca debe) manejar una iglesia. Un grupo de ancianos cuyo único patrón es la Biblia no es un cuerpo pasivo e ineficaz. Es, más bien, un cuerpo de pastores que trabaja, que es apto, que apacienta activamente a la iglesia de Dios. Algunos de estos ancianos son independientes; otros, especialmente aquellos que laboran diligentemente en la enseñanza y la predicación de la Palabra, son apoyados económicamente por la iglesia. Esta doctrina se presenta en 1 de Timoteo 5:17,18:

Los ancianos que gobiernan bien, sean tenidos por dignos de doble honor, mayormente los que trabajan en predicar y enseñar. Pues la Escritura dice: “No pondrás bozal al buey que trilla”; y: “Digno es el obrero de su salario”.

Las iglesias no requieren más hombres que hagan parte de las Juntas Ejecutivas; las iglesias requieren obispos-ancianos devotos, que trabajen con dedicación, que sean calificados y que posean aptitud para desempeñarse.

Con el fin de comunicar la idea de que los obispos-ancianos de la iglesia laboran como pastores, que es una posición bíblica sólida, se deben referir a ellos como pastores-ancianos, apacentadores-ancianos, o únicamente pastores.¹¹ Uso los términos en forma intercambiable, dependiendo de la audiencia a la que me dirijo. La mayoría de las veces en este libro utilizo la palabra *apacentador* porque no conlleva todas las connotaciones que no son bíblicas, que las personas normalmente asocian con el término *pastor* o *anciano*.

Creo que es importante que las iglesias de hoy le den mucha atención a la terminología que escojan para describir a sus líderes o funcionarios eclesiales. Los líderes de la iglesia deben insistir en que la terminología usada represente, con la mayor exactitud posible, los términos y conceptos bíblicos originales para describir a los ancianos del Nuevo Testamento. Los más grandes triunfos de los falsos maestros han sido redefinir palabras bíblicas en una forma que es contraria a su significado original. Escuchen el acertado consejo de Nigel Turner, uno de los principales gramáticos y eruditos del Griego.

La iglesia hoy está preocupada por comunicarse con el mundo contemporáneo y sobre todo por la necesidad de hablar en un idioma moderno. El idioma de la iglesia más vale que sea el idioma del N.T. Proclamar el evangelio con la nueva terminología, tiene riesgos cuando gran parte del mensaje y de las connotaciones que aparecen implícitas en el N.T. pue-

dan llegar a perderse para siempre. “La mayoría de las distorsiones y de las discordias que han sublevado a la iglesia”, observó el antiguo Decano de York “en donde éstas han tocado las creencias teológicas, han aparecido por la insistencia de sectas, o secciones de la comunidad cristiana, en usar palabras que no se encuentran en el N.T.”¹²

Las iglesias de hoy no deben olvidar que la terminología que escogen debe comunicar con efectividad los conceptos originales bíblicos en una forma idiomática tal que la audiencia contemporánea los pueda entender. De otra forma, la iglesia se estará hablando a sí misma únicamente.



Capítulo 5: Obispos

1. H. W. Beyer, “*episkopos*”, en “Diccionario Teológico del Nuevo Testamento” (*Theological Dictionary of the New Testament*), 2 (1964):612.
2. *Ibid.*, p. 614.
3. Algunos comentaristas creen que los términos *obispo* y *diáconos* se usan, funcionalmente, para referirse a todas las personas de la iglesia que supervisan y laboran en la iglesia local. Sostienen este punto de vista por la ausencia del artículo definido antes de los términos *obispo* y *diáconos*. Pero la ausencia de un artículo definido en el Griego es una razón insuficiente para asignarle un sentido puramente funcional a estos términos por las siguientes razones:

(1) El concepto mismo hace que los términos sean definidos. Después de dirigirse a todos los santos, Pablo hace una mención especial de dos grupos distintos. Si Pablo hubiera querido hablar en forma general, no hubiera usado las formas sustantivas que usó sino más bien las formas del participio para denotar la función del obispo y del diácono.

H.C.G. Moule escribe: “El contexto, en casos como este, define claramente el significado; las personas de las clases nombradas son evidentemente de Filipos”. “Epístola a los Filipenses” (*The Epistle to the Philippians*), Cambridge Greek Testament for Schools and Colleges [Cambridge: The University Press, 1897], p.12).

(2) Los sustantivos *episkopos*, y en menor grado, *diakonos* fueron designaciones oficiales, reconocidas en la sociedad griega. Ernest Best quien fue profesor de crítica bíblica en la Universidad de Glasgow, escribe:

Digo “funcionarios” puesto que el término *episkopos* en ningún grado pudo haber sido utilizado en cualquier otra forma aparte de la designación de un oficio... Un griego del primer siglo no pudo haberlo utilizado en un sentido puramente funcional sin sugerir que la persona que ejercía supervisión o vigilancia sostuviera una posición “oficial”. También hay alguna evidencia, aunque en menor grado, de que el término *diakonos* fuera usado en la misma forma. El hecho de que sepamos con certeza que uno fue utilizado con el sentido de “grupo de funcionarios”, implica que el otro también sea. “Obispos y Diáconos: Filipenses 1:1” (*Bishops and Deacons: Philippians 1:1*), en *Studia Evangelica*, ed. F.L. Cross [Berlín: Akademie Verlag, 1968] 4:371).

(3) Obviamente existe una similitud entre el uso conjunto de las palabras “obispos” y “diáconos” en este pasaje y los que se encuentran en 1 de Timoteo 3:1-13. Ambas cartas fueron escritas entre principios y mediados de los sesenta. Sabemos que habían “obispos” y “diáconos” en Efeso durante esta época, por consiguiente es muy probable que también existieran obispos y diáconos oficialmente reconocidos en Filipos.

La interpretación, entonces, que asigna únicamente un significado funcional a las palabras *obispos* y *diáconos* es confusa y casi sin sentido.

4. La palabra griega que se traduce “anciano” es *presbyteros*, la cual se deriva del adjetivo *presbys*, que significa “viejo”. *Presbyteros* es la forma comparativa que quiere decir “mayor” (Lucas 15:25). Sin embargo, en muchos casos la fuerza comparativa desaparece y simplemente quiere decir “viejo” o “anciano”. El problema con *presbyteros* es su doble significado. Puede significar:

(1) “hombre mayor” o “anciano” como en 1 de Timoteo 5:1: “No reprendas al anciano [*presbyteros*]”.

(2) un título para un funcionario de la comuni-

dad, un gobernador o un “anciano”, como en 1 de Timoteo 5:17: “Los ancianos [presbyteroi] que gobiernan bien, sean tenidos por dignos de doble honor...”.

En algunos contextos es difícil saber cuál de estos es el que se quiere decir. Sin embargo, casi siempre es claro el significado que se intenta dar.

5. Policarpo, “Filipenses, 5” (Philippians, 5). (Todas las citas de los primeros Padres Apostólicos son tomadas del libro “Padres Apostólicos” (*The Apostolic Fathers*), de J.B. Lightfoot y R.J. Harmer, (Londres: Macmillan and Company, 1891; repr. Grand Rapids: Baker Book House, 1984).
6. Filipenses 1:1 afirma que la iglesia tenía una pluralidad de obispos y de diáconos, lo cual quiere decir que un equipo unido de obispos pastoreaba a la congregación. Pretender, como algunos lo hacen, que habían varias congregaciones en Filipos, cada una con su propio obispo, es meramente una conjetura. También es una gran falta de entendimiento del sistema de gobierno de ancianos. Filipenses 4:15, y especialmente la carta de Policarpo a los Filipenses, indican una sola congregación en Filipos.

Es extraño que las personas tengan muy poca dificultad en aceptar una pluralidad de diáconos, pero están casi irracionalmente alarmados por una pluralidad de obispos, que es mucho más claramente demostrada en el Nuevo Testamento. Este nos informa que la supervisión pastoral de muchas de las primeras iglesias estaba confiada a una junta o concilio de ancianos (obispos). Así sucedió en las primeras congregaciones judías en Jerusalén (Hechos 11:30; 15:6; 21:18), Judea, y los países vecinos (Santiago 5:14), así como en muchas de las primeras iglesias gentiles.

Al final del primer viaje misionero de Pablo (al sur de Galacia), él y Bernabé viajaron de regreso por

las congregaciones recientemente plantadas de Derbe, Listra, Iconio, y Antioquía, y nombraron un cuerpo de ancianos para cada iglesia: “Y constituyeron ancianos en cada iglesia [el texto griego dice: ”ancianos, iglesia por iglesia”], y habiendo orado con ayunos, los encomendaron al Señor en quien habían creído (Hechos 14:23).

Cerca del fin de su vida, Pablo mandó a Tito que nombrara ancianos para las iglesias de la isla de Creta. El escribe: “Por esta causa te dejé en Creta, para que corrigieses lo deficiente, y establecieses ancianos en cada ciudad, así como yo te mandé” (Tito 1:5). También sabemos que Pablo estableció un cuerpo de ancianos en las iglesias de Efeso y Filipos (Hechos 20:17; 1 Timoteo 5:17; Filipenses 1:1), y muy posiblemente en la iglesia de Tesalónica (1 Tesalonicenses 5:12). Al escribir a todas las iglesias en la parte noroccidental de Asia Menor (Ponto, Galacia, Capadocia, Asia y Bitinia), Pedro urgentemente exhorta “Ruego a los ancianos que están entre vosotros... apacentad la grey de Dios” (1 Pedro 5:1,2).

Al referirse a “ancianos”, Pablo, Pedro, Santiago y Lucas querían decir el sistema de gobierno de ancianos, el cual se ve ampliamente en el Antiguo Testamento. (También se presenta en todas las iglesias del segundo siglo. Cada iglesia local tenía su obispo, una junta de ancianos, y un cuerpo de diáconos). Este antiguo sistema de gobierno es un gobierno compuesto por hombres calificados e importantes de la sociedad, muchas veces llamados “ancianos”.

7. A comienzos del siglo segundo, muchas iglesias desarrollaron tres funciones separadas o ministerios de liderazgo. Ese fue el inicio de iglesias con estructura episcopal:

El obispo (supervisor)

Una junta de ancianos

Un cuerpo de diáconos

A comienzos del segundo siglo, el obispo (supervisor) presidió una iglesia local, no un grupo de iglesias. A la cabeza de tal sistema se le conoce como un obispo monárquico. Progresivamente, con el paso de los siglos, empezó a concentrarse en el obispo autoridad que no le correspondía. En clara oposición a las enseñanzas de las Escrituras del Nuevo Testamento, su papel continuó extendiéndose. El obispo se convirtió en gobernante de un grupo de iglesias. Algunos obispos surgieron como supremos o sumos obispos por encima de los demás. Con el tiempo, formaron Juntas de obispos y finalmente, en Occidente surgió un obispo como cabeza sobre todo cristiano y toda iglesia.

No obstante, en las iglesias del período del Nuevo Testamento, no había un sistema claramente definido de tres funciones. Por el contrario, sólo habían dos funciones, como se encuentra en Filipenses 1:1

La junta de obispos-ancianos

El cuerpo de diáconos

8. W.A. Jurgens, ed. y trad., "La Fe de los Primeros Padres" (*The Faith of the Early Fathers*), 3 vols. (Collegetown, MN: The Liturgical Press, 1979), 2:194.
9. J.B. Lightfoot "Epístolas de San Pablo a los Filipenses" (*Saint Paul's Epistles to the Philippians*), (Londres: Macmillan and Co., 1894), p.99.
10. Ibid, p.95.
11. El sustantivo *pastor* se utiliza únicamente una vez para describir a los líderes cristianos, y es en el contexto de los dones espirituales (Efesios 4:11). El verbo *pastorear* se utiliza tres veces en el contexto de los líderes cristianos. Nuestro Señor ordenó a Pedro: "Pastorea mis ovejas" (Juan 21:16). El deber de los ancianos es pastorear o apacentar a la iglesia, responsabilidad

que se les recuerda dos veces (Hechos 20:28; 1 Pedro 5:2).

Solo se describen dos funciones en el Nuevo Testamento: anciano y diácono. No existe una tercera función de apacentador (pastor). Para evitar la confusión entre el oficio y el don espiritual, podemos decir que algunos ancianos tendrán el don de pastorear (apacentar), pero no todos. En resumen, el grupo de ancianos es el cuerpo oficial de apacentadores de la iglesia local, y algunos de los ancianos tendrán el don espiritual de apacentar.

12. Nigel Turner: "Palabras Cristianas" (*Christian Words*) (Nashville: Thomas Nelson Publishers, 1981), p. viii.

Capítulo 6

Diáconos ***diakonos***

**Pablo y Timoteo, siervos de Jesucristo,
a todos los santos en Cristo Jesús que están en
Filipos, con los obispos y diáconos.**

Filipenses 1:1

Al escribir desde Roma a la iglesia de Filipos en el año 62 D.C, Pablo saluda a los obispos y a otro grupo de funcionarios conocidos como los *diakonoi* (siervos). El siguiente cuadro nos ayudará a clasificar las diferentes palabras en Español, Griego y Latín que utilizamos cuando nos referimos al tema de los diáconos.

Español	Griego	Latín
siervo, ministro = o diácono	<i>diakonos</i>	<i>minister</i>
servir, ministrar = (verbo)	<i>diakoneō</i>	<i>ministro</i>
servicio, ministerio =	<i>diakonia</i>	
esclavo (siervo) =	<i>doulos</i>	<i>servus</i>

Como se puede observar, la palabra griega que describe al diácono es *diakonos*. La palabra *diakonos* se usa en

el Nuevo Testamento para describir literalmente a los siervos, como en los siguientes ejemplos:

- “Su madre dijo a los que servían [*diakonoi*]: Haced todo lo que os dijere... Cuando el maestra sala probó el agua hecha vino, sin saber él de dónde era, aunque lo sabían los sirvientes [*diakonoi*] que habían sacado el agua, llamó al esposo...” (Juan 2:5,9).
- “Entonces el rey dijo a los que servían [*diakonoi*]: ‘Atadle de pies y manos, y echadle en las tinieblas de afuera...’” (Mateo 22:13a).

No obstante, *diakonos* se usa más frecuentemente en un sentido figurativo para referirse ya sea a los siervos de Dios, de Cristo, de Satanás, del evangelio o de la iglesia. Pablo usa *diakonos* con mayor frecuencia; por regla general utiliza el término para referirse a los obreros cristianos –apóstoles, maestros, evangelistas, o ayudantes en general de la iglesia. Se refiere a Apolos, Tíquico, Epafras, Timoteo, Febe, a sí mismo, y a Cristo como siervos. Estos son algunos ejemplos:

- “Pues os digo, que Cristo Jesús vino a ser siervo [*diakonos*] de la circuncisión...” (Romanos 15:8a).
- “Os recomiendo además nuestra hermana Febe, la cual es diaconisa [*diakonos*] de la iglesia en Cencrea...” (Romanos 16:1).
- “¿Qué, pues, es Pablo, y qué es Apolos? Servidores [*diakonoi*] por medio de los cuales habéis creído...” (1 Corintios 3:5a).
- “...antes bien, nos recomendamos en todo como ministros [*diakonoi*] de Dios...” (2 Corintios 6:4a).
- “Para que también vosotros sepáis mis asuntos, y lo que hago, todo os lo hará saber Tíquico, hermano amado y fiel ministro [*diakonos*] en el Señor” (Efesios 6:21).
- “...como lo habéis aprendido de Epafras, nuestro

consiervo amado, que es un fiel ministro [*diakonos*] de Cristo para vosotros...” (Colosenses 1:7).

En estos pasajes las palabras *siervo* o *ministro* son utilizadas en el sentido general de alguien que personalmente sirve o ayuda ya sea a otros, al evangelio, o a Dios. Es una designación cristiana positiva y honrosa. En todos estos casos, *diakonos* debe traducirse como “siervo” o “ayudador”, y no como “diácono” (ni siquiera debe traducirse como “ministro” pues puede crear confusión).

Diakonos como funcionario siervo

Además de los anteriores usos de *diakonos*, Pablo usa el término en una forma sorprendentemente diferente en tres ocasiones. En estos ejemplos él usa *diakonos*, no en el sentido general de siervo, sino más bien como un título, parecido a “obispo”, con el fin de designar otro cuerpo de funcionarios (Filipenses 1:1; 1 Timoteo 3:8,12).

La incógnita respecto a si el diaconado es un oficio o trabajo, se resuelve fácilmente diciendo que es ambas cosas. Obviamente es un trabajo a desarrollar, y aún así es un oficio puesto que se requieren ciertos requisitos y una prueba para poder entrar, y supone un nombramiento a una posición oficial y pública con deberes asignados y una autoridad señalada. Por consiguiente, el diaconado es un oficio en la iglesia como lo es el oficio de anciano.

A diferencia del título *episkopos*, que se encuentra bien documentado en la literatura griega secular y en la versión griega del Antiguo Testamento, *diakonos* se usa raramente como título para designar un oficio. Sin embargo, sí lo encontramos en textos distintos al Nuevo Testamento, hasta en escenarios religiosos.¹ Los primeros cristianos y sus líderes escogieron el título *diakonos* para denominar a sus nuevos funcionarios y le dieron un significado propio y especial.

Tanto del uso especializado de *diakonos* como título oficial para un cargo u oficio dentro de la iglesia, así como

de las características que se detallan para los diáconos, y de su estrecha asociación con los obispos, podemos concluir que los diáconos del Nuevo Testamento son los ministros oficiales o miembros autorizados de la iglesia que ayudan a sus miembros en necesidad y sufrimiento. Consideremos las siguientes verdades:

(1) El término *diakonos* se usa tanto en Filipenses 1 como en 1 Timoteo 3, como título formal para señalar un oficio o cargo, así como *episkopos*, término al que éste está ligado.

(2) El uso especializado de *diakonos* como título oficial concuerda con el uso especializado de su correspondiente sustantivo y verbo. Tanto el sustantivo *diakonia* como el verbo *diakoneō* se usan en el Nuevo Testamento en un sentido específico más restringido para definir el servicio práctico que se presta a aquellos que están en sufrimiento y en necesidad.

He aquí algunos ejemplos de *diakonia* y *diakoneō* que se usan más en un sentido técnico de suplir las necesidades del pobre:

- “Entonces los discípulos, cada uno conforme a lo que tenía, determinaron enviar socorro [*diakonia*, ayuda al pobre] a los hermanos que habitaban en Judea...” (Hechos 11:29; itálicas agregadas).
- “Y Bernabé y Saulo, cumplido su servicio [*diakonia*, supliendo las necesidades del pobre], volvieron de Jerusalén, llevando también consigo a Juan, el que tenía por sobrenombre Marcos” (Hechos 12:25).
- “...y que la ofrenda de mi servicio [*diakonia*, ofrenda caritativa a los pobres], a los santos en Jerusalén sea acepta...” (Romanos 15:31b).
- “... pidiéndonos con muchos ruegos que les concediésemos el privilegio de participar en este servicio [*diakonia*, ofrenda caritativa] para los santos [pobres]” (2 Corintios 8:4).

- “Cuanto a la ministración *diakonia*, ayuda al pobre] para los santos, es por demás que yo os escriba...” (2 Corintios 9:1).
- “...de que las viudas de aquéllos eran desatendidas en la distribución [*diakonia*, repartición de alimentos] diaria (Hechos 6:1c).
- “Entonces también ellos le responderán diciendo: ‘Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, sediento, forastero, desnudo, enfermo, o en la cárcel, y no te servimos [*diakoneō*, ministrar ayuda]?’” (Mateo 25:44).
- “Más ahora voy a Jerusalén para ministrar [*diakoneō*, suplir las necesidades de los pobres] a los santos. Porque Macedonia y Acaya tuvieron a bien hacer una ofrenda para los pobres que hay entre los santos que están en Jerusalén” (Romanos 15:25,26).

El catedrático Cranfield expresa con mayor exactitud la importancia de hacer un paralelo entre el título del oficio *diakonos* y el uso especializado de sus palabras afines *diakonia* y *diakoneō*, para poder comprender la función que desempeñan los diáconos.

El más fuerte argumento –y es un argumento fuerte– a favor de la opinión de que *diakonos* en estos dos pasajes [Filipenses 1:1; 1 Timoteo 3:8] denota el poseedor de un oficio particular que tenía que ver con la ayuda práctica de aquellos que se encontraban de una forma u otra especialmente necesitados, es la probabilidad inherente de que el uso técnico especializado de *diakonos* habría sido paralelo al uso técnico especializado de sus palabras afines *diakonein* y *diakonia*. Lo que sabemos del diaconado en el segundo siglo lo confirma aún más.²

F.J. A. Hort, un destacado erudito del griego del último siglo, también confirma que los diáconos del Nuevo Testamento prestaban una atención práctica al pobre y al

necesitado. El dice que *diakonoi* usado como un título, y paralelo al término *episkopoi*, llevaría a la mente griega a imaginar una posición de provisión de ayuda práctica y material:

Difícilmente se puede dudar que los funcionarios de la *ecclesia* (iglesia) de Efeso, quienes en 1 Timoteo son denominados *diakonoi*, tenían como su responsabilidad... primordialmente, quizá hasta exclusivamente, el apoyar materialmente a los miembros más pobres o más desvalidos del cuerpo con los recursos proporcionados por otros integrantes de la comunidad. Es difícil explicar la utilización de esta palabra de cualquier otra forma. Compartían con los Ancianos el honor y la bendición de ser ministros reconocidos de la Ecclesia. Pero ese no era el aspecto más importante del trabajo. El servicio o ayuda para las necesidades de sus miembros pobres era lo que más peso tenía, y obviamente concordaría con las asociaciones más familiares a los oídos griegos a propósito del uso de la palabra (paréntesis agregados).³

Desde luego, cada iglesia local del período del Nuevo Testamento habría requerido hacer alguna *diakonia* (suplir las necesidades de sus pobres), de acuerdo con el modelo de Hechos 6. Entonces podemos dar por sentado que aquellos que fueron nombrados en un sentido oficial para hacer *diakonia* se conocieron como *diakonos*.

(3) El hecho de que los diáconos deban cumplir ciertas características o requisitos, y ser examinados públicamente antes de que comiencen a desempeñarse como diáconos (1 Timoteo 3:10) revela que ellos ejercen responsabilidades oficiales de confianza pública. Los requisitos para los diáconos incluyen integridad en su carácter personal, su vida espiritual y su vida familiar (1 Timoteo 3:8-13). De esto se desprende de que aunque todos los cristianos deban ser siervos o ayudarse unos a otros, en el sentido general, sólo unos cuantos son funcionarios siervos de la iglesia en el sentido especializado.

(4) El diaconado no es un oficio en el que se enseña. Es necesario darnos cuenta de que el requisito bíblico para los obispos de que sean “aptos para enseñar” no es requisito obligatorio para los diáconos (1 Timoteo 3:2).

(5) El diaconado no es un cargo gubernamental dentro de la iglesia. La palabra *obispo* en sí y las cualidades y deberes fijados para los obispos-ancianos, demuestra que los obispos protegen, enseñan y dirigen a la iglesia. El término *diakonos* indica un oficio o cargo de servicio,⁴ y no de gobierno.

(6) El diaconado es claramente el subordinado de los dos oficios. Al asumir las responsabilidades de vigilancia-supervisión de la iglesia local, los obispos también asumen la responsabilidad de dirigir a los diáconos.⁵

(7) Los dos cargos, obispos y siervos, se deben complementar el uno al otro. Uno es el oficio de la supervisión pastoral; el otro es el oficio del servicio práctico al necesitado.

Los primeros cristianos y sus líderes establecieron el diaconado especialmente para ellos mismos. En contraste con el sistema de ancianos establecido hacía mucho tiempo, usado en Israel (Exodo 3:16), éste no tenía un antecedente exacto dentro de la sociedad griega, la sinagoga judía, o el Antiguo Testamento.

(8) La literatura del período pos-bíblico, escrita durante los primeros tres siglos después de Cristo, confirma que la mayor responsabilidad de los diáconos era servir a los miembros necesitados de la iglesia. Aunque los diáconos se volvieron poderosos y asumieron también la función de ayudantes del obispo en la adoración y la administración, el papel primordial de los diáconos fue siempre servir a los miembros que sufrían y que estaban pasando por aflicciones.⁶ El escritor anglicano R.P. Symonds dice: “El diácono era una figura bien conocida en todas las iglesias de los primeros siglos y estaba asociado primordial-

mente con la atención de la iglesia para los pobres y los enfermos".⁷

De todo esto se desprende que la función de los diáconos, funcionarios siervos de la iglesia, es satisfacer las necesidades materiales y prácticas de las personas. Esta actividad exige la administración de los fondos de la iglesia. Como los primeros cristianos no tenían edificios para mantener, los primeros diáconos eran primordialmente ayudadores de las personas y también administradores de las obras caritativas de la iglesia. Eran ministros de misericordia.

Por los ministerios complementarios de los obispos y de los diáconos, de supervisión pastoral y supervisión social, no podemos sino pensar que Hechos 6 está escrito para clarificar aún más la identidad del diaconado del Nuevo Testamento. Los obispos-ancianos, mencionados en las cartas de Pablo y en el libro de los Hechos, corresponden a los doce apóstoles mencionados en Hechos 6 en su posición de vigilancia pastoral de la iglesia, aunque los ancianos no son apóstoles. (El cuerpo de ancianos de Jerusalén era el único grupo oficial y pastoral de vigilancia en Jerusalén, aparte de los doce apóstoles. Véase Hechos 11:30; 15:2, 6, 23; 21:18-25). Así como los obispos-ancianos corresponden a los doce apóstoles de Hechos 6, los diáconos de las cartas de Pablo corresponden a los Siete en Jerusalén en cuanto a su responsabilidad de ayudar a los necesitados.

Estos paralelos no deben pasar inadvertidos. Claro está, los principios de Hechos 6 son válidos para todas las iglesias. Así como en la iglesia de Jerusalén y las iglesias de Filipos y Efeso, cada iglesia local necesita un cuerpo pastoral de vigilancia para que enseñe, proteja y lidere. Cada iglesia local requiere de un cuerpo de siervos que alivien al cuerpo pastoral y proporcione una atención oficial (autorizada) y responsable a los miembros que sufren y están en necesidad. Las instrucciones del Espíritu que aparecen en 1 Timoteo 3:1-13 estableciendo que cada igle-

sia debería tener obispos-ancianos y diáconos calificados (para mantener el debido orden), ayudaron a confirmar estos principios. Así que es razonable suponer que los primeros cristianos, con ayuda de líderes como Pablo, copiaron lo que los apóstoles habían hecho en Jerusalén con los Siete y denominaron a sus nuevos funcionarios *diakonoi*.

Las dificultades encontradas al traducir diakonos

Casi cada versión de la Biblia hace hincapié en el sentido especializado de la palabra griega *diakonos* al usar el término *diácono*. Como se puede observar fácilmente diácono es la transcripción (y no la traducción) al Español de la palabra *diakonos*. Los traductores de la Biblia al Latín y el Español probablemente transcribieron *diakonos* puesto que no sabían con exactitud cómo traducir este uso especial del término *diakonos*.

Las palabras *diácono* y *bautismo* son transcripciones que permanecerán con nosotros. La palabra “diácono” se ha convertido en un término reconocido para señalar a ciertos funcionarios de la iglesia. Por ejemplo, si usted visita un hogar con el fin de ayudar a alguien que está en necesidad y dice: “soy uno de los siervos de la iglesia”, probablemente la gente no le entienda lo que está diciendo. Pero si dice: “soy un diácono”, inmediatamente tienen una idea de la persona con la que están hablando y qué está haciendo.

Algunos eruditos prefieren el término *ministro* para definir esta palabra *diakonoi*. El significado puede ser claro para algunos, pero para muchos el término *ministro* tiene connotaciones clericales profesionales que contradicen el concepto de *diakonos*. Si se usa *ministro*, se requiere de una mayor aclaración, tal como “ministros de misericordia”, o “ministros de servicio”. El uso del término *ministro* tiene la ventaja de comunicar que los diáconos son funcionarios que tienen autoridad, y no ayudantes corrientes.

La palabra *siervos* es la traducción correcta de la pa-

labra *diakonoi*. Sin embargo, debemos tener siempre presente que a estos siervos oficiales, ministros de misericordia, se les ha dado autoridad y posición para administrar el ministerio del cuidado práctico de la iglesia. También han sido examinados según ciertos criterios específicos, para un oficio o cargo de servicio (1 Timoteo 3:8-13).

Lo importante es que los diáconos son, en la realidad, quienes se ocupan del bienestar de las personas. En demasiadas iglesias, los diáconos únicamente hacen parte de la Junta Directiva y toman decisiones. Son ejecutivos que juzgan la forma como otros están sirviendo. Son diáconos de Junta y no diáconos-siervos. Que nuestro propósito sea buscar el plan de Dios para un diaconado funcional y calificado.

Relación entre diáconos y apacentadores

Como la mayoría de iglesias lo saben, el conflicto entre apacentadores y diáconos no es desconocido y puede provenir de ambas partes. Claro está que cualquier organización con dos o más grupos que sostengan posiciones de autoridad enfrentará tales tensiones. Entre más entendamos las diferencias entre apacentadores (obispos-ancianos) y diáconos, más podremos evitar los conflictos. Cuando no entendemos estas diferencias, aparecen entonces las luchas por el poder, y surgen los malos entendidos.

Es inevitable que la función de los apacentadores y los diáconos coincida en parte. Ambos cuerpos deben tomar decisiones conjuntas, pasar información entre ellos, y buscar ayuda el uno del otro. Por ejemplo, un apacentador puede estar aconsejando a una pareja que tiene problemas matrimoniales. Es posible que la pareja también esté enfrentando agudos problemas económicos y no pueda suplir las necesidades de sus hijos. El apacentador-anciano debe informar a los diáconos en cuanto a la necesidad económica de la pareja, pero deberá también orientarlos para que no interfieran con su consejería. También, por razones que no puede revelar, el apacentador

puede desear limitar la cantidad de dinero que los diáconos le entreguen a la pareja. En tales situaciones, los diáconos pueden pensar fácilmente que el apacentador está actuando muy duramente.

Este tipo de situaciones produce desacuerdo y rencores. ¡Hasta Salomón se desconcertaría por algunas de las situaciones que los pastores y diáconos enfrentan hoy! Tales conflictos pueden evitarse únicamente mediante la comunicación efectiva, el amor y la confianza.

En muchas iglesias, los diáconos tienen un concepto erróneo de su papel. Creen que conforman un segundo grupo de obispos-ancianos o que deben refrenar a los apacentadores. Si los diáconos controlan las finanzas, con frecuencia creen que controlan a la iglesia. Esto no debe ser así. Está claro por todo lo que hemos estudiado, que los diáconos están subordinados a los obispos. También debemos entender que los apacentadores pueden desarrollar todas las funciones de los diáconos, pero los diáconos no pueden desarrollar todas las funciones de los apacentadores. A diferencia de los diáconos, los apacentadores son responsables por el liderazgo, la supervisión y la enseñanza de la congregación. Esto abarca el manejo y la supervisión de los fondos de la iglesia (Hechos 11:30; 1 Pedro 5:2). Por el hecho de que los apacentadores supervisan todo lo que sucede en la iglesia, supervisan además a los diáconos. Por lo tanto, los diáconos no están libres del mando por parte de los apacentadores.

Como líderes de la iglesia los apacentadores deben clarificar, con cierta frecuencia, los deberes de los diáconos. La falta de claridad produce problemas. Puesto que el diaconado es el oficio (o cargo) subordinado, comúnmente quienes hacen parte de este grupo se esfuerzan por saber si el grupo está funcionando de acuerdo con lo que desean los apacentadores.

Si los apacentadores proporcionan un mal liderazgo a la iglesia, frustrarán a los diáconos. Es habitual que los diáconos sean hombres enérgicos e influyentes que se pre-

ocupan profundamente por el bienestar de las personas. A veces los diáconos son más competentes y agresivos que los supervisores. Hacen que se realicen las cosas, trabajan arduamente. Si es así, en poco tiempo podrían criticar a los apacentadores, y los apacentadores, a su vez, podrían sentirse intimidados por los diáconos. En casos extremos, la negligencia de los pastores en dirigir y motivar a los diáconos puede hacer que el diaconado deje de funcionar por completo.

Existen tremendas ventajas de haber fijado responsabilidades limitadas para los diáconos. La función de los apacentadores es más diversa y general: consejería, enseñanza, administración, amonestación, y dirección. Los diáconos deben entender y apreciar que sus compromisos son más limitados, para que se puedan concentrar más en servir al pueblo del Señor. Les estamos causando un gran perjuicio a los diáconos cuando los convertimos en los “factótumes” de la iglesia.

Los apacentadores también deben entender que los diáconos tienen su propia función y sus propios deberes a cumplir. Los apacentadores que no respetan esos deberes, o que no entienden el papel de los diáconos, innecesariamente interfieren en su labor. Eso puede generar en los diáconos el sentir de que no se confía en ellos.

Por lo tanto, la buena coordinación entre pastores y los diáconos es vital para una buena relación de trabajo. Los pastores y los diáconos pueden implementar muchos procedimientos prácticos y organizativos para evitar el conflicto y los malos entendidos. Dios espera que ellos usen la creatividad e inteligencia que él les ha dado para gobernar sus vidas efectivamente y en orden. Como lo mandan las Escrituras: “...pero hágase todo decentemente y con orden” (1 Corintios 14:40).



Capítulo 6: Diáconos

1. Para encontrar ejemplos de la palabra *diakonos* usada para describir “funcionarios” en fuentes seculares, véase Hermann W. Beyer, “*diakonos*”, en el “Diccionario Teológico del Nuevo Testamento” (*Theological Dictionary of the New Testament*), 2 (1964): 91,92. También véase la cita de F.J.A. Hort de la carta de Aeschinnes en contra de Ctesiphon: “Contra Ctesiphon 13 & 15”, (*Against Ctesiphon 13 & 15*), en “La Iglesia Cristiana” (*The Christian Ecclesia*) (London: Macmillan and Company, 1914), p.211.
2. C.E.B. Cranfield, “Diaconía en el Nuevo Testamento” (*Diakonia in the New Testament*), en “Servicio en Cristo: Ensayos Presentados a Karl Barth en su Cumpleaños 80” (*Service in Christ: Essays Presented to Karl Barth on his 80th Birthday*), ed. J.I. Mc Cord y T.H.L. Parker (Grand Rapids: William B. Eerdmans Publishing Company, 1966), p.39.
3. F.J.A. Hort, “La Iglesia Cristiana” (*The Christian Ecclesia*), p.209.
4. En Romanos 12:7a Pablo habla del don del “servicio” (*diakonian*). Algunos comentaristas creen que este don se refiere al oficio del diácono. No obstante, el enfoque de Pablo en este pasaje está puesto en la función y la actividad en el cuerpo, y no específicamente en los oficios de la iglesia. Es poco probable que Pablo esté pensando exclusivamente en el oficio de diácono. Por el contrario, se está refiriendo a todos aquellos que tendrían el don del servicio, de los cuales algunos, claro está, serían diáconos.

Un cristiano puede ser poseedor de un don de “servicio” o del don de “repartir” (Romanos 12:8d), o el de la “misericordia” (Romanos 12:8d), y a pesar de

eso, no desear ser diácono o no calificar para ello. Esa persona debe todavía servir el cuerpo con el don que Dios le ha dado (1 Pedro 4:10). Claro está que cada diácono tendría su don particular, entonces los dones de “repartir”, “misericordia” y “ayudar” se encontrarían entre los diáconos.

En 1 Corintios 12:28 existe el don de “ayudar” (Griego, *antilēpsis*). Naturalmente es un don que algunos diáconos deben tener. Aún así, dudosamente Pablo se refería exclusivamente a los diáconos al usar la palabra “ayuda”. En su lista de cualidades especiales para los diáconos, Pablo no menciona que se requiera algún don espiritual en especial.

En una iglesia local saludable, deben haber muchas personas que trabajen en diferentes programas, y en diferentes niveles, quienes tengan los dones espirituales –todos en diferente medida– de “servicio”, “enseñanza”, “ayuda”, y “administración”, y aún así que no sean obispos o diáconos. Las listas que hizo Pablo de dones espirituales permiten una gran cantidad de flexibilidad y diversidad.

5. Algunos eruditos creen que los diáconos eran básicamente asistentes de los obispos. Esta opinión es muy atractiva, y hay alguna verdad en ella. Pero si los diáconos del Nuevo Testamento fueran asistentes de los obispos, probablemente se hubiera hecho evidente por el término griego de *hypēretēs*, que significa “ayudante”, y no por *diakonoi*. Aunque las dos palabras *diakonos* y *hypēretēs* son muy parecidas, la última hace hincapié más en la idea de “ayudador” “o ”ayudante” en el sentido oficial (Hechos 13:5; Lucas 4:20).

Además, nunca se describen a los diáconos en el Nuevo Testamento como “siervos [de los obispos]” o “sus ayudantes”. Finalmente, Hechos 6 confirma que los diáconos conforman una función o cargo complementario al de los obispos, y que no son meramente supervisores asistentes.

6. El número de afirmaciones pos-bíblicas en cuanto a

los deberes de los diáconos es escaso, muchas veces ambigua, y a veces contradictoria, pero estos son algunos ejemplos claves de diáconos que servían a los necesitados.

Camino a Roma para enfrentar el martirio, escoltado por diez soldados romanos, Ignacio escribió siete cartas (115 D.C.). En su carta a la iglesia en Tralles, escribe:

Y asimismo aquellos que son diáconos de los misterios de Jesucristo, deben complacer a todos los hombres en todo, puesto que no son diáconos de comidas y bebidas sino siervos de la Iglesia de Dios. Es correcto, por consiguiente, que se abstengan de toda especie de mal (*Trallians*, 2; Lightfoot, “Padres Apostólicos” (*Apostolic Fathers*)).

De la frase breve, “no son diáconos de comidas y bebidas”, podemos dar por sentado que los diáconos administraban alimentos a los necesitados. Parece que Polibio, obispo de Tralles, le informó a Ignacio de ciertas quejas en cuanto a todos los diáconos, a lo mejor conflictos en cuanto a sus deberes. Por eso, Ignacio gentilmente les recuerda a los diáconos que deben “complacer a los hombres en todo” y “abstenerse de toda especie de mal”. Obsérvese también que Ignacio les dice que han sido llamados para ser “siervos de la Iglesia de Dios”, y no solamente para servir comida.

El Pastor de Hermas, el popular y visionario libro “Progreso del Peregrino” de los primeros siglos del cristianismo, fue escrito en Roma durante la primera mitad del segundo siglo. En este libro Hermas trata el problema de los diáconos malos y dice:

Aquellos que tienen manchas son diáconos que ejercieron mal su oficio, y robaron el sustento de las viudas y los huérfanos y tomaron ganancias de lo que habían recibido para ministrar (Parábolas, *Parables* 9.26; Lightfoot, “Padres Apostólicos”).

Según Hermas, los diáconos distribuyen limos-

nas y se preocupan específicamente por las viudas y los huérfanos. Entonces, esos diáconos que han abusado de la confianza puesta en ellos deben arrepentirse y “cumplir con su ministerio [*diakonian*] de ayuda en pureza” (Parábolas, *Parables* 9.26).

El libro apocalíptico “Visión de Pablo” (*Vision of Paul*) (240 D.C., de Egipto), prevé el gran sufrimiento de los diáconos en el infierno por robar las ofrendas para los pobres (“Padres Pre-Nicenos” *Pre-Nicene Fathers*, 10:160.).

Justino Martyr (100-165 D.C.), filósofo pagano convertido, fue un notable apologista cristiano, escritor y maestro durante el segundo siglo. En su libro “Primera Apología” (*First Apology*), proporciona una vislumbre poco común de un servicio de una iglesia cristiana en Roma cerca del 150 D.C. En su descripción, menciona que los diáconos distribuyen el pan y el vino de la Cena del Señor a aquellos que se hayan presentes y luego los lleva a aquellos que están ausentes, probablemente por enfermedad o debilidad:

Y cuando el presidente ha dado gracias, y todas las personas han expresado su asentimiento, a quienes decimos diáconos dan a cada uno de los presentes a comer y beber del pan y del vino, mezclado con agua, sobre los que se pronuncia la acción de gracias, y llevan una porción a aquellos que están ausentes (Padres Ante-Nicenos, *Pre-Nicene Fathers* 1:185).

A mediados del segundo siglo, el obispo era el responsable por ayudar al pobre y administrar los fondos de la iglesia, así como de supervisar cada una de las otras áreas de la iglesia. El diácono era el agente que informaba al obispo y el administrador de la ayuda para el pobre.

“En tiempos primitivos”, escribe el historiador anglicano, Edwin Hatch (1835-1889), “cada caso de pobreza o sufrimiento se había hecho conocer separadamente al obispo, y personalmente había sido mitigado por un diácono” (“La Organización de las Iglesias Pri-

mitivas Cristianas" *The Organization of the Early Christian Churches*) [Londres: Longmans, Green, and Company, 1901], p.50).

Hans Lietzmann (1875-1942), conocido historiador de la iglesia de la Universidad de Berlín, nos dice que Fabian, el obispo de Roma (236-250 D.C.), dividió a Roma en siete distritos y colocó un diácono en cada uno con el fin de administrar la ayuda al pobre:

En la metrópolis de Roma, la atención para el pobre era, por naturaleza, un problema que la iglesia encontró tanto importante como difícil. Se hizo un deber tan esencial de los diáconos que, a su tiempo, fueron privados de las funciones litúrgicas que se estimaban como suyas en otros distritos. Mientras que en otros lugares el número de diáconos pudo haber aumentado a voluntad de acuerdo con los requisitos de la iglesia, permaneció en Roma el número 7 santificado por Hechos 6:5... Hasta este período, las actividades de los diáconos no habían sido limitadas de acuerdo con los barrios de la ciudad, pero Fabian dividió la ciudad en siete distritos, y estableció un diácono para cada uno ("La Fundación de la Iglesia Universal" *The Founding of the Church Universal* [London: Lutterworth Press, 1938], p. 249-250).

El *Didascalia Apostolorum*, (obra doctrinal y de orden eclesiástico cristiana redactada en Siria en el año 230 D.C), tiene mucho que decir en cuanto a los diáconos. Aunque los diáconos son los auxiliares más cercanos a los obispos y son altamente influyentes en la iglesia, su posición práctica de siervos aún se destaca:

Si entonces nuestro Señor lo hizo, ¿ustedes, diáconos, deberán vacilar en hacer lo mismo para con aquellos que están enfermos y son débiles, ustedes que son trabajadores de la verdad, y son semejantes a Cristo? ...es necesario que ustedes diáconos visiten a todos los que están en necesidad, e informen al obispo en cuanto a aquellos que están en aflicción..." (Trad. R.H. Connolly [Oxford: Clarendon Press, 1929], p.150).

La *Didascalia* también afirma:

Y en proporción con el número de las personas de la iglesia, así serán los diáconos, para que puedan conocer a cada uno por separado y alentar a todos; a las mujeres ancianas que son débiles, y a los hermanos y hermanas que están enfermos, para que a cada uno se les proporcione el ministerio que es debido (p.148).

La *Epístola de Clemente a Santiago* (*Epistle of Clement to James*) afirma que los diáconos deben a) informar a los obispos en cuanto a las necesidades y los pecados de las personas, b) controlar a las personas indisciplinadas durante los servicios de la iglesia y c) reportar a la congregación en cuanto a los que están enfermos y que necesitan ayuda: “Y que ellos sepan quienes están sufriendo por la enfermedad física, y que lleven la noticia a la multitud...” (Padres Pre-Nicenos, Ante-Nicene Fathers 8:220).

Aunque estos autores pos-bíblicos no son portadores de una autoridad apostólica, como la de Pablo y Lucas, y muchas veces no se apoyan en la Biblia para sustentar sus propias prácticas eclesiásticas en cuanto a los diáconos, demuestran que una parte básica de los deberes de los diáconos era satisfacer las necesidades prácticas y físicas de las personas.

7. R.P. Symonds, “Diáconos en la Iglesia Primitiva” (*Deacons in the Early Church*) en: “Teología 58” (*Theology* 58), noviembre de 1955): 408.

Tercera parte

**Cualidades que
deben poseer
los diáconos**

“El que ande en el camino de la perfección, éste me servirá”.

Salmos 101:6b

“Además escoge tú de entre todo el pueblo varones de virtud, temerosos de Dios, varones de verdad, que aborrezcan la avaricia; y ponlos sobre el pueblo por jefes de millares, de centenas, de cincuenta y de diez”.

Exodo 18:21

“Dadme de entre vosotros, de vuestras tribus, varones sabios y entendidos y expertos, para que yo los ponga por vuestros jefes”

Deuteronomio 1:13

@VERSICULO = “Palabra fiel: Si alguno anhela obispado, buena obra desea. Pero es necesario que el obispo sea irrepreensible...”

1 Timoteo 3:1,2a

“...y establecieses ancianos en cada ciudad, así como yo te mandé; el que fuere irrepreensible...”

Tito 1:5b, 6a

Capítulo 7

La necesidad absoluta de que los diáconos posean ciertas cualidades respecto a su carácter

Los diáconos asimismo deben ser honestos, sin doblez, no dados a mucho vino, no codiciosos de ganancias deshonestas; que guarden el misterio de la fe con limpia conciencia.

1 Timoteo 3:8,9

Esto te escribo, aunque tengo la esperanza de ir pronto a verte, para que si tardo, sepas cómo debes conducirte en la casa de Dios, que es la iglesia de Dios viviente, columna y baluarte de la verdad.

1 Timoteo 3:14,15

En una carta (394 D.C.) que Jerónimo escribe a un joven presbítero de nombre Nepotiano, reprende a las iglesias de su época por su hipocresía al mostrar mayor interés por la apariencia del edificio de la iglesia que por la selección apropiada de sus líderes:

Muchos edifican iglesias hoy día con sus paredes y columnas de mármol brillante, sus techos relucien-

tes por el oro y sus altares adornados con joyas. Pero no prestan atención a la elección de los ministros de Dios.¹

El Nuevo Testamento hace la afirmación incontrovertible de que el interés supremo de Dios no son los edificios o los programas de la iglesia, sino el carácter moral y espiritual de aquellos que lideran y se preocupan por su pueblo. El liderazgo piadoso es lo que hace la diferencia espiritual en la iglesia local. De hecho, casi toda la enseñanza que hay en el Nuevo Testamento en cuanto a los diáconos, se refiere a las características que deben poseer.

Según el Nuevo Testamento, el ser diácono no es algo que se otorgue a cualquier persona que quiera serlo. Pablo es enfático en cuanto a esto, probablemente porque es aquí donde la iglesia de Efeso se había equivocado. Ciertas personas no calificadas se habían introducido, a la fuerza, en posiciones de liderazgo. Es evidente que parte de la estrategia activa de Satanás para corromper a las iglesias es colocar personas no calificadas e incompetentes en la estructura del liderazgo de la iglesia. *Por eso, una de las principales enseñanzas de 1 Timoteo es que una iglesia debidamente ordenada o disciplinada debe tener obispos y diáconos moral y espiritualmente calificados* (1 Timoteo 3:1-13).

Si no se tiene en cuenta este punto tan vital, los resultados para la iglesia local serán desastrosos a largo plazo. Sin embargo, es aquí donde muchas iglesias tienen problemas. Por eso Dios, en su sabiduría perfecta, nos ha dado 1 de Timoteo para advertirnos e instruirnos en cuanto al carácter apropiado que deben tener aquellos que lideran y se ocupan de la iglesia local. Ya que este es un asunto de extremada urgencia para las iglesias de hoy, miremos brevemente la situación histórica que se vivió en la iglesia de Efeso y la razón por la que Pablo manejó el problema del liderazgo de la iglesia en 1 de Timoteo.

Situación histórica

Poco tiempo después de que Pablo fue liberado de la cárcel en Roma (60-62 D.C.), él y Timoteo visitaron Efeso. No fue una visita agradable. Los maestros falsos dominaban la iglesia bajo un sólido control doctrinal. Para impedirle a estos maestros que arruinaran totalmente la vida de la iglesia y su evangelio glorioso, Pablo tuvo que tomar una acción radical; excomulgó a los dos líderes responsables, Himeneo y Alejandro (1 Timoteo 1:19,20).

Por razones desconocidas, Pablo tuvo que irse a Macedonia inmediatamente, y por esa razón dejó a Timoteo para que ayudara a esta iglesia sitiada, para detener la falsa doctrina. En 1 Timoteo 1:3 leemos: “Como te rogué que te quedases en Efeso, cuando fui a Macedonia, para que mandases a algunos que no enseñen diferente doctrina...”

Pablo sabía que Timoteo enfrentaba una posición difícil. Estaba profundamente consciente de los problemas que el joven Timoteo encontraría. Así como la mala hierba vieja que echa raíces profundas y se hace fuerte, así son las malas enseñanzas; es difícil de quitarlas una vez hayan echado raíz. La oposición en Efeso era intensamente argumentadora (6:3-5,20). Entonces Pablo escribió a Timoteo, desde Macedonia, para recordarle de su deber, lo animó en la batalla espiritual y le describió explícitamente a él y a la iglesia, cuáles problemas requerían de corrección.

La iglesia de Efeso necesitaba reformas con urgencia. Las falsas enseñanzas habían confundido y desarticulado la vida de la iglesia. Los cristianos actuaban indebidamente los unos con los otros. Habían desechado los principios apostólicos de la vida de la iglesia. Se estaban enseñando doctrinas sin sentido y enfermizas. Según parece, personas no calificadas se habían convertido en apacentadores y no les proporcionaban el cuidado debido a los obispos-ancianos de buen carácter. Algunas mujeres hacían gala

de sus riquezas y de su conocimiento en la iglesia; las ideas exclusivas y las peleas entre los hombres afectaban negativamente las oraciones de la iglesia. Las viudas eran olvidadas egoístamente por sus familias y forzadas a confiarse en la iglesia para recibir apoyo. No se le daba importancia al pecado.

Es necesario mantener el orden en la iglesia de Dios

Como resultado de estos problemas, Pablo estableció principios apropiados para la estructura social, u orden, de la familia de Dios. Quería que todo miembro y grupo supiera como conducirse.

“Esto te escribo, aunque tengo la esperanza de ir pronto a verte, para que si tardo, sepas *cómo debes conducirte* en la casa de Dios, que es la iglesia del Dios viviente, columna y baluarte de la verdad” (1 Timoteo 3:14,15; itálicas agregadas).

Vale la pena repetir la paráfrasis que Richard Weymouth hace del versículo 15 en el “Nuevo Testamento en el Idioma Moderno” (*The Modern Speech New Testament*): “Escribo ahora para que tengas las normas que te ayudarán a relacionarse con la casa de Dios”.

Un comentarista resume el versículo 15 de la siguiente manera: “El [Pablo] desea que Timoteo tenga ante él un esquema, o bosquejo, de la relación que debe existir entre las diferentes partes que conforman la congregación o la casa de Dios”.²

La palabra “conducirte” en el versículo 15, significa “comportarte” (forma de vida y carácter de la persona), o como un léxico principal griego lo establece: [para] “vivir en el sentido de la práctica de ciertos principios”.³

La frase “esto te escribo” que se menciona en el versículo 14 probablemente quiere decir las instrucciones o principios que Pablo da a través de la carta. Son normas o parámetros que deben regular la conducta de los creyen-

tes. Así como ciertas normas ayudan a disciplinar u ordenar la vida de una familia, así también existen normas apropiadas de comportamiento y disciplina en la iglesia local, que es la familia de Dios. Posiblemente para muchos la disciplina eclesial o la conducta apropiada entre la familia de Dios carece de importancia, pero como E. F. Scott intuitivamente lo expresa en el "Comentario Moffatt del Nuevo Testamento" (*Moffatt New Testament Commentary*), Pablo "insiste en la buena conducta porque cree que es necesario para la religión verdadera":

Las normas fijadas tienen que ver con las disposiciones prácticas, y pueden dar la impresión de tener poca relación con los intereses más elevados de la religión. Aún así, no se deben ignorar. Ellas tienen que ver con el bienestar de la iglesia, y es la iglesia la que mantiene el evangelio y la que lo ofrece al mundo. Por eso, en estos versículos tenemos la clave para conocer el significado primordial de las Epístolas Pastorales. El escritor no es solamente eclesiástico ni está más preocupado por el mecanismo de la iglesia que de su vida espiritual. Insiste en el buen orden o la buena conducta porque cree que es necesario para la religión verdadera. En la vida de la iglesia, así como en la de la persona, el cuerpo y la mente deben funcionar armónicamente.⁴

El razonamiento de Pablo es sencillo. Puesto que los cristianos de una iglesia local conforman (1) la "casa de Dios", que también es (2) "la iglesia del Dios viviente" y (3) "columna y baluarte de la verdad", sus costumbres y forma de vida, ante un mundo que observa, son críticamente importantes. Estas tres descripciones intensas de la iglesia local, escribe David C. Verner, enfatizan "su grandeza y por consiguiente también la importancia de la forma en la que sus miembros manejan sus vidas".⁵ Por consiguiente, es absolutamente imperativo que los miembros se comporten en su vida congregacional de acuerdo con las normas cristianas de comportamiento y orden. En pa-

labras de J.N.D. Kelly, antiguo director de St. Edmund Hall, Oxford, "La esencia del mensaje de Pablo es que el orden, en el sentido más amplio del término, es necesario en la congregación cristiana precisamente porque es la casa de Dios, el instrumento que él escogió para proclamar a los hombres la verdad salvífica de la revelación de Dios-hombre, Jesucristo".⁶

Es necesario que exista un liderazgo calificado

Los principios que gobiernan a los obispos y a los diáconos de la congregación y sobre todo, los requisitos morales de los apacentadores y los diáconos, son absolutamente primordiales para el orden, la disciplina y el comportamiento de una congregación de personas cristianas. *Estoy convencido de que Dios le ha dado a la iglesia local los requisitos que aparecen en 1 de Timoteo 3:1-12 para proteger a su pueblo de hombres indignos e inescrupulosos, de los cuales hay muchos (Tito 1:10).* Algunos hombres desean posiciones de liderazgo simplemente para satisfacer sus egos impíos. Otros están equivocados en cuanto a su propia aptitud y carácter. Es por eso que las Escrituras sabiamente proporcionan requisitos objetivos que ponen a prueba el deseo subjetivo de todos aquellos que buscan ser apacentadores o diáconos.

Además, los cargos de la iglesia de Dios no son posiciones honorarias otorgadas a personas que han asistido fielmente a la iglesia durante muchos años. Tampoco, como lo hemos visto, son vacantes de la Junta que se llenan con buenos amigos, personas adineradas, o personas que tienen éxito en los negocios. Los cargos de la iglesia son sólo para aquellos que están bíblicamente calificados y movidos por el Espíritu Santo de Dios para pastorear sacrificialmente y servir a la familia de Dios.

Los apacentadores y los diáconos ocupan posiciones de sagrada confianza. Dirigen y cuidan la familia de Dios. Tratan con problemas, dinero y personas necesitadas. Tie-

nen acceso a los hogares de las personas y a los detalles más íntimos de sus vidas. Tienen acceso a personas que son las más vulnerables al engaño o abuso. Por todo esto, *deben ser hombres de integridad comprobada.*

El liderazgo y el servicio de los apacentadores y los diáconos afecta a la iglesia en todo. Los líderes que tienen un buen carácter moral proporcionan mayor dirección, orientación, balance y estabilidad para la iglesia. Aquellos con deficiencias en su carácter moral, llevan a la iglesia por mal camino. Al describir las características esenciales de una iglesia bíblica, Francis A. Schaeffer (1912-1984) advierte severamente que si deseamos ser una iglesia del Nuevo Testamento, debemos mantener fielmente las características bíblicas para elegir a todos nuestros apacentadores y diáconos:

La iglesia no tiene el derecho de disminuir estas normas exigidas para sus funcionarios, ni tiene ningún derecho de elevar a cualquier otra norma como si fuera igual a éstas que son impuestas por Dios mismo. Estas y sólo estas permanecen como absolutas.⁷

He señalado con insistencia que el gran error de muchas iglesias, cuando buscan establecer por primera vez un ancianado y un diaconado bíblico, es nombrar a las personas equivocadas para estos cargos. Al final es la iglesia la que sufre las consecuencias por elegir los líderes equivocados y puede llegar a tener años de problemas tales como aquellos que experimentó la iglesia de Efeso. Deben insistir en elegir hombres bíblicamente calificados para el cargo de la iglesia, sin importar si se requiere de muchos años para levantarlos. La completa obediencia a la palabra de Dios es siempre la mejor política de la iglesia.

Requisitos específicos que deben cumplir los obispos y los diáconos

Así como en Filipenses, Pablo menciona obispos y diáconos a la par en 1 Timoteo. Después de detallar los requi-

sitos de los obispos-ancianos (1 Timoteo 3:1), Pablo comienza a dar instrucciones en cuanto a los diáconos, diciendo: “Los diáconos asimismo...” (3:8-13). El adverbio “asimismo” une la enseñanza en cuanto a los diáconos (3:8-13) con la enseñanza anterior sobre los obispos (3:1-7). Esto significa que lo que Pablo dice acerca de la necesidad de que los obispos estén calificados apropiadamente, también se aplica a los diáconos.

Es un grave error, sin embargo, muy común, el hecho de creer que los diáconos no necesitan reunir ciertas características para el cargo por no ser ellos tan esenciales para la iglesia como los apacentadores. Este error demuestra lo poco que las personas entienden sobre la importancia de los diáconos para la congregación local. De hecho vemos la importancia del diaconado en esto: dice que sus requisitos son parecidos a los de los obispos. Comparemos las características de los diáconos con las de los obispos-ancianos:

- | | |
|--|--|
| 1. Honestos, | _____ |
| 2. Sin doblez, | _____ |
| 3. No dados a mucho vino, | 1. No dado al vino |
| 4. No codicioso de ganancias deshonestas, | 2. No codicioso de ganancias deshonestas |
| 5. Que guarden el ministerio de la fe con limpia conciencia, | _____ |
| 6. Irreprensible, | 3. Irreprensible |
| 7. Carácter de la esposa, | _____ |
| 8. Marido de una sola mujer, | 4. Marido de una sola mujer |
| 9. Que gobiernen bien sus hijos y sus casas, | 5. Que gobierne bien su casa |

6. Sobrio
7. Prudente
8. Decoroso
9. Hospedador
10. Apto para enseñar
11. No pendenciero
12. Amable
13. Apacible
14. No un neófito
15. Que tenga buen
testimonio de los
de afuera
16. No soberbio
17. No iracundo
18. Amante de lo bueno
19. Justo
20. Santo
21. Dueño de sí mismo
22. Retenedor de la
palabra fiel.

Los diáconos, así como los obispos, deben: (1) Llevar una vida recta, (2) ser fieles a sus esposas, (3) ser buenos administradores de sus familias, (4) no ser amantes del dinero, y (5) no deben ser dados al vino. Los requisitos o características adicionales de los diáconos, especialmente de no faltar a su palabra y que “guarden el misterio de la fe con una limpia conciencia”, revelan que los diáconos deben tener una integridad comprobada.

Los requisitos de los apacentadores y de los diáconos difieren, sin embargo, en que los diáconos no tienen que ser maestros de la Palabra. Los obispos-ancianos deben ser capaces de: “exhortar con sana enseñanza y conven-

cer a los que contradicen” (Tito 1:9). Además, la variedad de rasgos de carácter que tienen que ver con la estabilidad mental y emocional de los apacentadores no son requisitos para los diáconos. Como apacentadores de todo el rebaño de Dios, los obispos-ancianos deben ser mental, emocional y espiritualmente estables con el fin de que puedan manejar un sinnúmero de problemas de liderazgo y de personas difíciles. Finalmente, los obispos deben estar caracterizados por su hospitalidad y no deben ser neófitos (3:6).

Al lado de los obispos de la iglesia, el diaconado recibe una posición permanente y universal dentro de la iglesia. Es parte del orden social y estructural de la familia de Dios (1 Timoteo 3:14,15).

Es necesario que exista una pluralidad de diáconos

La palabra *diáconos* aparece en 1 de Timoteo en forma plural, así como en Filipenses 1:1. Es lógico dar por sentado que el diaconado siguió el ejemplo del ancianado; como los obispos-ancianos, los diáconos se reunían y trabajaban juntos como grupo. (La forma singular de obispo en 1 de Timoteo 3:2 es general, teniendo aplicación a todos los obispos.⁸ En Filipenses 1:1, obispo es plural).

Es extremadamente importante darnos cuenta de que, después de todos los problemas y los fracasos de liderazgo en Efeso, Pablo todavía afirma la pluralidad de los ancianos (1 Timoteo 5:17,18). No le ordena a Timoteo nombrar un líder fuerte para gobernar a la iglesia y hacer frente a todos los problemas. Desde el comienzo de su ministerio, hasta el fin, Pablo insistió en una pluralidad de ancianos para la vigilancia pastoral de las iglesias. Entonces, la pluralidad en el liderazgo pastoral y en el diaconado es una política totalmente escritural para la iglesia local (Timoteo fue el representante personal, temporal y apostólico de Pablo a una iglesia en crisis. Con el paso del tiempo él

dejó esta iglesia y no fue su único pastor en el sentido tradicional de la palabra).

Además, en razón a los deberes de los diáconos, era necesario que trabajaran como un cuerpo colectivo. Puesto que manejaban dinero y problemas difíciles de las personas, especialmente la distribución de ayuda económica a los necesitados, requerían de protección en asuntos financieros que sus colegas les podían proporcionar.

El diaconado no sólo requiere de protección en el área financiera, también requiere el beneficio de la sabiduría grupal. Los diáconos tienen que manejar muchas situaciones delicadas y complejas que involucran a hermanos y hermanas en necesidad. Varias personas que disciernen, cada una dando su aporte de sabiduría y una perspectiva única para cada decisión, pueden manejar mejor tales situaciones. Como lo dijo el sabio rey Salomón: “Hierro con hierro se aguza; y así el hombre aguza el rostro de su amigo” (Proverbios 27:17). “Los pensamientos con el consejo se ordenan” (Proverbios 20:18a), y “...en la multitud de consejeros está la victoria” (Proverbios 24:6b).

Además, un equipo de diáconos facilita el desarrollo de una responsabilidad mutua, la cual es importante para llevar a cabo sus deberes con rapidez y compromiso. Hubiera sobrevenido un perjuicio terrible, por ejemplo, si las viudas que se mencionan en Hechos 6 hubieran sido tratadas sin cuidado. Todos podemos llegar a sentirnos muy ocupados, ser olvidadizos, temerosos o perezosos y es precisamente aquí donde necesitamos, más de lo que jamás podamos entender, colegas compañeros en el ministerio ante quienes podamos responder por nuestro trabajo. Los entrenadores de atletismo saben que si los atletas entrenan juntos, se impulsan unos a otros hacia mayores logros. Cuando dos personas corren al tiempo, uno hace que el otro corra un poco más rápido y que llegue más lejos. Lo mismo sucede con la obra del Señor, y esa es una de las razones por las que el Señor envió a sus discípulos de a dos. Si actuamos solos hacemos principalmente lo que

queremos hacer, no lo que debemos hacer o lo que es mejor para otros. Es así, especialmente, en situaciones de confrontación con miembros que están equivocados. La mayoría de personas evitarán, tanto como puedan, toda confrontación no agradable. Es por eso que necesitamos contar con la motivación afectuosa y la mutua responsabilidad que proporciona una pluralidad (equipo) de líderes para que logremos llevar a cabo nuestros deberes cristianos a pesar de nuestros temores o lo ocupados que estemos.

Finalmente, un cuerpo de diáconos ayuda a aligerar una carga pesada de trabajo. Suplir las necesidades de las personas es la clase de trabajo que hace que las personas se “quemem” por sobrecarga. Pero un esfuerzo grupal proporciona ayuda mutua y la motivación necesaria para realizar el trabajo difícil. El comentarista bíblico y pastor de la Décima Iglesia Presbiteriana de Filadelfia, James M. Boice, nos habla de la sabiduría de los esfuerzos grupales en la obra de Dios:

... en ninguna parte del Nuevo Testamento encontramos referencia alguna al nombramiento de un solo anciano, o un solo diácono, para realizar un trabajo. Nuestra tendencia sería nombrar un líder, pero la sabiduría de Dios es superior a la nuestra. Al nombrar varias personas para trabajar juntas, la iglesia, bajo la dirección de Dios, facilitó la motivación mutua entre aquellos que compartían el trabajo, así como disminuyó el riesgo de orgullo y tiranía en el cargo.⁹



Capítulo 7: La necesidad absoluta de que los diáconos posean ciertas cualidades respecto a su carácter

1. Jerónimo: "Cartas 52" (Letters 52) en "Los Padres Nicenos y Pos-Nicenos" (*The Nicene and Post-Nicene Fathers*), 14 vols., segunda serie, eds. Philip Schaff y Henry Wace (repr. Grand Rapids: William B. Eerdmans Publishing Company, n.d.) 6:94. (De aquí en adelante citado como "Los Padres Nicenos y Pos-Nicenos").
2. W. M. Ramsay, citado por Walter Lock en "Las Epístolas Pastorales" (*The Pastoral Epistles*), El Comentario Crítico Internacional, The International Critical Commentary (Edimburgo: T. & T. Clark, 1924), p.42.
3. Walter Bauer, "Léxico Griego-Inglés del Nuevo Testamento y otra Literatura Cristiana Primitiva" (*A Greek-English Lexicon of the New Testament and Other Early Christian Literature*), 2da. ed., trad. William F. Arndt y F. Wilbur Gingrich, rev. F. Wilbur Gingrich y Frederick W. Danker (Chicago: University of Chicago Press, 1979), p.61.
4. E.F. Scott "Las Epístolas Pastorales" (*The Pastoral Epistles*), El Comentario al Nuevo Testamento de Moffatt, The Moffatt New Testament Commentary (London: Hodder and Stoughton, 1936), p.38.
5. David C. Verner "La Casa de Dios: El Mundo Social de las Epístolas Pastorales" (*The Household of God: The Social World of the Pastoral Epistles*), SBL Dissertation Series, 71 (Chico, CA: Scholar Press, 1983), p.110.
6. J.N.D. Kelly, "Las Epístolas Pastorales" (*The Pastoral Epistles*) (London: Adam and Charles Black, 1972), p.86.
7. Francis A. Schaeffer, "La Iglesia a Finales del Siglo 20"

(*The Church at the End of the 20th Century*) (Downers Grove: InterVarsity Press, 1970), p.65.

8. En Filipenses 1:1 y Hechos 20:28, el término *obispo* aparece en forma plural, pero en Timoteo 3:2 y Tito 1:7 encontramos *obispo* en forma singular. No hay discrepancia en estas diferencias. En 1 Timoteo 3 y Tito 1, Pablo usa una generalización en forma singular. Eso significa que un obispo representa al grupo entero de obispos y todo lo que debe caracterizar dicho grupo. Entonces, *obispo* significa todos los obispos.

De la misma manera, en 1 Timoteo 5:5,9 Pablo usa una generalización en forma singular al escribir *viuda* en lugar de viudas; con seguridad no quiere decir que había solo una viuda en la iglesia o que solo una viuda podía aparecer en la lista de viudas que recibían ayuda financiera. Es obvio que está utilizando una generalización en forma singular. Por lo tanto, no se puede hacer ningún argumento convincente para la práctica del segundo siglo de elevar un hombre, el supervisor/obispo, sobre los ancianos, diáconos y la congregación, basado en el uso singular del término "obispo" que aparece en 1 Timoteo 3:2.

9. James M. Boice, "Fundamentos de la Fe Cristiana" (*Foundations of the Christian Faith*) (Downers Grove: InterVarsity Press, 1986), p.632.

Capítulo 8

Cinco aspectos del carácter que deben poseer los diáconos

Los diáconos asimismo deben ser honestos, sin doblez, no dados a mucho vino, no codiciosos de ganancias deshonestas; que guarden el misterio de la fe con limpia conciencia.

1 Timoteo 3:8,9

Buscad, pues, hermanos, de entre vosotros a siete varones de buen testimonio, llenos del Espíritu Santo y de sabiduría, a quienes encarguemos de este trabajo.

Hechos 6:3

Los apóstoles, tanto los Doce como Pablo, insisten en que aquellos que sirven a la iglesia en un cargo oficial de siervos deben llenar ciertos requisitos morales y espirituales (Hechos 6 y 1 Timoteo 3). La cuestión del carácter moral comprobado debe ser primordial siempre que alguien es colocado en una posición de confianza o asume un compromiso de liderazgo en la iglesia. Por ejemplo, ¿cómo hubieran podido los Siete, manejar los fondos de la iglesia y ministrarlos a sus miembros más vulnerables y necesi-

tadas, si no fueran reconocidos como hombres piadosos y confiables, con un carácter intachable?

Dudo mucho que usted dejara sus hijos, o las finanzas de su familia, en manos de personas desconocidas; entonces, ¿por qué la iglesia debería entregar a personas desconocidas y no confiables sus miembros necesitados, y sus recursos económicos? Sin embargo, eso es lo que muchas iglesias hacen. Tienen tanta necesidad de ayuda que los recién llegados pasan en pocas semanas a ser maestros de Escuela Dominical o a desempeñarse como diáconos, sin que haya por lo menos un funcionario o líder de la iglesia que tenga algún conocimiento real de las condiciones espirituales y morales de los recién llegados. Muchas iglesias han colocado precipitadamente personas desconocidas y no probadas en posiciones autorizadas de confianza, lo que les ha producido daños irreversibles.

Puesto que un diácono tiene mayor acceso a las personas que están sufriendo, o que son débiles, fácilmente puede explotarlas. Por eso las Escrituras nos advierten del peligro de los nombramientos apresurados: “No impongas con ligereza las manos a ninguno...” (1 Timoteo 5:22). Después de haber enumerado cinco requisitos del carácter, Pablo dice: “Y estos también sean sometidos a prueba primero, y entonces ejerzan el diaconado, si son irreprochables” (1 Timoteo 3:10).

Los requisitos que Pablo enumera para el carácter del diácono (versículos 8,9) son:

- Honestos
- Sin doblez
- No dados a mucho vino
- No codiciosos de ganancias deshonestas
- Que guarden el misterio de la fe con limpia conciencia

Como esperaríamos, “honestidad” (o “digno de respeto”), la primera característica en la lista de Pablo, es algo

vago en naturaleza. Después de la característica inicial “digno de respeto”, siguen tres prohibiciones. Estas prohibiciones, “sin doblez, no dados a mucho vino, y no codiciosos de ganancias deshonestas” ilustran las cualidades del carácter propio que pueden destruir la respetabilidad de una persona. Piense en la cantidad de políticos, hombres de negocios, y líderes religiosos que han sido descubiertos diciendo mentiras, bebiendo en exceso o robando dinero. No son dignos de respeto; no tienen dominio propio y no están calificados para convertirse en diáconos.

Podemos resumir estas características diciendo que los diáconos deben ser hombres de integridad, con dominio propio, que viven vidas cristianas consistentes a simple vista de sus hermanos creyentes. Utilizando la terminología que usaron los Doce en Hechos 6 para describir a los Siete, podemos decir que los diáconos deben ser “varones de buen testimonio, llenos del Espíritu Santo y de sabiduría”. Eso significa que los Siete tenían que estar controlados por el Espíritu Santo de Dios, y no por el dinero, el vino, o una lengua suelta. En sus vidas debían manifestar la obra del Espíritu Santo.

Sólo los hombres llenos del Espíritu pueden ser sensibles a los principios de Dios y a las personas; solo ellos pueden mostrar la compasión y el amor de Cristo. No avergonzarán a la iglesia o explotarán al necesitado o las personas vulnerables. Por eso, debemos insistir que los diáconos sean hombres que estén controlados por el Espíritu Santo. Dolorosamente, muchos hombres que están llevando a cabo la obra del Señor están “llenos de sí mismos” y no “llenos del Espíritu” y por eso buscan su propio bienestar, mejorar su reputación, promover sus ideas, y lograr su propio progreso en todo.

Examinemos ahora cada una de estas características que los diáconos deben tener.

Honestidad: hombres dignos de respeto

El arzobispo anglicano Richard Trench (1807-1886),

en su obra clásica “Sinónimos del Nuevo Testamento” (*Synonyms of the New Testament*), expresa frustración al tratar de encontrar la traducción precisa para expresar el sentido de la palabra griega que significa “honestidad”: “Queremos una palabra en la cual se combinen el sentido de solemnidad y honestidad, y que a la vez reclama la reverencia; una palabra que temo que buscaremos por mucho tiempo sin encontrarla”.¹ La versión Dios Habla Hoy da una traducción excelente y contemporánea: “hombres respetables”. También es muy clara la traducción de la Nueva Versión Internacional: “personas dignas de respeto”. Las palabras *respetable* y *honorable* también ayudan a transmitir el significado de una persona cuyo carácter moral y espiritual evoca la estima por parte de otros. Entonces un diácono debe ser un hombre que sea conocido y respetado por la congregación. Esteban, uno de los Siete, mencionado en Hechos 6, era honorable y respetado por todos.

El requisito que menciona Pablo: “digno de respeto”, corresponde con la característica de los apóstoles en Hechos 6:3: “de buen testimonio”. “De buen testimonio” significa que los Siete tenían que ser hombres bien conocidos y de los que se hablara bien, por su carácter y su competencia. Richard Rackham, en la serie “Comentarios Westminster” (*Westminster Commentaries*), expresa lo siguiente: “Deben ser de buen carácter, lo cual deberán mostrar por su *testimonio* público”² Más aún, la característica “digno de respeto” incluye la característica de Hechos 6: “llenos de sabiduría”. Los hombres sabios son hombres “dignos de respeto”. Un hombre, por consiguiente, no puede ser diácono si no es sabio.

La sabiduría a la que se refiere Hechos 6 significa buen juicio tanto en asuntos espirituales como materiales (1 Corintios 6:5). Se requiere de mucho discernimiento para distribuir dinero equitativamente y ayudar a los necesitados. Los problemas del pobre y de los que sufren son muchas veces complejos, y existe una tendencia a simpli-

ficar las cosas demasiado. Es difícil ser justo y generoso y a la vez ser una persona práctica y responsable.

Como uno de los primeros Protestantes en tratar de recuperar un diaconado bíblico, Juan Calvino poseía mucha experiencia tratando los problemas del pobre en la ciudad de Ginebra y respondiendo a quienes los criticaban. Conociendo por experiencia propia que el diaconado era una labor difícil que requería de hombres sabios escribió:

Es necesario que ellos sean provistos no sólo con las otras gracias del Espíritu, sino también, claro está, de sabiduría, porque sin ella esa labor no se puede llevar a cabo apropiadamente. Por lo tanto, deben estar pendientes no solamente de aquellos que engañan (por estar demasiado inclinados a pedir limosna) y que quieren para sí lo que es para los hermanos en extrema pobreza, sino también pendientes de las calumnias [difamaciones] de aquellos que permanentemente hacen comentarios despreciativos, aún si no hay motivos para hacerlos. Porque así como ese cargo está expuesto a las dificultades, también lo está a las quejas injustificadas.³

Sin doblez: integridad de palabra

Cuando yo era niño, aprendí de mi padre un viejo adagio a fuerza de repetírmelo: “Un hombre no vale más que su palabra”. ¡Cuán cierto! Nada destruye tanto a la comunidad cristiana como el engaño o la mentira. Por eso, un siervo a quien se le confía el cuidado del menesteroso, en primer lugar debe ser sincero y respetable.

Los eruditos tienen diferentes opiniones en cuanto al significado exacto de “doblez”. J.N.D. Kelly dice que esta palabra significa “decirle una cosa a alguien y otra diferente a otro”.⁴ Cualquiera que sea su significado exacto, el término prohíbe plenamente cualquier clase de habla manipuladora, insincera o falsa. Detrás de una palabra falsa hay una mente falsa. Positivamente, el tér-

mino enfatiza la integridad del habla, la sinceridad y la veracidad.

Muchos líderes cristianos han demostrado que no se puede confiar en su palabra, especialmente cuando tiene que ver con el dinero. Son personas mentirosas y engañosas. De acuerdo con la palabra de Dios, no califican para ser diáconos. Un diácono debe ser un hombre de su palabra; debe ser sincero: su “sí” debe significar sí y su “no”, no (2 Corintios 1:17-20).

No dados a mucho vino: rectos en cuanto al uso de alcohol

La Biblia contiene muchas advertencias respecto a los peligros potenciales del vino y de las bebidas embriagantes (Isaías 5:11,22; Proverbios 20:1; 23:30-35; Oseas 4:11). La embriaguez es pecado y las personas que se embriagan persistentemente requieren de disciplina por parte de la iglesia. (Véase 1 Corintios 5:11; 6:9,10; Gálatas 5:21; Efesios 5:18; 1 Pedro 4:3). Por estas razones, una persona en posición de confianza no puede tener un problema de alcoholismo.

Las Escrituras específicamente advierten a los líderes en cuanto a los peligros del alcohol.

No es de los reyes, oh Lemuel,

No es de los reyes beber vino,

Ni de los príncipes la sidra;

No sea que bebiendo olviden la ley,

Y perviertan el derecho de todos los afligidos (Proverbios 31:4,5; cfr. Levítico 10:8,9; Isaías 28:1,7,8; 56:9-12).

La embriaguez ha arruinado incontables vidas. Es sabido que cerca de la mitad de los asesinatos, suicidios, y muertes accidentales en los Estados Unidos, están relacionados con el alcohol. Una de cada cuatro familias tiene algún tipo de problema relacionado con el alcohol, lo que hace de éste uno de los mayores problemas de salud en los

Estados Unidos. La miseria y la aflicción que el alcoholismo ha causado a multitudes de familias va más allá de lo que uno se pueda imaginar. El alcohol acorta la vida, destruye familias, y produce ruina económica. Este es un problema moral y espiritual de la más alta magnitud. Ninguno que haya trabajado con las personas o familias víctimas del alcohol hace bromas en cuanto a su poder destructivo.

No debemos ser ingenuos o guardar silencio respecto al alcoholismo entre los líderes de la iglesia. Con frecuencia a los diáconos les toca trabajar con gente que tiene grandes problemas. Si un diácono tiene un problema de alcoholismo, llevará a otros por mal camino y traerá deshonra a la iglesia. La entrega al vicio del alcohol interferirá con el crecimiento espiritual y el servicio, y puede llevar a otros a pecados más degradantes. Un hombre que busque demostrar el amor de Cristo a otros debe controlar esta área de su vida.

Finalmente, nótese lo que Pablo realmente está diciendo: “no dados [adictos] a *mucho* vino” (itálicas agregadas). Evidentemente esta no es una prohibición absoluta en contra de beber vino. Es una prohibición en contra del abuso del vino (o cualquier otra sustancia) que dañe el testimonio de un hombre y su labor para Dios.

**No codiciosos de ganancias deshonestas:
aficionado de la integridad financiera,
y no del dinero**

Cuando Pablo mencionó esta característica, con toda seguridad tenía en mente a los falsos maestros (1 Timoteo 6:5; Tito 1:11). Es natural preguntarse si tenía en mente a Judas siendo que éste es el mejor ejemplo de lo que quiere decir: “codicioso de ganancias deshonestas”. Como tesoro del grupo de discípulos de nuestro Señor, Judas hablaba como si se preocupara por el pobre, pero en realidad se preocupaba por el dinero. Después de que María regó un costoso perfume sobre el Señor, en actitud de adora-

ción, Judas se quejó con mojigatería: “¿Por qué no fue este perfume vendido por trescientos denarios, y dado a los pobres?” Juan, sin embargo, explica la verdadera preocupación de Judas: “Pero dijo esto no porque se cuidara de los pobres, sino porque era ladrón, y teniendo la bolsa, sustraía de lo que se echaba en ella” (Juan 12:5,6).

A lo largo de las Escrituras encontramos varios ejemplos y advertencias respecto a personas que usan los cargos religiosos para obtener ganancias económicas a expensas de otros. (Véase Números 22-24; 1 Samuel 2:13-17; 2 Reyes 5:20-27; Isaías 22:15-25). Nuestro Señor confrontó este serio problema cuando estuvo en la tierra. Abiertamente acusó a los escribas y fariseos de robar: “devoran las casas de las viudas” (Lucas 20:47a) y los acusó de estar: “llenos de rapacidad y de maldad” (Lucas 11:39b). Dos veces tuvo que limpiar el templo de Dios, que se había convertido en un mercado:

“Y entró Jesús en el templo de Dios, y echó fuera a todos los que vendían y compraban en el templo... Y les dijo: ‘Escrito está: Mi casa, casa de oración será llamada; mas vosotros la habéis hecho cueva de ladrones’” (Mateo 21:12a,13).

Al exponer las intenciones de los líderes religiosos, Lucas declara que “eran avaros” (Lucas 16:14a). En contraste directo, Dios afirma: “Sean vuestras costumbres sin avaricia, contentos con lo que tenéis ahora...” (Hebreos 13:5a).

Los diáconos manejan dinero –dinero de otros, dinero de la iglesia– y donde hay dinero, siempre hay problemas. El dinero es un imán irresistible para muchos que están engañados por la ardiente pasión de la codicia. Tales personas buscan posiciones que les provean acceso al dinero, aunque no admiten sus verdaderas intenciones. Es posible que tales personas no roben dinero en efectivo sino que canalizan los fondos para sus “gastos del ministerio”: para su gasolina, reparaciones del carro, comidas, viajes, y gastos de su casa. (Contrástese con Nehemías 5:14-18).

Esta también es una forma de buscar ganancias del dinero que le pertenece a otros; es una “ganancia deshonestas”.

Por eso, debemos examinar la integridad financiera de un hombre antes de que sea escogido como diácono. La persona que tenga problemas con la codicia, o el robo, o que esté involucrado en algún negocio ilícito, no es buen candidato para el diaconado. Nuestra meta es que todos nuestros apacentadores y diáconos puedan decir, como lo hizo el juez piadoso de Israel:

“Aquí estoy; atestigüed contra mí delante de Jehová y delante de su ungido, si he tomado el buey de alguno, si he tomado el asno de alguno, si he calumniado a alguien, si he agraviado a alguno, o si de alguien he tomado cohecho para cegar mis ojos con él; y os lo restituiré” (1 Samuel 12:3).

Que guarden el misterio de la fe con limpia conciencia: la vida de un hombre y su doctrina deben coincidir

La última característica, o requisito, es que la vida de un diácono debe ser consistente con la doctrina cristiana. “El cristiano mantiene una conciencia limpia al vivir en armonía con las verdades descubiertas en la palabra de Dios”, dice Lawrence O. Richards en “Diccionario Expositivo de las Palabras de la Biblia” (*Expository Dictionary of Bible Words*)⁵

Un cristiano no puede guardar la fe con una conciencia pura si a la vez está viviendo en inmoralidad sexual, robando dinero, odiando a un hermano, divorciándose de una esposa cristiana, o mezclando la mentira con el evangelio. El Nuevo Testamento nunca le permite a una persona separar su vida de su doctrina. Siempre que actuamos, a sabiendas, en una forma que es contraria a la palabra de Dios y no buscamos su perdón, profanamos nuestra conciencia. Cada vez que violamos nuestra conciencia, debilitamos su poder de convicción; se hace más fácil co-

meter pecados y actuar con hipocresía. Por consiguiente, un cristiano cuya vida es inconsistente e hipócrita contradice la verdad bíblica, y no puede ser diácono.

Usando la terminología de George W. Knight, III, la conciencia es nuestra facultad auto-juzgadora o “autoconciencia moral”.⁶ “Su sentido básico”, escribe J.N.D. Kelly, “es la sensación interna de un hombre de conocer la calidad moral de sus propias acciones”.⁷ Como la conciencia juzga y orienta al creyente, no debemos ir en contra de ella. Para los cristianos, la conciencia, la fe y el Espíritu Santo están interrelacionados entre si (Romanos 9:1; 14:22,23). Los falsos maestros en la iglesia de Efeso deshonraban sus conciencias confiando en sus pensamientos arrogantes y sus bajos deseos en vez de confiar en la sólida revelación de Dios. Al final, hicieron naufragar su fe y la de todos los que creyeron en ellos (1 Timoteo 1:19,20; 2 Timoteo 2:18).

La expresión “misterio de la fe” es una forma maravillosa y magnífica de referirse a las verdades distintivas del cristianismo. En el Nuevo Testamento “misterio” quiere decir “secreto revelado” –un plan divino o propósito divino, anteriormente escondido y sin acceso a las personas, pero ahora revelado por Dios y proclamado a todos los que creen. W.E. Vine, en el “Diccionario Expositivo de las Palabras del Nuevo Testamento” (*Expository Dictionary of New Testament Words*), escribe:

En el N.T. denota no lo misterioso de algo (como sucede con la palabra en Español), sino aquello que, estando fuera del alcance de la comprensión natural puede conocerse, únicamente mediante la revelación divina; y esa revelación ocurre de la manera y en el momento señalado por Dios, y solamente a aquellos que son iluminados por el Espíritu Santo. En el sentido común, un misterio implica un conocimiento que está oculto o que no ha sido revelado; su significado bíblico es verdad revelada.⁸

De acuerdo con 1 Timoteo 3:9, los diáconos deben guar-

dar el “misterio de la fe” con una limpia conciencia. ¿Cuál es “el misterio de la fe”? La respuesta se encuentra en la palabra fe. La fe define el contenido del misterio. Por ejemplo, en otros pasajes, Pablo habla del “misterio de Dios”, “misterio de Cristo”, “misterio del evangelio”, “misterio de su voluntad” y “misterio de la piedad”. Aquí él dice: “el misterio de la fe”. La fe explica lo que es este misterio. “La fe” significa toda doctrina cristiana, las verdades distintivas del cristianismo.⁹ Por lo tanto, el “misterio” es la verdad de la cual está hecha la fe cristiana. La versión “Dios Habla Hoy” traduce esta frase así: “...la verdad revelada en la cual creemos”. Podemos, entonces, traducir la frase: “el misterio de la fe” como “los secretos revelados de la fe cristiana”.

Puesto que Dios nos ha divulgado los secretos gloriosos y divinos de la redención, cada cristiano tiene la inmensa responsabilidad de vivir consistente y obedientemente de acuerdo con estas verdades.

El cristiano puede hacer que la gente no tenga el deseo de contemplar las maravillosas revelaciones de Dios mediante el comportamiento pecaminoso e hipócrita, o puede hacer que el mensaje del cristianismo sea atractivo a los no creyentes mediante un comportamiento que se ajusta a las verdades de la fe (Tito 2:10). Un diácono debe tener un compromiso inamovible con a la fe cristiana y vivir consistentemente con sus creencias.

El comentador bíblico, Homer Kent, resume esta característica al decir:

Las grandes verdades de la fe no son para guardarse como si fueran abstracciones teológicas, sino que deben emplearse apropiadamente en la vida diaria. Guardar el misterio de la fe con una limpia conciencia es vivir a la luz de la verdad cristiana de tal manera que la conciencia renovada no tenga ninguna causa para censurar. Una limpia conciencia evidencia una vida pura.¹⁰



Capítulo 8: Cinco aspectos del carácter que deben poseer los diáconos

1. Richard C. Trench, "Sinónimos del Nuevo Testamento" (*Synonyms of the New Testament*) (1880; repr. Grand Rapids: William B. Eerdmans Publishing Company, 1969), p.348.
2. Richard Belward Rackham, "Los Hechos de los Apóstoles" (*The Acts of the Apostles*), Comentarios Westminster, Westminster Commentaries (Londres: Methuen and Company, 1901), p.83.
3. Juan Calvino, "Hechos" (*Acts*), 1:162.
4. J.N.D. Kelly, "Las Epístolas Pastorales" (*The Pastoral Epistles*) (Londres: Adam and Charles Black, 1972), p.81.
5. Lawrence O. Richards, "Diccionario Expositivo de las Palabras de la Biblia" (*Expository Dictionary of Bible Words*) (Grand Rapids: Zondervan Publishing House, 1985), p.187.
6. George W. Knight, III, "Las Epístolas Pastorales, Comentario sobre el Texto Griego" (*The Pastoral Epistles, A Commentary on the Greek Text*), Nuevo Comentario Internacional del Testamento Griego, The New International Greek Testament Commentary (Grand Rapids: William B. Eerdmans Publishing Company, 1992), p.169.
7. J.N.D. Kelly, "Las Epístolas Pastorales" (*The Pastoral Epistles*), p.47.
8. W.E. Vine "Un Diccionario Expositivo de las Palabras del Nuevo Testamento" (*An Expository Dictionary of New Testament Words*) 4 vols. (Kansas City: Walterick Publishers, 1969), 3:51.
9. El artículo definido sugiere que "la fe" se refiere a las

verdades objetivas o las doctrinas del cristianismo. (Véase también 1 Timoteo 4:1,6; 5:8; 6:10; 2 Timoteo 3:8).

10. Homer Kent, "Las Epístolas Pastorales" (*The Pastoral Epistles*) (Chicago: Moody Press, 1958), p.139.

Capítulo 9

Las cualidades de carácter deben someterse a prueba

Y estos también sean sometidos a prueba primero, y entonces ejerzan el diaconado, si son irreprochables.

1 Timoteo 3:10

A través del libro, hemos hablado en cuanto a los requisitos del carácter de los diáconos. Ahora llegamos a un tema de igual importancia: la necesidad de probar a los diáconos. Se han enumerado ya cinco requisitos en 1 Timoteo 3:8,9, pero son palabras vacías si no se tiene en cuenta el requisito del versículo 10 que habla de examinar la aptitud del candidato para ocupar el cargo. El texto afirma claramente que ninguno puede desempeñarse como diácono hasta que no sea “primero” probado (examinado) y aprobado.

De acuerdo con el versículo 9, un candidato a diácono debe guardar “el misterio de la fe con limpia conciencia”. Todos sabemos que una persona puede creer que su conciencia está limpia y aún así estar engañándose. Todos sufrimos una cierta ceguera por nuestros propios pecados. Pero entre más ciegos seamos a nuestros pecados, más daño le podemos causar a otros. Al compartir la sabiduría

perfecta que viene de arriba, Pablo interrumpe su lista de requisitos específicos para agregar este requisito esencial que hace que los anteriores tengan sentido: “Y estos también sean sometidos a prueba primero, y entonces ejerzan el diaconado...”.

La palabra “también” no debe pasar inadvertida. Es importante para el progreso del pensamiento de Pablo en esta sección. Las palabras “Y estos también” nos ponen sobre aviso de algo diferente (pero igualmente esencial) a los cinco requisitos de carácter que se acaban de enumerar. El escritor inspirado ahora enfatiza que los diáconos deben ser probados en la misma forma que los obispos-ancianos. Entonces: “Y estos también” se refiere a los supervisores (obispos) mencionados en la sección anterior (3:1-7).¹ Los traductores de algunas versiones (como por ejemplo el New English Bible) se tomaron la libertad de agregar el término “obispos” (supervisores), con el fin de asegurar que este punto quedara claro: “No menos que los obispos, deben primero someterse a prueba, y si no hay nada en contra de ellos, pueden prestar servicio [como diáconos]”.

Sabemos por 1 Timoteo 5:24,25 que el carácter y el trabajo de todos los candidatos para el oficio de ancianos debe ser cuidadosamente juzgado por otros. Entonces no debe sorprendernos que Pablo dictaminara un requisito parecido para los diáconos. Tenemos la tendencia a pensar que las normas bíblicas para los diáconos se deben hacer respetar menos que las normas para los ancianos. Pero ese es un grave error.

Es aquí donde fallan muchas iglesias. El proceso de confirmación de un diácono en perspectiva toma tiempo e implica esfuerzo, y muchas iglesias están demasiado ocupadas con otros asuntos como para hacerlo. (Quizás la iglesia de Efeso también se encontraba muy ocupada para examinar a sus diáconos y ancianos adecuadamente). Sin embargo, es tan importante examinar la aptitud de los diáconos para el cargo como examinar a los ancianos. Un

diácono que no sea apto puede provocar problemas en la iglesia y perjudicar a personas inocentes.

El proceso de prueba

La forma pasiva imperativa del verbo que es traducido “sean sometidos a prueba” hace hincapié en la necesidad de probar al diácono en perspectiva; no es una opción. Un hombre no puede nombrarse a sí mismo para desempeñar el oficio de diácono. Todo candidato debe ser evaluado por otros, que deben examinar su personalidad o carácter a la luz de las normas de Dios.

La frase “sometidos a prueba” se deriva de la palabra griega *dokimazō*. Richard Trench afirma que “en *dokimazein* se encuentra la noción de probar una cosa para saber si vale la pena ser recibida o no² En la antigua literatura Griega, esta palabra a veces se usaba en relación con el hecho de probar las credenciales de una persona que deseaba ocupar un puesto público.³ En nuestro contexto actual significa “examinar a los candidatos para el diaconado”.⁴ La idea aquí es que otros examinan, evalúan y escudriñan el carácter o personalidad del diácono en perspectiva. Así como los médicos son examinados oficialmente antes de que puedan practicar la medicina, así los apacentadores y los diáconos deben ser examinados a la luz de los requisitos de Dios (1 Timoteo 3:2-12) antes de que puedan asumir el cargo.

Pero ¿cómo se debe examinar o probar a un diácono en perspectiva? Por razones importantes el Nuevo Testamento guarda silencio en estos asuntos específicos, así como guarda silencio en asuntos que tienen que ver con procedimientos específicos para administrar la Cena del Señor y el bautismo. (No hay en el Nuevo Testamento ningún libro que tenga las características del libro de Levítico en el Antiguo Testamento). Esta carencia de procedimientos específicos ha provisto un amplio territorio para muchas batallas infructuosas dentro de la iglesia.

Debemos recordar que el silencio del Nuevo Testamento en esta clase de detalles es altamente instructivo. La iglesia de Jesucristo es un cuerpo de personas redimidas en quienes habita el Espíritu y que han sido llamadas de todas las naciones del mundo. Una razón para la ausencia de instrucciones detalladas es permitir que cada congregación tenga la libertad y la flexibilidad de adaptar las maravillosas verdades de Dios a la cultura en la que se ministra. La asamblea cristiana local debe ser culturalmente relevante, pero también radicalmente diferente. (Estúdiese 1 Corintios 9:19-23). Dios diseñó maravillosamente a la iglesia local para que se adaptara a toda cultura y para que funcionara en cualquier situación de la vida, especialmente en medio de la persecución.

La ausencia de reglamentos detallados y códigos legales en el Nuevo Testamento es también una expresión práctica de la gloriosa libertad a la que han sido llevados los cristianos (Gálatas 5:1,13). Tenemos el poder y la dirección del Espíritu. Como resultado, dependemos del Espíritu del Dios viviente dentro de los límites de su Palabra, para buscar confiadamente su ayuda al implementar sus verdades en formas relevantes. Por consiguiente, una iglesia espiritualmente viva se distingue siempre por su creatividad en cuanto al evangelismo, la adoración, la música, el discipulado y la expresión de amor. Tristemente, muchas iglesias lentamente apagan su vitalidad espiritual porque no cambian sus tradiciones anticuadas y sus formas cómodas de actuar.

Por supuesto los principios divinos y bíblicos no se deben cambiar para que sean culturalmente aceptables. Hacer eso sería traicionar tanto a nuestro Dios como a nuestra propia cultura. Los principios cristianos específicos deben distinguir o caracterizar a la iglesia local de Jesucristo (y este libro toca a muchos de ellos). Abandonar los principios bíblicos revelados sería perder los rasgos característicos cristianos y dejar de agradar a nuestro Señor Jesucristo.

Puesto que 1 Timoteo 3:10 no proporciona procedimientos detallados para examinar a los candidatos al diaconado, cada iglesia determinará sus procedimientos. Los requisitos específicos de las Escrituras son que: (1) el diácono en perspectiva cumpla todas los requisitos bíblicos; (2) el diácono en perspectiva sea examinado en cuanto a dichos requisitos; y (3) ningún diácono sea nombrado para el cargo de una manera apresurada y descuidada (“con ligereza”) (1 Timoteo 5:22). Aunque los procedimientos detallados se dejen a consideración de la iglesia local y de sus apacentadores, ciertos elementos generales y claves deben formar parte de cualquier prueba o proceso de confirmación. Examinemos brevemente algunos de los elementos que deben estar presentes para poder lograr un análisis metódico.

Los obispos deben dirigir el proceso

De acuerdo con 1 Timoteo 3:1 y Tito 1:5, una iglesia local debe nombrar obispos (supervisores). Por definición, los obispos son responsables por la dirección de la iglesia. En 1 Timoteo 5:17, los ancianos (obispos) son aquellos que como F.F. Bruce traduce: “dirigen los asuntos de la iglesia”.⁵ La palabra “dirigen” es la palabra griega *prohistemi*, que significa liderar, administrar, dirigir y supervisar o vigilar. Entonces en asuntos tan vitales como probar y nombrar diáconos, los obispos-ancianos deben dirigir todo el proceso. Si no es así sobrevendrá el desorden y la mala administración y las personas de la congregación serán las perjudicadas.

En la práctica, si los apacentadores no toman la iniciativa en estos asuntos, muy poco ocurrirá en su iglesia. Los apacentadores tienen la autoridad, posición, y conocimiento para llevar a la iglesia hacia adelante. Ellos conocen sus necesidades, y su gente. Más aún, los apacentadores tienen el compromiso de decidir si se requieren diáconos adicionales y también de iniciar el proceso de seleccionarlos.

Se debe involucrar activamente a la congregación

El hecho de que los pastores tengan que liderar el proceso de prueba, no sugiere que se debe excluir a la congregación del proceso de evaluación. ¡Absolutamente no! Los ancianos que siguen el patrón Neotestamentario nunca deben actuar como dictadores, burócratas, o una oligarquía gobernante. Por el contrario, deben liderar activamente como pastores devotos entre el pueblo de Dios. Deben escuchar, consultar y buscar la sabiduría de sus compañeros en la fe. Un buen cuerpo pastoral también desea tener una congregación capacitada, involucrada y activa. Los diáconos nombrados son quienes van a prestar sus servicios a la congregación, entonces ella debe tener voz para evaluarlos.

En el pasaje que estamos estudiando se dan instrucciones a toda la iglesia (2:1-3:16), no sólo a los apacentadores. Por consiguiente, todos en la iglesia deben conocer estas características y también están obligados a velar porque estas instrucciones bíblicas sean implementadas. Algunas personas en la congregación pueden tener alguna información clave sobre un diácono en perspectiva, algún aspecto que los apacentadores desconocen; es por eso que su participación en el proceso de evaluación es esencial, sin importar la forma como ese proceso se lleve a cabo.

Si se escuchan objeciones o acusaciones en cuanto al carácter del diácono en perspectiva, los apacentadores deben asegurarse de que estas acusaciones estén basadas en violaciones de principios bíblicos. Si no es así, dichas objeciones o acusaciones deben ignorarse. No se le debe negar el cargo a ningún candidato por criterios personales (subjetivos). *Las personas deben dar razones escriturales para sus objeciones. Este proceso de evaluación no es un concurso de popularidad o de elecciones libres. Se trata de una prueba o examen del carácter a la luz de las Escrituras.* Si una sola persona en la congregación tiene una ob-

jección bíblica verificable, el diácono en perspectiva debe ser declarado no apto para el cargo –aunque todos los demás lo aprueben. Las reglas de Dios gobiernan la casa de Dios y no la popularidad que alguien tenga en un grupo.

De acuerdo con 1 Timoteo 3:10, la regla para aprobar un diácono es que sea encontrado “irreprensible”, lo que quiere decir que no esté acusado, lo que a su vez significa que el carácter y la conducta de tal persona, aún bajo el escrutinio formal, esté libre de la acusación justificable. En otras palabras, que el candidato haya sido examinado de acuerdo con los requisitos bíblicos (1 Timoteo 3:8-12) y no se haya encontrado algo en contra suya.

Es importante darse cuenta que eso no significa que el candidato no tenga fallas o imperfecciones. Todos las tenemos. Ser “irreprensible” tiene que ver únicamente con las características personales que se deben poseer para desempeñar el cargo. Por consiguiente, el diácono calificado es digno de respeto, veraz, auto controlado en el uso del alcohol, vive una vida cristiana consistente y es un fiel esposo y padre.

Interrogatorio e instrucciones para el candidato a diácono

Durante una reunión (o varias) con el diácono en perspectiva, los apacentadores y/u otros de la congregación deben preguntarle sobre sus creencias, intereses, familia y disponibilidad de tiempo. Además, deben clarificarle qué clase de trabajo se espera que haga.

Los obispos deben aprobar y establecer o instalar públicamente a los diáconos

Después de que los apacentadores den su aprobación final, el candidato debe ser públicamente instalado en su cargo. El hecho de que la congregación en Jerusalén llevó a los escogidos a los apóstoles, indica que buscaron la aprobación de los apóstoles (Hechos 6:6).

El proceso debe ser impregnado de oración

Finalmente, todos los procesos y detalles que tienen que ver con esta importante decisión deben estar acompañados de mucha oración. Las personas deben pedirle a Dios intuición espiritual, orientación y un juicio imparcial. Deben desear la voluntad y la complacencia de Dios, y no la suya propia.

Tristemente, algunas iglesias gastan el menor tiempo posible y el menor esfuerzo en examinar a los candidatos para diáconos o apacentadores. Un amigo me contó que en su iglesia el pastor invita a todos los miembros para que se reúnan en el sótano de la iglesia una vez al año, después del servicio del Domingo en la tarde, para elegir a los diáconos. Después de que todos se reúnen en frente de un tablero, el presidente de los diáconos solicita candidatos para el diaconado. Se sugieren varios nombres y rápidamente se hace la votación. Los nuevos diáconos son instalados y el pastor concluye la reunión con una oración. Todo el proceso toma una media hora. No se tienen en cuenta los requisitos bíblicos, no hay oración, ni tampoco se da un tiempo para examinar completamente a los diáconos nominados. Es simplemente un asunto de “llenar unas vacantes en la Junta”.

Procedimientos como éste, que carecen de reflexión y oración, y son con pereza, debilitan nuestras iglesias y degradan el diaconado y el ancianado. La evaluación, para saber si un diácono en perspectiva es apto para el cargo, debe ser hecha a conciencia, paciente y bíblicamente.

Reconocimiento público de los diáconos

La palabra “primero” en 1 Timoteo 3:10 nos informa que existe un orden que se debe seguir al nombrar diáconos. El texto dice así: “Y éstos también sean sometidos a prueba *primero*, y entonces ejerzan el diaconado...” (itálicas agregadas). El carácter de un diácono en perspectiva debe ser primero que todo examinado de acuerdo con las

normas de Dios (1 Timoteo 3:8-12). Solo después de que el candidato es aprobado, puede ser reconocido oficial y públicamente (o instalado en su cargo) como diácono. El entonces continúa como diácono hasta que ya no desee ese trabajo o él mismo se descalifique de acuerdo con los requisitos bíblicos. Limitar arbitrariamente a los diáconos a un período de servicio de dos años o tres, degrada el diaconado a una posición de Junta Administrativa y frustra ese hombre al que Dios ha dado el deseo de servir al pueblo del Señor. Es diferente si un diácono necesita tiempo de descanso, pero aún así esa decisión debe dejarse a la persona y no debe imponérsele por tradiciones no bíblicas.

El hecho de que un hombre no pueda desempeñarse como diácono hasta que sea primeramente examinado y aprobado muestra que no todo el que sirve en la iglesia es un diácono. He oído que la gente dice: "Si estás sirviendo a la iglesia, entonces eres diácono". Eso no es correcto. Es cierto que debemos ser siervos los unos de los otros. Aún así, existe en el Nuevo Testamento un cargo oficial de sirvo para el cual hay que llenar ciertos requisitos y ser aprobado. Eso es lo que el texto nos dice.

El Nuevo Testamento no da instrucciones o reglas detalladas en cuanto al reconocimiento público oficial del diácono. Igualmente, el Antiguo Testamento no nos dice nada en cuanto al reconocimiento público del anciano. Aparentemente los escritores inspirados de las Escrituras no estaban muy preocupados por el tema.

Por el contrario, cuando se consagraba al sacerdote del Antiguo Testamento, se hacía una ceremonia extensa y detallada. Habían sacrificios especiales que tenían que ofrecerse, rituales especiales de limpieza, prendas de vestir ceremoniales, acciones ordenadas en ciertos días, y ungiendo con aceite santo (Exodo 28:40-29:41). Ninguno se podía desviar siquiera un poco de estas leyes ordenadas por Dios.

Sin embargo, los diáconos del Nuevo Testamento y los apacentadores no son sacerdotes ungidos tales como Aarón y sus hijos (Levítico 8:12), ni tampoco son los diáconos y apacentadores instalados en un cargo sacerdotal especial u orden clerical sagrado. Por el contrario, están asumiendo posiciones de servicio o liderazgo entre el pueblo de Dios. No debemos sacralizar tales cargos más de lo que los escritores bíblicos lo hacen. El vocabulario que los escritores del Nuevo Testamento escogieron expresa un simple nombramiento al cargo. Por consiguiente, hablar de ordenar a diáconos o apacentadores es tan confuso y sin sentido como lo es hablar de ordenar jueces o políticos.⁶

Aunque los Siete que se mencionan en Hechos 6 fueron nombrados para proveer ayuda al pobre y no fueron elegidos para el sacerdocio santo u las órdenes clericales, aún así tuvo lugar una instalación oficial y pública. Así que Hechos 6 nos da una orientación general que nos ayudará a instalar a los diáconos. Los apóstoles –los supervisores de la iglesia– oficial y públicamente colocaron a los Siete en su nuevo cargo por medio de la oración y la imposición de manos (Hechos 6:3,6).

Esta fue la forma que usaron para reconocer a personas nombradas o comisionadas para un trabajo especial (Hechos 6:6; 13:3; 1 Timoteo 4:14; 5:22). Este es un importante principio que deben entender la congregación y aquellos que están siendo reconocidos o comisionados. La iglesia no es una sociedad secreta. Los asuntos de importancia tales como el nombramiento de ancianos y de diáconos deben hacerse en público. La congregación necesita estar informada sobre quiénes son sus líderes, y los líderes necesitan las oraciones y la afirmación de la congregación.



Capítulo 9: Las cualidades de carácter deben someterse a prueba

1. Algunos comentaristas niegan que la construcción “y...también” (Griego, *kai...de*) se refiere a los obispos. Sostienen que estas palabras sólo agregan mayor precaución en cuanto a los diáconos. Por ejemplo, Alford escribe: “el *de* introduce una precaución –el pequeño contraste de una adición necesaria a su carácter presente” (Henry Alford, “El Nuevo Testamento Griego” (*The Greek New Testament*), 4 vols. [5th ed., London: Rivingtons, 1871], 3:327).

Es difícil estar seguros, pero lo más probable es que la construcción griega *kai* (“también”) antes de *houtoi* (“estos”), implica que los diáconos son comparados con los obispos en el proceso de la evaluación. No crea ningún problema, sin embargo, si el texto no se refiere a los obispos. 1 Timoteo 5:24,25, muestra que era necesario examinar a los ancianos y por tanto podemos suponer que si los obispos debían ser probados para ver si cumplían con los requisitos, también lo debían ser los diáconos. Si se exigen características de carácter o personalidad, también se deben exigir las pruebas de ellas.

2. Richard C. Trench, “Sinónimos del Nuevo Testamento” (*Synonyms of the New Testament*) (1880; repr. Grand Rapids: William B. Eerdmans Publishing Company, 1969), p.278.
3. Walter Grundamn, “*dokimazo*” en “Diccionario Teológico del Nuevo Testamento” (*Theological Dictionary of the New Testament*), 2:256. Hermann Cremer, “*dokimazo*” en “Léxico Bíblico-Teológico del Griego del Nuevo Testamento” (*Biblico-Theological Lexicon of New Testament Greek*), trad., W.Urwick, (1895; repr.

- Greenwood, SC: The Attic Press, Inc., 1977), pp. 699,700.
4. Walter Bauer, "Léxico Griego-Inglés del Nuevo Testamento y Otra Literatura de los Primeros Años de la Era Cristiana" (*A Greek-English Lexicon of the New Testament and Other Early Christian Literature*), 2nd ed., trad. William F. Arndt y F. Wilbur Gingrich, rev. F. Wilbur Gingrich y Frederick W. Danker (Chicago: The University of Chicago Press, 1979), p.4.202.
 5. F.F. Bruce, "Las Cartas de Pablo" (*The Letters of Paul*) (Grand Rapids: William E. Eerdmans Publishing Company, 1965), p.307.
 6. Ver mi capítulo "Imposición de Manos y Ordenación" (The Laying on of Hands and Ordination) en "Ancianado Bíblico: Un Llamado Urgente al Restablecimiento del Liderazgo Eclesial Bíblico" (*Biblical Eldership: An Urgent Call To Restore Biblical Church Leadership*) (Littleton, CO: Lewis and Roth Publishers, 1988), pp.223-237.

Capítulo 10

Requisitos que deben cumplir las mujeres que ayudan a sus esposos diáconos

Las mujeres asimismo sean honestas, no calumniadoras, sino sobrias, fieles en todo.

1 Timoteo 3:11

Tal como lo hemos descubierto, Pablo enumera cinco requisitos de carácter para los diáconos en 1 Timoteo 3:8,9:

- Hombres honestos
- Sin doblez
- No dados a mucho vino
- No codiciosos de ganancias deshonestas
- Que guarden el misterio de la fe con limpia conciencia

Después de dar esta lista de requisitos, Pablo insiste en que cada candidato para ocupar el cargo del diaconado sea examinado y aprobado públicamente antes de comenzar a ejercer el ministerio de la diaconía: “Y estos también sean sometidos a prueba primero, y entonces ejerzan el diaconado, si son irreprochables” (3:10).

Luego en el versículo 11, mediante la palabra “asi-

mismo” Pablo introduce una nueva clase de personas que están estrechamente relacionadas con los diáconos. Pablo da cuatro requisitos de carácter o personalidad para este grupo, indicando que este tercer grupo también debe prestar servicio a la iglesia de alguna forma. Las personas de este grupo deben ser:

- Honestas
- No calumniadoras
- Sobrias
- Fieles en todo

Finalmente en el versículo 12, Pablo continúa su lista de requisitos del carácter personal que deben poseer los diáconos: “Los diáconos sean maridos de una sola mujer, y que gobiernen bien sus hijos y sus casas”.

Para ayudar a visualizar lo que acabamos de afirmar, abajo aparece 1 Timoteo 3:8-13 dividido en cuatro secciones.

Los diáconos [hombres] asimismo deben ser honestos, sin doblez, no dados a mucho vino, no codiciosos de ganancias deshonestas; que guarden el misterio de la fe con limpia conciencia (versículos 8,9).

Y estos también sean sometidos a prueba primero, y entonces ejerzan el diaconado, si son irrepreensibles (versículo 10).

Las mujeres (*gynaikas*) [mujeres/esposas] asimismo sean honestas, no calumniadoras, sino sobrias, fieles en todo (versículo 11).

Los diáconos [hombres] sean maridos de una sola mujer, y que gobiernen bien sus hijos y sus casas.

¿Quién es este nuevo grupo de personas denominado *gynaikas* (pronunciado gu-NAI-kas, acusativo plural de *gynē*)? En Griego *gynē* (pronunciado, gu-NEI) es la palabra corriente para designar una esposa o mujer adulta. Únicamente el contexto determina si *gynē* se debe traducir como “mujer” o “esposa”. Entonces, *gynaikas* son ya

sea (1) mujeres que son diáconos (diaconisas), (2) mujeres que ayudan a los diáconos, o (3) esposas que ayudan a sus esposos diáconos. Aunque cada opción tiene sus dificultades, debemos encontrar la interpretación que explica más adecuadamente todos los aspectos interpretativos más importantes del texto, que se dan a continuación.

*El significado de la palabra gynaikas
(mujeres/esposas)*

Con seguridad en este pasaje Pablo no se está refiriendo a las mujeres cristianas en general, así como lo hace en 1 Timoteo 2:9. En medio de un contexto que habla de los requisitos de los diáconos es muy improbable que él comenzara a dar requisitos generales de carácter para todas las mujeres de la iglesia. Esto interrumpiría insensatamente un pasaje que en sus demás aspectos es ordenado. Puesto que estas mujeres no son las mujeres cristianas en general, esperaríamos que Pablo usara una palabra o frase modificante que identificara claramente quienes son estas gynaikas. Por ejemplo, pudo haber usado: “las mujeres que ayudan”, “las mujeres que son diáconos”, o “sus mujeres” (esposas); sin embargo no lo hace. Pablo simplemente escribe gynaikas sin ningún modificador, lo cual nos dificulta la interpretación.

Colocación del versículo 11

La colocación del versículo 11, que está aculado en medio de un contexto sobre hombres diáconos, parece inadecuado. ¿Por qué da Pablo cuatro requisitos para ciertas mujeres en medio de su instrucción sobre requisitos para hombres diáconos? ¿Estas mujeres no se merecen un párrafo separado antes o después de la instrucción que Pablo da en cuanto a los diáconos?

El tema de mujeres funcionarias

Las enseñanzas de Pablo en cuanto al papel de la mujer en la iglesia local (1 Timoteo 2:9-15) están estrechamente

vinculadas con su enseñanza en cuanto a los obispos y los diáconos:

Asimismo que las mujeres [Griego: *gynaikas*] se atavien de ropa decorosa... [y] con buenas obras, como corresponde a mujeres que profesan piedad... *Porque no permito a la mujer enseñar, ni ejercer dominio sobre el hombre, sino estar en silencio.* Porque Adán fue formado primero, después Eva; y Adán no fue engañado, sino que la mujer, siendo engañada, incurrió en transgresión (2:9a, 10,12-14; *itálicas agregadas*).

Primera de Timoteo 2:9-15 y 3:1-13 nunca deben separarse el uno del otro. Tampoco debemos sacar conclusiones de los pasajes que se contradigan entre sí. Están inseparablemente unidos. Por lo tanto, 1 Timoteo 2:9-15 es parte del contexto más amplio al que pertenece 1 Timoteo 3:11 y se debe tomar en cuenta cuando se interpreta 1 Timoteo 3:11.1

Si el adverbio "asimismo" que aparece en el versículo 11 indica otro cargo eclesial

La palabra "asimismo" que aparece en el versículo 11 señala que Pablo está presentando una nueva clase de personas: *gynaikas*, mujeres/esposas. Este nuevo grupo es distinto a, pero comparable con, los diáconos masculinos anteriormente mencionados. Algunos comentaristas creen que el adverbio "asimismo" da a entender que se está introduciendo otro cargo eclesiástico parecido a los que le preceden.

Con estos aspectos interpretativos críticos en mente, examinemos tres posibles interpretaciones de 1 Timoteo 3:11.

Mujeres que son diáconos

Muchos estudiantes serios de la Biblia interpretan *gynaikas* como "mujeres que son diáconos". La razón más convincente para creer que estas mujeres son diaconisas

es que todo el contexto se refiere a los funcionarios de la iglesia. Por lo tanto, las mujeres que se presentan con el “asimismo”, en forma paralela al versículo 8, según parece serían mujeres funcionarias similares a los diáconos. Esta opinión, sin embargo, crea la pregunta confusa de por qué Pablo escribiría *gynaikas* si lo que quiso decir era “mujeres diáconos”.

¿Por qué Gynaikas y no tas Diakonous?

Patrick Fairbairn (1805-1875), teólogo y comentarista escocés que defiende el punto de vista de las mujeres diáconos, admite francamente que esto es difícil de explicar. En su comentario clásico sobre las Epístolas Pastorales, Fairbairn confiesa: “Aún es algo extraño, sin embargo, que el término general mujeres (*Gynaikas*) sea empleado, y no el término específico diaconisas (*tas diakonous*), que habría excluido toda clase de dudas en cuanto al significado”²

En el idioma Griego de la época del Nuevo Testamento, Griego Koine, no existía una palabra que significara *diakonissa*. El primer ejemplo registrado de la palabra griega diaconisa (“diaconisa”), se presenta en el canon diecinueve del Primer Concilio de Nicea (325 D.C.). Sin embargo, el sustantivo griego diakonos, aunque sea masculino en forma, esta entre un número selecto de sustantivos de declinación de segunda clase que pueden ser masculinos o femeninos. Entonces la forma masculina puede aplicarse a la mujer. No hay una forma especial femenina tal como *diakonē*.

Para ilustrar este punto, tomemos Romanos 16:1 en donde Pablo se refiere a una mujer llamada Febe como diakonos. El escribe: “Os recomiendo además nuestra hermana Febe, la cual es diaconisa [diakonon] de la iglesia en Cencrea”. Si Febe fue un diácono, (en el sentido de ejercer un cargo oficial), muchos comentaristas afirman, entonces obviamente Pablo al referirse a ella como una diaconisa, quería decir que era una funcionaria de la iglesia. (El

texto de Romanos 16 es ambiguo en cuanto a si Febe fue o no un diácono – en el sentido oficial.³ No hay indicadores claros en el texto para determinar si *diakonos* significa un siervo esmerado en el sentido general, o un diácono en el sentido oficial). Por consiguiente, si las mujeres fueron parte del diaconado en la iglesia de Efeso, también debieron haber sido llamadas, *diakonoi*, como sus colegas masculinos.

La duda entonces es, si Pablo se refiere a las mujeres diáconos en el versículo 11, ¿por qué usa la palabra ambigua y general *gynaikas*, y no *diakonoi* con el artículo femenino –*tas diakonous* (“mujeres diáconos”)?

Al referirse a los dos cargos previos, Pablo usa títulos específicos de cargo: “obispo” (versículo 2) y “diaconos” (versículos 8,12). Entonces, ¿por qué no utiliza un título específico para identificar a quien se refiere –*en particular si se trata de funcionarios de la iglesia?* Mas aun, ya que el término *diakonos* puede ser masculino o femenino, ¿no es de pensar que el término *diakonoi* en el versículo 8 cubriera tanto a los diáconos masculinos como los femeninos? Sería entonces innecesario que Pablo agregara el versículo 11, que dice la misma cosa que los versículos 8 y 9. Miremos este problema mas de cerca:

En el Español, al igual que en el griego, hay palabras que no cambian de forma trátense de un hombre o de una mujer. Al hombre que ejercé la odontología no se le dice “dentisto”, sino “dentista”. Lo mismo sucede con la palabra *pediatra*. Esta palabra puede aplicarse al hombre y a la mujer. No existe una forma en especial para distinguir a los *pediatras* hombres y las *pediatras* mujeres. Eso mismo sucede con la palabra griega *diakonos*.⁴

¿Qué razón puede haber tenido Pablo, después de dar cinco requisitos para los “diaconos”, que pueden aplicarse a hombres y mujeres, en el versículo 11 repita casi los mismos requisitos para las mujeres diáconos? Eso seria como escribir en un texto que todos los *pediatras* deben estudiar seis o mas años de universidad, y luego, distin-

guir a los pediatras hombres y repetir que ellos deben cursar seis años universitarios, con una pequeña diferencia en terminología. Los seis años que se requieren para que se gradúen aplican tanto a los hombres como a las mujeres pediatras.

Si Pablo se está refiriendo a las diaconisas en el versículo 11, entonces supondríamos que fuera a agregar algunos requisitos importantes únicos para las mujeres diáconos. Ese no es el caso. Por el contrario, como concuerdan todos los comentaristas, Pablo da casi las mismas características que aparecen en los versículos 8 y 9. Entonces, el afirmar que el término *gynaiikas* se refiere a las mujeres diáconos nos deja con preguntas sin respuesta.

Colocación del versículo 11

Un segundo problema que confronta la opinión de que deben existir las mujeres diáconos es la colocación del versículo 11 en medio del párrafo que tiene que ver con los requisitos para los diáconos masculinos. El versículo 11, si se refiere a las mujeres diáconos, parece ser una interposición inoportuna en una sección que esta básicamente bien ordenada. Parecería mas ordenado si el versículo 11 estuviera colocado al final del versículo 12.

Particularmente llamativo es el uso de la palabra "diaconos" en el versículo 12, que alerta al lector de que Pablo esta resumiendo el tema de los requisitos personales para los diáconos. Su inserción de la palabra "diaconos" parecería indicar que el versículo 11 no se refiere a las mujeres diáconos.

Aunque estas preguntas son algo problemáticas, podrían explicarse por el estilo único de la escritura de Pablo. No es extraño para Pablo interponer en su flujo de pensamiento ideas relacionadas en la medida en que surgen en su mente (1 Timoteo 5:23). Es por eso que la colocación del versículo 11, aunque sea problemática, no es un argumento decisivo en contra de la interpretación de que *gynaiikas* se refiere a las mujeres diáconos.

La presencia de mujeres funcionarias

Finalmente, quienes creen que Pablo se refiere a las mujeres diáconos en el versículo 11, deben conciliar la idea de las mujeres funcionarias en la iglesia con la prohibición de Pablo a que la mujer tome autoridad sobre el hombre. De acuerdo con el Nuevo Testamento, los diáconos tienen una posición oficial de autoridad, en estrecha asociación con los obispos. Los diáconos no sólo proporcionan ayuda privada e individual a otros, algo que todos los hombres y mujeres cristianos deben hacer, sino que orientan y dirigen todo el ministerio de bienestar de la iglesia. Toman decisiones que afectan a toda la iglesia y son los administradores oficiales o los representantes de los ministerios de misericordia de la iglesia.

Puesto que ambos cargos, ancianos y diáconos, demandan del ejercicio de autoridad que se extiende sobre toda la iglesia local, se puede argumentar que ambos cargos están restringidos a los hombres. La idea de mujeres diáconos, entonces, se pone en conflicto con todo el contexto, particularmente 1 Timoteo 2:12, que afirma: "Porque no permito a la mujer..., ejercer dominio sobre el hombre...". La restricción de Pablo en cuanto a que la mujer tenga autoridad sobre el hombre en la iglesia local (1 Timoteo 2:12) hace surgir serias dudas en cuanto a que 1 Timoteo 3:11 se refiere a las mujeres diáconos.

Una respuesta es decir que las mujeres diáconos sirven solo a las mujeres y que los hombres diáconos sirven solo a hombres. Pero es pura conjetura y contrario al ejemplo de Hechos 6. En Hechos 6, siete hombres fueron nombrados para proporcionar ayuda y proteger a las viudas desamparadas de la iglesia de Jerusalén. ¿No encaja esto dentro del panorama bíblico de que el hombre maduro, en virtud de su masculinidad divinamente ordenada, esta llamado a proteger, liderar, y proveer para la mujer?⁵

(Debido al hecho de que el maltrato de la mujer por parte del hombre ha incrementado con el pasar de los años,

y debido a las distorsiones conceptuales del modelo bíblico para masculinidad y feminidad, debo ampliar la anterior afirmación. Según el propósito de Dios, el hombre debe proteger, liderar y proveer para la mujer, pero nunca de una manera superior, dominante, egoísta, o despreciativa. Los hombres deben liderar, pero de una forma responsable, sacrificio y con amor, así como Cristo líderes a la iglesia, Efesios 5:22-33).

Durante el período apostólico habían hombres diáconos en las iglesias. Sin duda, en el pasaje que estamos estudiando, las únicas personas claramente denominadas diáconos son hombres. Es obvio por el contexto, que el título oficial "diaconos" en el versículo 8, se refiere a los diáconos masculinos únicamente (versículos 8-10). Pablo se dirige a las mujeres en el versículo 11, y en versículo 12, en donde el título oficial "diaconos" aparece por segunda vez, de nuevo se dirige a los hombres. Pablo exige que los hombres sean: "maridos de una sola mujer" y que "gobiernen bien sus hijos y sus casas". Entonces ambas veces en las que aparece la palabra "diaconos" 1 Timoteo 3:8-12, se aplica sólo a los hombres.

Cuando tomamos en cuenta la evidencia para los diáconos mujeres, sin embargo, no encontramos evidencia concluyente para su existencia durante la época del Nuevo Testamento. En el siglo tercero, en un manual de procedimiento eclesiástico denominado "Enseñanza de los Apóstoles" (*Didascalia Apostolorum*) (230 D.C.) de las iglesias orientales del Imperio Romano, se encuentra la primera identificación positiva de las mujeres diáconos.⁶ Un estudio histórico altamente respetado titulado: "El Ministerio de la Mujer en la Iglesia Primitiva" (*The Ministry of Women in the Early Church*) por un erudito Católico-Romano, el francés, Roger Gryson, concluye: "Los comienzos de un diaconado femenino están efectivamente escondidos en una sombra de tinieblas, y son difíciles de percibir con exactitud".⁷

Además, aún en aquellos casos donde la institución de diaconisa existía, nunca fue considerada igual en posición a la del hombre diácono. En el estudio más profundo y extenso en cuanto al tema de las diaconisas, el historiador de la iglesia Católico-Romana, Aime George Martimort, demuestra mediante un análisis concienzudo de toda la literatura disponible, que: "...durante todo el tiempo en el cual la institución de la diaconisa fue una institución activa, tanto la disciplina como la liturgia de las iglesias insistieron en una clara distinción entre los diáconos y las diaconisas"⁸

Por consiguiente, aquellos que postulan que el versículo 11 se refiere a las mujeres diáconos, están basando su doctrina en datos poco fiables. Efectivamente, esta interpretación nos deja con muchas preguntas y problemas sin resolver. A la luz de la solidez de las siguientes dos interpretaciones, parece que ésta es la mas débil de las tres opciones.

Mujeres que ayudan a los diáconos

Una interpretación que se ajusta mejor a los hechos y preguntas que resultan del contenido de 1 Timoteo 3:11 es que Pablo se esta refiriendo a "las mujeres que ayudan a los diáconos". William Hendriksen, comentarista bíblico y uno de los principales proponentes de esta opinión escribe: "Estas mujeres son las *asistentes de los diáconos* en su ministerio de brindar ayuda al pobre y al necesitado, etc.. Estas son mujeres que prestan un servicio auxiliar, llevando a cabo ministerios para los cuales las mujeres están mejor adaptadas"⁹ De acuerdo con esta opinión, Pablo se refiere a este nuevo grupo de personas en el versículo 11 como *gynaikas* (mujeres) precisamente porque no tienen un título oficial. No son diáconos en el sentido oficial. Además, esta opinión elimina cualquier conflicto con la enseñanza de Pablo en 1 Timoteo 2:12 en cuanto a que las mujeres no deben tener autoridad sobre los hombres.

Estas mujeres no son diáconos. Sin embargo, están estrechamente asociadas con los diáconos, tanto que pueden ser tratadas dentro del contexto de diáconos. Estas mujeres tienen funciones a desarrollar o no habría necesidad de que se les mencionara aquí o que se les requiriera ciertas características. Lo que hacen estas mujeres está estrechamente relacionado con lo que hacen los diáconos. Es fácil imaginar la necesidad que tenían los diáconos de contar con mujeres ayudantes para que les colaboraran con las viudas y otras mujeres necesitadas. Es lógico pensar que estas mujeres trabajan junto a los diáconos como ayudantes.

Quienes se oponen a este punto de vista, sin embargo, insisten en que estas mujeres deben ser diáconos oficiales porque la forma conjuntiva “asimismo” introduce una nueva categoría de funcionarios autorizados parecidos a los diáconos o los obispos. Pero esto es darle demasiada importancia y significado a la palabra “asimismo”. El uso de “asimismo” presenta una categoría distinta de personas y las compara con el grupo que les precede. Esto no necesariamente implica que las mujeres sean diáconos oficiales. Podría igualmente implicar que estas mujeres ayudan a los diáconos o son esposas quienes ayudan a sus esposos diáconos. El uso de “asimismo” realmente funciona para todos los tres puntos de vista, pero militaría en contra de la opinión de las mujeres en general.

Entonces la interpretación “mujeres que ayudan a los diáconos” es completamente posible. Pero queda la pregunta de por qué aparece *gynaikas* sin ninguna palabra identificativa, tal como “mujeres asistentes” o “mujeres que ayudan”, cuando ambos obispos y diáconos se encuentran claramente identificados. A pesar de este asunto, pongo en segundo lugar esta interpretación entre las tres.

Mujeres que ayudan a sus esposos diáconos

La tercera interpretación explica el término *gynaikas* como “esposas de los diáconos”. La palabra *gynaikas* es la palabra corriente en el Griego para designar tanto a esposas como a mujeres. Entonces si Pablo quiere decir “esposas” cuando usa *gynaikas*, se le entiende perfectamente. Sabemos de inmediato que esta hablando de las “esposas”.

Esta interpretación se ajusta muy bien con la clara identificación que hace Pablo de los obispos y los diáconos, los dos grupos de funcionarios eclesiásticos mencionados anteriormente. En los versículos 2, al usa el término “obispo”. En el versículo 8 y 12 usa el término “diaconos”. En el versículo 11, entonces, identifica el grupo como “esposas”. En cada uno de los tres casos, Pablo identifica claramente a las personas a las que se refiere: obispos, diáconos y esposas.

El pronombre que hace falta

A pesar de lo simple que parece esta interpretación, todavía enfrenta la censura. Si Pablo quiere decir “esposas de los diáconos”, ¿por qué no agrega el pronombre posesivo *sus* (*autōn*) o el artículo definido (*tas*) a la palabra “mujeres”? Si hubiera escrito “sus mujeres” sabríamos, sin lugar a dudas, que quería decir esposas de los diáconos.

Aunque la ausencia del pronombre posesivo “sus” muchas veces se señala como un importante inconveniente para esta interpretación, es posible explicar su ausencia. Primero, el contexto que rodea a *gynaikas*, en los versículos 8-13, se refiere a los diáconos hombres. Encontrar el término *gynaikas* mencionado en la mitad de esta sección sobre diáconos hombres, naturalmente haría que uno pensara en las esposas de estos hombres diáconos. Si ninguna diácono femenina, o mujer, ayudara a los diáconos en la iglesia en Efeso, los lectores originales sabrían que *gynaikas* podía referirse únicamente a las esposas. Enton-

ces, el pronombre *sus* nos ayudaría, indudablemente, pero no es necesario para la forma gramatical de la oración, ni era necesario para los lectores originales de Pablo.

Además, la ausencia del pronombre *sus* junto a *gynaikas* se puede explicar estilísticamente. El versículo 11 sigue una estructura paralela o análoga a la del versículo 8. Si se mira el texto griego (o si se escucha cuando se lee en voz alta) se da uno cuenta de que el versículo 11 es casi exactamente análogo con el versículo 8. Así es como aparece en el texto griego:

Versículo 8: *diakonous hōsautōs semnous*

“diáconos asimismo honestos”

Versículo 11: *gynaikas hōsautōs semnas*

“esposas asimismo honestas”

El resto del versículo 11 también es asombrosamente parecido a los versículos 8, 9: “no calumniadoras” es análogo a: “sin doblez” en el versículo 8, “sobrias” es análogo a: “no dados a mucho vino” en el versículo 8, y “fieles en todo” es análogo a: “que guarden el misterio de la fe con limpia conciencia” en el versículo 9. Entonces el versículo 11 se conecta y tiene una estructura análoga con los requisitos de los versículos 8 y 9. Pablo, en su estilo característico energético y abreviado no ve necesidad de agregar un pronombre o un artículo. A fin de cuentas, es más fácil explicar la omisión del pronombre “sus” que explicar la razón por la que Pablo utiliza el término “mujeres” y no *tas diakonous* o “mujeres ayudantes”.

Flujo de pensamiento

La virtual repetición en el versículo 11 de los requisitos enumerados en los versículos 8 y 9 se ajusta mejor a la interpretación de que las mujeres son las esposas de los diáconos. Si Pablo se está refiriendo a los diáconos femeninos o mujeres que ayudan a los diáconos, sería lógico que diera requisitos adicionales y únicos tales como “esposa de un solo marido” o “que tenga hijos obedientes”

(Véase 1 Timoteo 5:9,10). Por el contrario, no añade nada nuevo. Si estas mujeres son esposas, nada nuevo debe añadirse. Deben ser como sus esposos (versículos 8,9). En el versículo 12, dentro del contexto de esposos diáconos se incluye una guía general en cuanto a sus vidas domésticas, que es de suma importancia para Pablo.

Esta interpretación se ajusta mejor con toda la estructura que aparece en los versículos 8 al 13. En los versículos 8 y 9 Pablo enumera cinco aspectos del carácter que requiere de los diáconos hombres, y en el versículo 12 agrega requisitos domésticos para los diáconos. Los versículos 10 y 11 forman un paréntesis en la lista de requisitos personales de carácter, aunque a la vez enumeran requisitos importantes para los diáconos: deben ser examinados y aprobados (como los obispos en los versículos 2 al 7), y sus esposas deben ser moralmente aptas (como sus esposos diáconos en los versículos 8 y 9).

De acuerdo con el versículo 10, los diáconos, como los obispos, deben ser examinados y aprobados antes de que comiencen a desempeñar su cargo. La necesidad de que sean examinados y encontrados "irreprensibles" lleva a Pablo a mencionar a las esposas, aquellas que están mas cerca de los diáconos, quienes también deben desempeñar un papel dentro del servicio del diaconado. Estas esposas deben poseer un carácter moral parecido al de sus esposos diáconos, por lo cual el proceso de un examen para los diáconos debe incluir la aptitud moral de sus esposas.

El versículo 11, entonces, tal como los versículos desde el 8 al 10 y el 12, contiene otro requisito necesario para los diáconos: sus esposas deben ser irreprensibles. El Dr. George W. Knight, III, profesor de Nuevo Testamento en el Seminario Teológico Knox y autor de "Comentario sobre 1 Timoteo" (Commentary on 1 Timothy) en las prestigiosa serie de comentarios, "Nuevo Comentario Internacional del Testamento Griego" (The New International Greek Testament Commentary) afirma este punto excepcionalmente bien:

Si son las esposas las que tiene en mente, entonces el versículo se ajusta aquí como otro requisito necesario para aquel que se convirtiera en diácono y quien llevaría a cabo su ministerio con la ayuda de su esposa. Entonces los requisitos de la esposa son parte de las condiciones para que su esposo pueda ejercer el diaconado. Y después de establecer los requisitos para la esposa del diácono, Pablo luego sigue con la fidelidad del diácono a su esposa y a sus hijos y de ese modo completa la imagen de su vida familiar (v. 12).¹⁰

Conclusión

Si aceptamos la interpretación de que las mujeres son “esposas de los diáconos”, entonces vemos que el versículo 11 no es una interrupción inoportuna en medio de la lista de requisitos para los diáconos masculinos. Mas bien, es otro requisito en cuanto a la aptitud de los diáconos para su cargo. También, el uso de Pablo del término *gynaikas* interpretado como “esposas” identifica exactamente a quienes se esta refiriendo.¹¹

La traducción más acertada de *gynaikas* en 1 Timoteo 3:11 (“sus esposas”) la dan la Nueva Versión Internacional y la Biblia al Día. Otras traducciones tales como la Reina Valera, la Dios Habla Hoy y la Biblia de las Américas, traducen el término *gynaikas* como “mujeres”, pero esa traducción es inadecuada puesto que se podría pensar que Pablo se esta refiriendo a todas las mujeres en general—exactamente lo que creemos que no esta diciendo Pablo. Entonces traducir *gynaikas* como “mujeres” podría causar confusión. Si queremos traducir *gynaikas* como “mujeres” debemos agregar una palabra o frase que modifique ese término, con el fin de evitar la mala interpretación. Una versión en Inglés (Revised English Bible) hace eso precisamente; traduce *gynaikas* como “mujeres en este cargo”, pero si Pablo usa *gynaikas* para referirse a “esposas” no necesitamos agregar ninguna otra palabra, aun-

que las versiones que traducen el término *gynaiikas* como esposas agregan el pronombre “sus” para evitar confusión.

Además, la interpretación “esposas de diáconos” evita cualquier conflicto con la enseñanza de Pablo en cuanto a que las mujeres no deben tener autoridad sobre el hombre en la iglesia (1 Timoteo 2:12). Esto afirma un diaconado masculino. Hechos 6 apoya este punto de vista. En el nombramiento de los Siete, los apóstoles permitieron que se seleccionaran únicamente a hombres. ¿No era ese el mejor momento para que los apóstoles nombraran por lo menos a unas cuantas mujeres para ocuparse de la administración de la iglesia? Pero los apóstoles no lo hicieron. ¿Cometieron un error? ¡Claro que no! Como apóstoles de Cristo que estaban guiados por el Espíritu Santo, no cometieron ningún error.

Es altamente instructivo que en el establecimiento de los Siete, los Doce exigieron que se nombraran hombres. Los Siete se constituirían en un cuerpo administrativo principal dentro de la iglesia local, supervisando sus fondos y su bienestar social. Los mismos apóstoles habían desarrollado esta tarea. Entonces, siguiendo el ejemplo de su Señor de nombrar únicamente hombres para el liderazgo oficial (como lo demuestra el mismo carácter masculino del apostolado), insistieron en nombrar hombres para esta posición.

¿Por qué las mujeres no podían supervisar las ofrendas de la iglesia para sus viudas? Posiblemente los apóstoles exigieron hombres porque sabían que, en la cultura judía de Palestina, la gente respondería mejor a los hombres en un cargo de supervisión que a las mujeres. Una razón mas probable, sin embargo, era el deseo de seguir los principios ordenados por Dios de masculinidad y femineidad (1 Corintios 11:3,7; 1 Pedro 3:1-7; 1 Timoteo 2:12-14). Podemos decir con seguridad que Dios se complace con las mujeres y los hombres que llevan a cabo obras caritativas (Lucas 8:3; Hechos 9:36). Lucas, tanto en el Evan-

gelio de Lucas como en Hechos, hace hincapié en el servicio de las mujeres.¹²

Podemos afirmar que las mujeres en las iglesias primitivas estaban involucradas en la atención al necesitado (Hechos 9:36-39), como lo deben estar las mujeres en las iglesias de hoy. Las mujeres cristianas siempre deben ayudar a otros que están en necesidad, evangelizar y servir a Cristo en otras formas. Sin embargo, en Hechos 6, los apóstoles dieron toda la supervisión y liderazgo de las obras caritativas de la iglesia de Jerusalén a hombres.

Esta decisión fue un asunto de diferencias de papel entre los hombres y las mujeres en el divino plan de Dios. Esto de ninguna manera sugiere que Jesucristo, o sus apóstoles, discriminaran en contra de la mujer. Este pensamiento es completamente desagradable. Al escoger únicamente a hombres, nuestro Señor no se estaba acomodando a las tradiciones o culturas humanas. Por la gloria de Dios, con celo y sin temor, Jesús confrontó y desafió las tradiciones más arraigadas de sus días. También afirmó que todo lo que dijo e hizo fue conforme a la voluntad de su Padre (Juan 5:30). Antes de escoger a los Doce, estuvo toda la noche orando a su Padre (Lucas 6:12,13). Sus elecciones se basaron en los principios divinos y el bienestar de todo su pueblo.

Como pueblo "moderno" posiblemente nos preguntemos qué problema existe con las mujeres diáconos, lo que muestra que no entendemos completamente que Dios se interesa profundamente por los papeles apropiados entre las mujeres y los hombres. Las diferencias de papel entre hombres y mujeres forman parte de su plan maestro para la raza humana. En el libro de Génesis, Dios revela que el hombre y la mujer fueron creados iguales en algunas formas y diferentes en otras (Véase Génesis 1:26-28; 2:7-25; 3:1-21). En el hogar cristiano y la iglesia local se deben ejemplificar los propósitos de Dios por la igualdad y las diferencias entre los sexos, para la masculinidad y feminidad bíblica. Aún en asuntos o temas que pueden pare-

cer triviales, tales como el nombramiento de las mujeres como diáconos, debemos mantener cuidadosamente el propósito sabio y creativo de Dios para los hombres y las mujeres.

Al tratar de armar este rompecabezas, podemos concluir que esta última interpretación permite que todas las fichas se ajusten mejor. Esta es la interpretación mas simple y natural. Por consiguiente, podemos concluir que Pablo se esta refiriendo a las esposas que ayudan a sus esposos diáconos. También podemos concluir de este pasaje de las Santas Escrituras inspiradas por Dios que el diaconado del Nuevo Testamento abarca solo a los hombres.

Requisitos para las esposas de los diáconos

El versículo 11 debería motivar mucho a los diáconos. Sin duda la mejor ayuda que puede tener un diácono es la de una esposa fiel. Al describir la esposa ideal las Escrituras dicen:

Alarga sus manos al pobre,

Y extiende sus manos al menesteroso.

(Proverbios 31:20)

Por lo tanto, cuando los diáconos son examinados para ocupar el cargo (versículo 10), sus esposas deben también ser incluidas en el proceso de prueba, puesto que sirven (cada una como mejor pueda) como ayudantes de sus esposos diáconos. Si la esposa de un diácono en perspectiva no esta dispuesta (o no puede) ayudar o no reúne los requisitos mencionados en el versículo 11, tal hombre no califica en ese momento para el cargo.

La gente frecuentemente se pregunta: "¿Pero por qué se mencionan las esposas de los diáconos y no las esposas de los obispos?" La respuesta reposa en la naturaleza del diaconado, que no es un cargo de enseñanza ni de gobierno como el de los ancianos. 1 Timoteo 2:12 afirma: "Por-

que no permito a la mujer enseñar, ni ejercer dominio sobre el hombre...". Los ancianos-pastores (apacentadores) enseñan y gobiernan a toda la iglesia. Sus esposas no deben ayudar en el gobierno de la iglesia.

El diaconado, por otra parte, proporciona un servicio devoto al necesitado. Las esposas pueden ayudar a sus esposos diáconos en su servicio, sin violar el papel que Dios les ha ordenado en la iglesia local. Sin duda a veces su ayuda es exigida, como en los casos que tienen que ver con el cuidado de las madres solteras, los niños, y las mujeres enfermas o ancianas. Sin embargo, las esposas no son diáconos oficiales. No poseen el cargo de diácono o cualquier otro título en especial.

¿Por qué podemos suponer que las esposas diáconos lleven a cabo el servicio diaconal? La respuesta es, no habría ninguna razón para que se enumeraran en la Biblia los requisitos para las esposas de los diáconos si ellas no jugaran un importante papel dentro del servicio diaconal. Si Pablo estuviera preocupado sólo por el comportamiento de las esposas de los diáconos, por la forma como afectaban los requisitos de los diáconos para el cargo, entonces él ya habría cubierto este tema en el versículo 12 con el requisito que habla de que los diáconos deben administrar bien sus casas. Precisamente porque las esposas de los diáconos ayudan de alguna manera, Pablo requiere que ellas cumplan ciertos requisitos que son casi idénticos a los de sus esposos.

Pablo establece cuatro requisitos para las esposas de los diáconos en el versículo 11 que son parecidos a los que se encuentran en 1 Timoteo 3:8 y 9, los cuales se aplican a los diáconos:

- honestas
- no calumniadoras
- sobrias
- fieles en todo

Estudiemos estos requisitos mas detalladamente:

Honestas: mujeres dignas de respeto

En 1 Timoteo 3:8, se requiere que los diáconos sean “honestos”, es decir, “dignos de respeto”. Ahora, en el versículo 11, sus “esposas” asimismo deben ser “honestas”. (Véase el versículo 8).

No calumniadoras: no difamadoras, mujeres que controlan su lengua y que hablan con sabiduría y con amor

El medio hermano de nuestro Señor, Santiago, nos advierte insistentemente en cuanto al poder destructivo de la lengua:

He aquí nosotros ponemos freno en la boca de los caballos para que nos obedezcan, y dirigimos así todo su cuerpo. Mirad también las naves; aunque tan grandes, y llevadas de impetuosos vientos, son gobernadas con un muy pequeño timón por donde el que las gobierna quiere. Así también la lengua es un miembro pequeño, pero se jacta de grandes cosas. He aquí, ¡cuan grande bosque enciende un pequeño fuego! Y la lengua es un fuego, un mundo de maldad. La lengua esta puesta entre nuestros miembros, y contamina todo el cuerpo, e inflama la rueda de la creación, y ella misma es inflamada por el infierno. Porque toda naturaleza de bestias, y de aves, y de serpientes, y de seres del mar, se doma y ha sido domada por la naturaleza humana; pero ningún hombre puede domar la lengua, que es un mal que no puede ser refrenado, llena de veneno mortal (Santiago 3:3-8).

La palabra griega que se traduce “calumniadoras” es la misma palabra que se usa para referirse al *diablo* (en forma singular). Aquí se usa como un adjetivo y entonces quiere decir “difamadoras” o “habladoras de maldad”. La difamación es obra de *Satanás*, que divide y lastima a las personas. Destruye iglesias.

Las calumnias crean división, odio, y recelo. Los calumniadores poseen un juicio confuso y un hablar descontrolado. Están controlados por las pasiones desenfrenadas tales como la ira, los celos, la amargura, el resentimiento, el orgullo, o el desorden mental. Tales personas muchas veces se convencen de sus propias mentiras y acusaciones, y por eso se engañan a sí mismas. Un calumniador esparce rumores falsos, indirectas o insinuaciones, críticas y mentiras en cuanto a las personas.

Nuestro Dios es un Dios de verdad, justicia, amor, paciencia, y sanidad. La ley del Antiguo Testamento prohíbe expresamente las calumnias: “No andarás chismeando entre tu pueblo...” (Levítico 19:16). Salomón escribe: “...Y el que propaga calumnia es necio” (Proverbios 10:18). Dios bendice a aquellos que hacen la paz con otros. Por lo tanto, él espera que nosotros hablemos con amor, y verdad, que curemos las heridas, y que restauremos las relaciones que se hayan quebrantado. Una persona que calumnia, sin embargo, no le interesa la justicia y la sanidad, sino sólo golpear, derribar, herir, desahogar su cólera, o entretenerse con sus malos pensamientos. Por lo tanto, una persona calumniadora no tiene lugar en el ministerio a los miembros mas necesitados de la familia de Dios.

Sobrias: poseedoras de un carácter estable, mujeres que tienen un juicio equilibrado y poseen dominio propio

Ninguna palabra en Español es completamente satisfactoria para traducir la palabra griega “sobria” (*nēfalios*). *Nēfalios* puede significar sobriedad en el uso del vino. Aquí se usa para referirse a la sobriedad mental y emocional del carácter total de una persona, su hablar y su conducta, que claro esta incluiría sobriedad en el uso del vino. Indica dominio propio, juicio equilibrado, y libertad de los excesos debilitadores. Negativamente, *nēfalios* indica una ausencia de cualquier desorden personal que deformaría el juicio y la conducta de una persona. Positivamente, la

palabra describe una persona que es estable, prudente, posee dominio propio, y es de mentalidad lógica o inteligente.

Las esposas que no poseen dominio propio y una perspectiva mental balanceada, inevitablemente perjudicarán el servicio del diácono dentro de la congregación. La falta de dominio propio hace que sea víctima fácil del diablo o de los maestros falsos. Es esencial que las esposas que trabajan en estrecha asociación con el diaconado sean mental y emocionalmente estables y que posean dominio propio. Deben ser capaces de permanecer sosegadas bajo cualquier circunstancia.

Fieles en todo: Cristianas fieles en las que se puede confiar para que lleven a cabo su deber cristiano en cualquier área de la vida

Cuando Pablo escribió este pasaje, algunas mujeres de Efeso se habían sublevado y hasta habían desertado de su fe. Unas cuantas mujeres se habían “apartado en pos de Satanás” (1 Timoteo 5:15). Por eso era importante que las esposas de los diáconos fueran “fieles en todo”.

“Fidelidad en todo” es una frase muy bella. La fidelidad es una palabra clave del vocabulario de Dios. Algunos sinónimos para “fiel” (en el sentido pasivo) son “leal”, “fidedigna”, “veraz”, o “segura”. Del término griego para “fiel” el “Diccionario Expositivo de Palabras de la Biblia” (Expository Dictionary of Bible Words) afirma que “Pistos describe una lealtad a toda prueba, que se puede demostrar en diferentes formas”.¹⁴

Cuando examinamos la Biblia, vemos que la fidelidad marcó o distinguió a todos los hombres y mujeres de Dios (Hebreos 3:5; Nehemías 7:2; 9:8; Colosenses 1:7); en la obra de Dios la fidelidad es de suma importancia (Salmos 101:6). Es la clave para medir la calidad del servicio del cristiano (1 Corintios 4:2). Puesto que Dios es absoluta-

mente fiel a sus promesas, y a su pueblo, espera que su pueblo también le sea fiel.

El mundo, sin embargo, esta caracterizado por la infidelidad. No tiene ninguna lealtad excepto la que da a sus propios deseos. Es por eso que el requisito final (y bastante general) de Dios para las esposas de los diáconos, no es la perfección o el trabajo calificado, sino es la fidelidad en todas las cosas, en todos los aspectos de la vida.

Podríamos esperar que Pablo les dijera a estas mujeres que deben ser fieles a Dios o a sus familias. Por el contrario, escribe: "...fieles en todo". Eso quiere decir que deben ser fieles en toda relación y en toda esfera de la vida: en su compromiso con Cristo y la Palabra de Dios, en sus deberes con sus familias, en su testimonio a los vecinos, y en sus responsabilidades para con la familia de Dios. Todo aspecto de sus vidas debe estar caracterizado por su fidelidad.

Una mujer que comete adulterio, o que es coqueta, no es digna de confianza. Una mujer que descuida a su familia por sus ambiciones egoístas, o menosprecia al pueblo de Dios, o camina en desobediencia a la Palabra de Dios, no es fiel. Una mujer inconstante o voluble, egoísta, que cambia de opinión o deja de cumplir sus compromisos para satisfacer sus propios caprichos no es confiable. Como escribe Salomón en Proverbios 25:19: "Como diente roto y pie descoyuntado es la confianza en el prevaricador en tiempo de angustia".

Para ayudar a sus esposos diáconos en su crucial e importante ministerio, estas mujeres tienen una importante responsabilidad que cumplir. Es por eso que debemos insistir en que ellas, así como sus esposos, deben poseer las cualidades que exige de ellas la Biblia. No seamos indiferentes a la instrucción de Dios en cuanto a las esposas de los diáconos.



Capítulo 10: Requisitos que deben cumplir las mujeres que ayudan a sus esposos diáconos

1. Para una defensa completa de la posición histórica cristiana de la autoridad del hombre y la subordinación de la mujer, véase el excelente volumen editado por John Piper y Wayne Grudem titulado: “Recuperando la Hombría y la Femenidad Bíblica” (Recovering Biblical Manhood and Womanhood) (Wheaton: Crossway Books, 1991).
2. Patrick Fairbairn, “Epmstolas Pastorales” (Pastoral Epistles) (1874; repr. Minneapolis, MN: James and Klock Publishing Company, 1976), p.150.
3. Febe fue una mujer cristiana sobresaliente (Romanos 16:1,2). Pablo se refiere a ella así: “ella ha ayudado a muchos, y a mí mismo”. Algunos comentaristas hacen la conjetura de que Febe era una colaboradora rica e influyente de la obra del Señor en Cencrea. Cualquier ayuda que ella proveyera, era una sierva distinguida de la iglesia. Con toda probabilidad, Pablo la está felicitando por el extraordinario servicio, mediante su hermosa descripción “diaconisa [sierva] de la iglesia”. Pablo y Lucas acostumbran describir a otros por su trabajo o su fidelidad, y no por sus títulos oficiales. Si Pablo esta llamando a Febe una “diaconisa de la iglesia” (en el sentido oficial), sería una excepción única a su practica acostumbrada.

El ejemplo de Febe ilustra el servicio preeminente que las mujeres cristianas proveían a la obra del Señor durante la época del Nuevo Testamento. Que las mujeres no deben ser funcionarias en la iglesia, no quiere decir que no puedan servir a la iglesia del Señor. Toda mujer cristiana debe servir al cuerpo de Cristo de todo corazón. No olvidemos que el servicio a otros, en hu-

mildad y con sacrificio, y no la posición, es la señal suprema de la grandeza a ojos de Dios (Marcos 9:33-37; 10:35-45).

Algunos eruditos creen que existe una referencia a las mujeres diáconos en la carta de Plinio al Emperador Trajano que tiene una fecha aproximada de 112 D.C. Buscando información mas exacta en cuanto a los cristianos, Plinio el Joven, gobernador de Bitinia, le dice al emperador Trajano que él torturó a dos mujeres cristianas que eran denominadas *ministrae* (Latín para “siervas”). En una sección de la carta en la que reporta las confesiones de las personas que una vez profesaron el cristianismo pero luego se arrepintieron, Plinio escribe:

Juzgué que era muy necesario extraer la verdad real, con la ayuda de la tortura, de dos mujeres esclavas [ancillae, “criadas”], que eran nombradas diaconisas [ministrae, “siervas”]: pero no pude descubrir mas que superstición depravada y excesiva (Plinio, 2 vols., trans., W. Melmoth Trajan, The Loeb Classical Library [Cambridge: Harvard University Press, 1961], 2:405).

El problema con la referencia a *ministrae* (siervas) es la misma ambigüedad que existe en Romanos 16:1. Los traductores han traducido el término latín *ministrae* como “diaconisas”, pero “siervas” es una traducción igualmente valida. No hay manera de saber si estas mujeres eran diáconos oficiales o no.

4. Estoy en deuda con Gordon H. Clark por esta idea. Véase Gordon H. Clark, “Las Epístolas Pastorales” (The Pastoral Epistles) (Jefferson, MD: The Trinity Foundation, 1983), p.61.
5. Para obtener una descripción destacada en cuanto a la masculinidad y la feminidad bíblica el libro de John Piper, “Una Visión de la Forma como se Complementan: Masculinidad y Femenidad Definidas de Acuerdo con la Biblia” (A Vision of Biblical Complementarity: Manhood and Womanhood Defined According to the Bible) en “Recuperando la Masculinidad y la Femi-

dad de la Biblia” (Recovering Biblical Manhood and Womanhood), pp. 31-59.

6. Es notable el hecho de que las diaconisas no sean mencionadas en las cartas de Ignacio (115 D.C.), aunque él estaba casi obsesionado con el tema de los cargos oficiales. Tampoco aparecen las diaconisas en la carta de Policarpo a Filipo o en los escritos de Tertuliano (Norte de Africa). En el reconocido manual de orden eclesiástico “Tradición Apostólica” (Apostolic Tradition) (220 D.C.), que fue escrito desde Roma por Hipólito, todas las diferentes categorías de ministerios de la iglesia en Roma están enumeradas. Hipólito habla de obispos, sacerdotes, diáconos, subdiáconos, confesores, viudas, lectores, vírgenes, sanadores, pero no de diaconisas.

La primera información clara sobre las mujeres diáconos se encuentra en la “Enseñanza de los Apóstoles” (Didascalia Apostolorum). La Didascalia es un manual de orden eclesiástico, escrito alrededor del año 230 D.C. y compuesto en el norte de Siria por un obispo desconocido. Este entonces, representa el cristianismo oriental.

La Didascalia enseña que las mujeres diáconos deben visitar a las mujeres cristianas que se encuentren enfermas, pero que viven en hogares paganos a donde los hombres cristianos no pueden ir. También deben ayudar al obispo en el bautismo de las mujeres ungiendo a las candidatas con aceite antes del bautismo. Después del bautismo, deben instruir a las recién bautizadas en cuanto a la vida santa. El diácono femenino, sin embargo, no debe bautizar como lo hacen el obispo, los presbíteros o los diáconos hombres: “...sin importar si tú [obispo] bautizas, o más bien ordenas a los diáconos o presbíteros bautizar, que las mujeres diáconos, tal como lo hemos dicho, unjan a las mujeres. Pero con la condición de que un hombre pronuncie sobre ellas la invocación de los Nombres divinos en el agua” (Didascalia Apostolorum, trad. R. Hugh Connolly [Oxford: Clarendon Press, 1929], pp. 145,146.

En cuanto a las diferencias entre diáconos y diaconisas en la Didascalia, Aime Georges Martimort concluye:

Los papeles no eran entonces exactamente paralelos. Las diaconisas no tomaban parte en la liturgia. Sin duda, su parte en el rito del bautismo mismo estaba muy restringida; simplemente terminaban el ungimiento comenzado por el celebrante. Tampoco pronunciaba la invocación o “epiclesis”. No podían de ninguna manera ser consideradas al mismo nivel de los diáconos: eran sus auxiliares. En “Diaconisas: Un Estudio Histórico” (Deaconesses: An Historical Study [San Francisco: Ignatius Press, 1986], p.43.).

El libro mas grande de orden eclesial es el denominado: “Constituciones Apostólicas” (Apostolic Constitutions), que data del 380 D.C.. El autor parece ser un cristiano oriental arriano. Las “Constituciones Apostólicas” proporcionan bastante información en cuanto a las diaconisas. (Las siguientes referencias son tomadas de “Constituciones Apostólicas” [también conocido como “Constituciones de los Santos Apóstoles” (Constitutions of the Holy Apostles)] en el volumen 7 de “Los Padres pre-Nicenos”).

La diaconisa distribuye ayuda para el pobre y las viudas (7:430). Vigila la puerta por la que las mujeres entran a la iglesia y supervisa su comportamiento durante el tiempo de adoración (7:421). Ella es la conexión entre las mujeres de la iglesia y el clero. En términos generales, es responsable de cuidar a las mujeres de la iglesia: “Y que la diaconisa sea diligente en cuidar de las mujeres” (7:432). De acuerdo con las “Constituciones”, la diaconisa era ordenada y era un miembro del clero mas bajo (7:492). Ella también debía ser “una virgen pura, o, por lo menos, una viuda que no hubiera estado casada sino una vez, fiel y de buena estima” (7:457).

Aunque existen estrechos paralelos entre el diácono y la diaconisa en las “Constituciones Apostólicas”

(Apostolic Constitutions), el oficio de diaconisa no es idéntico al del diácono masculino. En la oración de ordenación de la diaconisa, oración que pronuncia el obispo, nada se dice de un oficio mas alto, pero para el diácono se afirma: “Tú le des valor para cumplir aceptablemente la ministración de un diácono para que así el pueda lograr un grado mas alto...” (7:492). Las “Constituciones Apostólicas” afirman puntualmente:

Pero no es lícito para integrantes de otras órdenes desempeñar el trabajo de diácono. Una diaconisa no bendice, no desempeña nada que tenga que ver con el cargo de presbíteros o diáconos, sino sólo debe vigilar la entrada, y ministrar a los presbíteros en el bautismo de mujeres, por motivo del decoro. Un diácono separa [escoge o dedica] a un subdiácono, un lector, un cantor, y una diaconisa, si hay oportunidad, en la ausencia de un presbítero. No es lícito que un subdiácono separe a ninguno que sea del clero o laicado; ni tampoco lo debe hacer un lector o un cantor, ni una diaconisa, porque ellos son los ministros de los diáconos (7:494).

7. Roger Gryson, “El Ministerio de las Mujeres en la Iglesia Primitiva” (*The Ministry of Women in the Early Church*), trad. Jean Laporte y Mary Louise Hall (Collegeville, MN: The Liturgical Press, 1976), p.15.
8. Aime George Martimort, “Diaconisas: Un Estudio Histórico” (*Deaconesses: An Historical Study*), trad. K.D. Whitehead (San Francisco: Ignatius Press, 1982), p.247.

En su juicioso trabajo, “El Cargo de la Mujer en la Iglesia” (*The Office of Woman in the Church*), Fritz Zerbst, un teólogo luterano alemán, comenta: “Aún en su mas alto desarrollo, el cargo de diaconisa nunca logró mas que el ereco de prestar servicios modestos de auxiliar en los bautismos y para instruir a las mujeres candidatas para el bautismo” (*The Office of Woman*

- in the Church [St. Louis: Concordia Publishing House, 1955]p.91).
9. William Hendriksen, "Exposicisn de las Epístolas Pastorales" (Exposition of the Pastoral Epistles), Comentario del Nuevo Testamento, New Testament Commentary (Grand Rapids: Baker Book House, 1957), p.133.
 10. George W. Knight, III, "Comentario sobre 1 Timoteo" (Commentary on 1 Timothy), Nüevo Comentario Internacional del Testamento Griego, New International Greek Testament Commentary (Grand Rapids: William B. Eerdmans Publishing Company, 1992), p.172.
 11. Unos comentaristas muy conocidos creen que estas son las esposas tanto de los obispos como de los diáconos. Eso es poco probable porque las palabras en el versículo 11: "las mujeres asimismo sean honestas" forman un paralelo exacto con lo que se dice sobre los diáconos en el versículo 8: "Los diáconos asimismo deben ser honestos". También los requisitos para las esposas casi son análogos a los de los diáconos (versículos 8,9). Finalmente, la posición de esta instrucción en cuanto a las esposas, acuñada en medio de la instrucción sobre los diáconos, convence a la mayoría de los intérpretes de que si la alusión es a "esposas", es una referencia a, entonces son las esposas de los diáconos, con quienes ellos trabajan en pareja.
 12. Lucas 1:25,30,36-38,41-55,60; 2:19,34,35,51; 7:36-50; 8:3,48; 10:38-42; 13:12-16; 18:3-6; 21:2; 23:27,55,56; 24:1-11, 22,23; Hechos 1:14; 2:17,18; 8:12; 16:14,15,40.
 13. La palabra griega *nēfalios* quiere decir "sin vino" o "sobriedad en el uso del vino". Algunos intérpretes creen que la palabra debería entenderse aquí en su sentido literal, pero eso es dudoso. En 1 Timoteo 3:2 Pablo usa *niphaios* como un requisito para los obispos. Luego en el versículo 3 escribe que los obispos no deben ser "dados al vino". Pablo no esta advirtiendo a los obispos dos veces en cuanto al uso del vino. Por el

contrario, esta usando la palabra “sobrio” tanto en el versículo 2 como en el versículo 11, en forma figurativa para referirse a la sobriedad mental y emocional.

14. Lawrence O. Richards, “Diccionario Expositivo de Palabras Bíblicas” (Expository Dictionary of Biblical Words) (Grand Rapids: Zondervan Publishing House, 1985), p.260.

Capítulo 11

Requisitos familiares del diácono

Los diáconos sean maridos de una sola mujer, y que gobiernen bien sus hijos y sus casas.

1 Timoteo 3:12

Pablo no finalizó su discurso en cuanto a los diáconos con el listado de requisitos para sus esposas. Mediante la frase: “Los diáconos sean...”, Pablo alerta a sus lectores de que en esos momentos está resumiendo la lista de requisitos personales para los diáconos; luego menciona dos requisitos finales que se relacionan con la vida familiar del diácono. Para Dios es de extrema importancia la vida matrimonial y familiar de los diáconos. Sin duda, los temas o aspectos que tienen que ver con el núcleo familiar son asunto de vida o muerte para la iglesia local.

La necesidad de que haya pureza matrimonial y requisitos familiares que debe cumplir el diácono

En los primeros libros de la Biblia, Dios advirtió a su pueblo en contra de las prácticas sexuales corruptas y degradantes de las naciones paganas vecinas. El ordenó a su

pueblo que estuvieran separados de estas naciones y que vivieran de acuerdo con la fidelidad matrimonial y la pureza sexual. Este también es un principio de primer orden para la iglesia local que no se puede violar sin llegar a consecuencias funestas, como lo demuestra ampliamente el Antiguo Testamento.

Sabiendo esto, Satanás emplea todo su arsenal de recursos de seducción para adulterar los matrimonios del pueblo de Dios. En Génesis 6, aprendemos que cuando la familia piadosa de Set (Génesis 5) se unió en matrimonio con la descendencia impía de Caín, las generaciones que le siguieron produjeron por su comportamiento vil tales estragos en la tierra, que Dios tuvo que destruirlos por medio de un diluvio.¹ Moisés registra:

Aconteció que cuando comenzaron los hombres a multiplicarse sobre la faz de la tierra, y les nacieron hijas, que viendo los hijos de Dios [el pueblo de Dios] *que las hijas de los hombres [pueblo impío] eran hermosas*, tomaron para sí mujeres, escogiendo entre todas...y vio Jehová que la maldad de los hombres era mucha en la tierra, y que todo designio de los pensamientos del corazón de ellos era de continuo solamente el mal (Génesis 6:1,2,5; *itálicas agregadas*).

En el libro de Levítico, Moisés da una lista detallada de todos los pecados sexuales de las naciones impías que eran vecinas a la nación de Israel (Levítico 18:1-23). Los hijos de Dios, advierte Moisés, nunca deben practicar tales pecados, o de lo contrario también serán destruidos:

“En ninguna de estas cosas os amancillaréis; pues en todas estas cosas [las prácticas sexuales depravadas de los impíos] se han corrompido las naciones que yo echo de delante de vosotros... Guardad, pues, mi ordenanza, no haciendo las costumbres abominables que practicaron antes de vosotros, y no os

contaminéis en ellas. Yo Jehová vuestro Dios” (Levítico 18:24,30).

Como el adivino malvado, Balaam, no pudo hacerle el favor al Rey Balac de maldecir a Israel, instruyó a Balac en cuanto a la forma de destruir al pueblo de Dios. El secreto de Balaam consistía en practicar el culto depravado a la fertilidad, rito moabita lleno de inmoralidad sexual, y así corromper al pueblo de Dios (Números 25:1-9; 31:16). El astuto plan de Balaam funcionó y todavía funciona hoy (1 Corintios 10:8-11; Apocalipsis 2:14). La versión Dios Habla Hoy dice así:

Cuando los israelitas se establecieron en Sitim, sus hombres empezaron a corromperse con las mujeres moabitas, las cuales los invitaban a los sacrificios que ofrecían a sus dioses. Los israelitas tomaban parte en esas comidas y adoraban a los dioses de las moabitas, y así se dejaron arrastrar al culto de Baal-peor. Entonces el Señor se enfureció contra Israel... (Números 25:1-3)

Satanás más tarde hizo añicos a la nación de Israel mediante la lujuria de Salomón por muchas mujeres. Las Escrituras nos dicen: “Pero el rey Salomón amó, además de la hija de Faraón, a muchas mujeres extranjeras... Y cuando Salomón era ya viejo, sus mujeres inclinaron su corazón tras dioses ajenos” (1 Reyes 11:1a, 4a). Como resultado del pecado de Salomón, el pueblo de Dios se dividió en dos reinos rivales. El viejo plan de Balaam funcionó otra vez. (Para conocer otro ejemplo de los líderes israelitas que contaminaron al pueblo de Dios mediante la corrupción matrimonial léase también Esdras 9:1-4).

Dolorosamente, la mayoría de denominaciones cristianas no han aprendido absolutamente nada del Antiguo Testamento en cuanto a los seguros peligros que existen en la fraternización con normas seculares y paganas de conducta sexual, de lealtad matrimonial y de estructura familiar. En casi todas las principales denominaciones cris-

tianas: luterana, metodista, presbiteriana, episcopal, y discípulos de Cristo, las leyes de Dios en cuanto al matrimonio, el divorcio, la sexualidad, y las diferencias entre hombres y mujeres se están descartando y se están reemplazando por prácticas humanas corruptas. El adulterio y otros pecados sexuales entre los líderes religiosos se encuentran a niveles bastante alarmantes. En algunas denominaciones, el divorcio y las segundas nupcias entre el clero ya casi no son motivo de controversia. Incluso algunas denominaciones cristianas importantes han comenzado a nombrar homosexuales practicantes como pastores, y unas cuantas tienen pastoras lesbianas.

Cuando Juan el Bautista condenó el matrimonio ilegal de Herodes Antipas y Herodías, literalmente perdió su cabeza (Mateo 14:4-12). Probablemente Juan perdería su cabeza en muchas iglesias de hoy en día, si hablara contra los divorcios ilegítimos del clero y las segundas nupcias. ¿Qué hubiera dicho Juan en cuanto al divorcio popular que las iglesias consideran correcto, o qué hubiera dicho de la casi completa ausencia de ímpetu moral entre los líderes religiosos cuando hay que disciplinar el escandaloso comportamiento moral y sexual de muchos cristianos que profesan la fe y que asisten a la iglesia?

La necesidad de que hayan líderes ejemplares en la iglesia

Debemos entender que la iglesia local no es un club campestre o un grupo casual de auto ayuda. Es el templo santo de Dios, una congregación de santos redimidos y sacerdotes que están consagrados a Dios. La iglesia es la luz de Dios en un mundo oscuro. Es la "columna y baluarte de la verdad". Las escrituras ordenan: "Pero fornicación y toda inmundicia, o avaricia, *ni aun se nombre entre vosotros, como conviene a santos*" (Efesios 5:3; itálicas agregadas). En el trabajo clásico: "Estudios sobre el Sermón del Monte" (*Studies in the Sermon on the Mount*), Martyn Lloyd-Jones escribe:

Lo asombroso del evangelio es que cuando la iglesia es absolutamente diferente del mundo, invariablemente lo atrae. Es entonces cuando el mundo está preparado para escuchar su mensaje, aunque pueda que lo odie al comienzo. Así es como viene el avivamiento. Esto también se debe aplicar a nosotros como personas. No debemos buscar parecernos a los demás sino más bien ser lo más diferentes posible de todos los que no son cristianos. Nuestra ambición debe ser seguir el ejemplo de Cristo, entre más parecidos a él mejor, y entre más seamos como él, menos nos pareceremos a otros que no son cristianos.²

Estoy absolutamente convencido que un matrimonio piadoso en el cual se vive de acuerdo con las leyes de Dios es la forma de recibir bendición incalculable y es la mejor protección en contra de las influencias corruptoras de este mundo pecaminoso. Es sin duda la mejor protección y esperanza para nuestros hijos y nuestras iglesias. Pero una familia no puede sostenerse sola en un ambiente moralmente degradado y hostil. Por eso Dios, en su perfecta sabiduría, nos ha dado una comunidad de familias –la iglesia local– para que nos ayuden a mantenernos puros de la corrupción cultural. La iglesia local está perfectamente diseñada para proteger, ayudar, y enseñar a cada familia cristiana.

Por eso, las familias cristianas necesitan que la iglesia local les provea de una enseñanza bíblica sólida; que se les muestre el diseño maravilloso de Dios para el hogar cristiano. Necesitan ver buenos modelos de paternidad y maternidad y estar bajo la autoridad disciplinaria de la iglesia (Véase Mateo 18:17-20; I Corintios 5; 2 Tesalonicenses 3:6-15; y Tito 3:10).

Una iglesia local viva, que está funcionando adecuadamente, puede ayudar a muchas familias, quizá hasta cientos de familias. Es imprescindible que los apacentadores y diáconos emuestren con sus vidas el diseño de Dios para el hogar cristiano y proporcionen una enseñanza só-

lida sobre la vida familiar cristiana. Esta es una razón por la que Dios exige que sus hogares y sus matrimonios estén en orden.

Un paso crucial en la estrategia de Satanás para destruir al pueblo de Dios es destruir los matrimonios y las familias de aquellos que lideran la iglesia. Si él profana a los pastores, las ovejas seguirán sus caminos de pecado o se dispersarán. Para proteger a la iglesia local, Dios ha colocado requisitos matrimoniales y familiares para los ancianos y los diáconos. Por eso, la iglesia debe insistir en que sus líderes reúnan estas características antes de ejercer su cargo y mientras lo ejercen. Si no es así, la iglesia local será atrapada por la arena movediza que constituyen los valores matrimoniales y familiares del mundo.

En el matrimonio, la crianza de los niños y la administración general del hogar, los diáconos (y los ancianos) deben reflejar el propósito de Dios para el matrimonio caracterizado por la fidelidad y la monogamia, en un ambiente de hogar lleno de amor y disciplina. En estas áreas fundamentales de la vida cristiana los diáconos deben ser irreprochables. Deben ser “maridos de una sola mujer” y deben gobernar “bien sus hijos y sus casas”. Estudiemos estos requisitos esenciales de manera más profunda.

**Maridos de una sola mujer: fiel y
leal a una mujer; un hombre cuya vida
matrimonial ejemplifica el plan de Dios por
lograr una unión caracterizada por la
fidelidad y la monogamia fiel**

La frase: “maridos de una sola mujer” y su frase relacionada o análoga: “esposa de un solo marido” ocurre cuatro veces en el Nuevo Testamento en el contexto de requisitos ya sea para los obispos, los diáconos o las viudas. Esta frase aparentemente expresa una relación matrimonial cristiana ejemplar, una relación de esposo y esposa que es intachable. Estas son las cuatro veces en que aparecen:

- “Pero es necesario que el obispo sea irreprochable, marido de una sola mujer, sobrio, prudente, decoroso, hospedador, apto para enseñar...” (1 Timoteo 3:2).
- “Los diáconos sean maridos de una sola mujer, y que gobiernen bien sus hijos y sus casas” (1 Timoteo 3:12).
- “Sea puesta en la lista solo la viuda no menor de sesenta años, que haya sido esposa de un solo marido” (1 Timoteo 5:9).
- “...el que fuere irreprochable, marido de una sola mujer, y tenga hijos creyentes que no estén acusados de disolución ni de rebeldía” (Tito 1:6).

La frase: “maridos de una sola mujer” está compuesta por tres palabras en el griego: *mias gynaikos andres*:

mias, una
gynaikos, esposa/mujer
andres, esposos/hombres

Las palabras “una mujer” están colocadas en primer lugar en una posición enfática para reforzar la idea de “una mujer”. Estas palabras modifican al sustantivo “esposos”. Podemos traducir esta frase de tres palabras en las siguientes formas: “maridos de una esposa”, “hombres de una esposa”, “hombres de una mujer”, o “esposo de una esposa”. (La palabra “sola” la añaden los traductores de algunas traducciones). Sin embargo, existe un gran desacuerdo sobre la forma en que se debe interpretar la frase: “maridos de una sola mujer”. Se han propuesto las siguientes interpretaciones:

Los diáconos deben estar casados

Muchas personas afirman que los diáconos (y los obispos) deben estar casados porque las Escrituras dicen que deben ser “maridos de una sola mujer”. Si Pablo exige que ellos estén casados, sin embargo, de plano contradice lo que enseña en 1 Corintios 7 en cuanto a las ventajas de la

soltería al servir al Señor. El motiva enérgicamente la soltería para lograr un servicio al Señor que sea más efectivo e íntegro (1 Corintios 7:32-35). Entonces si los diáconos deben estar casados, uno debe preguntarse si esta instrucción en cuanto a la soltería es sólo para otros, y no para los apacentadores y los diáconos. Si no es así, Pablo hubiera modificado o explicado en detalle sus afirmaciones en cuanto a la ventaja de la soltería puesto que la soltería descalificaría a un obispo o diácono aspirante. Pablo, sin embargo no escribió: “Los diáconos deben ser hombres que tengan esposas”. El dice que deben ser *hombres de una mujer*, que es algo completamente diferente. La soltería no desautoriza a ningún diácono para ejercer el cargo.

A veces se hace algo parecido con el requisito de que los diáconos: “gobiernen bien sus hijos y sus casas (3:12b)”. Pablo no exige a un diácono que sea padre de dos o más niños. He hablado con hombres quienes no creen que puedan servir como diáconos o apacentadores porque solo tienen un hijo. Dicen que el requisito exige “hijos”. Pero debemos preguntarnos: “¿De qué otra forma podría haberse expresado Pablo?” El no usaría “hijo” porque entonces la gente pensaría que sólo se les permitiría a los diáconos y a los ancianos tener un solo hijo. No debemos sacar conclusiones absurdas de las palabras de Pablo.

El hecho es que, la mayoría de hombres son casados y tienen hijos. Las Escrituras exigen que estos hombres tengan en orden sus hogares, y que su relación matrimonial ejemplifique lo que debe ser un matrimonio cristiano. Obviamente estos requisitos no se aplican a los diáconos que sean solteros.

Los diáconos no deben ser polígamos

Varios comentaristas bíblicos creen que la frase: “maridos de una sola mujer” quiere decir: “casados con una esposa”. Entonces llegan a la conclusión de que la intención de Pablo era prohibir la poligamia –tener dos o más esposas a la vez–.

Al principio ésta pareciera una buena explicación a la frase, pero su análoga: “esposa de un solo marido”, hace que esta sea una interpretación casi imposible. En 1 Timoteo 5:9, una viuda que deba calificar para la lista de viudas, debe ser “esposa de un solo marido”. Sin duda Pablo no estaba pensando en aquellas mujeres que tenían dos o más esposos a la vez, lo que se denomina poliandría. La poliandría no era en definitiva un problema de la iglesia. Tal práctica era aborrecible tanto para los judíos como para los romanos. Por esta razón es muy improbable que la frase: “maridos de una sola mujer” se refiriera en principio a la poligamia.

Los diáconos deben haberse casado sólo una vez

Algunos notables eruditos y comentaristas bíblicos creen que esta frase significa: “casado únicamente una vez” y que ningún diácono puede contraer segundas nupcias. Pablo, creen ellos, prohíbe las segundas nupcias por alguna razón, aún después de la muerte de la esposa. Por lo tanto y de acuerdo con esta interpretación, un viudo que haya contraído matrimonio por segunda vez no calificaría para desempeñarse como diácono. Si la esposa de un diácono fallece, no puede volverse a casar y seguir siendo diácono.

Esta interpretación, sin embargo, va claramente en contra del resto de la enseñanza de la biblia sobre la santidad del matrimonio.³ “En ninguna otra parte del Nuevo Testamento”, escribe J.E. Huther en “Manual Crítico y Exegético de Meyer para el Nuevo Testamento” (*Meyer’s Critical and Exegetical Handbook to the New Testament*) “existe la menor sugerencia o mención de cualquier mandato contra las segundas nupcias”.⁴

La frase: “maridos de una sola mujer” no indica, por si misma, si cada esposo debe tener una esposa durante toda la vida o una sola esposa a la vez. Esta frase, por lo tanto, debe ser interpretada en el contexto más amplio de toda la enseñanza de Pablo en cuanto al matrimonio y

nunca se debe adoptar una interpretación que contradiga la enseñanza clara y general de Dios en cuanto al matrimonio. Es muy cuestionable que esta frase se haya escrito para inhabilitar a los viudos que se han vuelto a casar. Por lo tanto, un viudo que se ha vuelto a casar todavía puede calificar para ser llamado: “hombre de una sola esposa”.

Algunos comentaristas, sin embargo, aplican esta frase únicamente a las segundas nupcias después de un divorcio, no de la muerte de la esposa. Entre los judíos, romanos y griegos era fácil el divorcio y las segundas nupcias. En caso del matrimonio después del divorcio, a diferencia de la muerte de una esposa, dos o tres mujeres (que seguían con vida) hubieran estado casadas con el mismo hombre. Algunos han denominado esto *poligamia sucesiva*. Ellos creen que Pablo prohíbe que un divorciado que se haya vuelto a casar ocupe el cargo porque su ex-esposa (o ex-esposas) crean situaciones potencialmente ofensivas, embarazosas o vulnerables tanto para el diácono como para la congregación. Pero si Pablo deseaba prohibir específicamente que los hombres divorciados y que habían contraído segundas nupcias ocuparan el cargo, ¿por qué no lo expresó de esa forma?

Los diáconos deben ser fieles y leales a una mujer

Una interpretación final, y la que apoyamos aquí, es que la frase: “marido de una sola mujer” quiere decir que se prohíbe toda desviación del ideal de un matrimonio caracterizado por la fidelidad y la monogamia. Esto impediría que los diáconos practicaran la poligamia, los segundos matrimonios ilícitos, el concubinato, la homosexualidad, y/o cualquier relación cuestionable con el sexo opuesto. En términos modernos diríamos: “El diácono debe ser fiel a una mujer” o “debe ser hombre de una sola mujer” que como se puede observar, sigue estrechamente la fraseología griega.

Un hombre puede estar, hablando técnicamente, casado con una mujer pero tener una novia, o ser un “don

Juan” con otras mujeres o hasta tener una amante –una práctica común entre los falsos maestros. Por eso es dudoso que Pablo tuviera en mente únicamente el requisito legal del matrimonio con una esposa a la vez; lo más probable es que también se refería al designio total del matrimonio monógamo.

Nuestro Señor y Maestro, Jesucristo, explicó de la siguiente manera el propósito de Dios para el matrimonio:

“¿No habéis leído que el que los hizo al principio, varón y hembra los hizo, y dijo: ‘Por esto el hombre dejará padre y madre, y se unirá a su mujer y los dos serán una sola carne?’”

“Así que no son ya más dos, sino una sola carne; por tanto, lo que Dios juntó, no lo separe el hombre”. (Mateo 19:4b-6; *itálicas agregadas*).

¿Qué clase de relación tiene el candidato al cargo de diácono en la iglesia local con su esposa u otras mujeres? Las Escrituras responden que el candidato debe ser un esposo “de una esposa” u hombre “de una mujer”. Un “hombre de una mujer” tiene una relación exclusiva con una mujer y es recto en su vida sexual y matrimonial. Ejemplifica el matrimonio fiel y monógamo.

La frase: “maridos de una sola mujer” naturalmente hace surgir preguntas difíciles que la misma frase no responde. Por ejemplo, ¿qué pasa en cuanto a los pecados sexuales y maritales cometidos antes de que una persona se haya convertido a Cristo? ¿Qué sucede con las personas que se han divorciado legalmente y se han vuelto a casar (suponiendo que la iglesia local permite tal cosa)? ¿Cómo se maneja el perdón y la restauración de un líder espiritual caído? Estas y muchas otras preguntas más deben responderse con base en la enseñanza total de las Escrituras en cuanto al divorcio y las segundas nupcias, el perdón, la gracia, la restauración, y la enseñanza sobre el ejemplo que deben dar los líderes y los requisitos para ejercer el liderazgo.

Todas las desviaciones de la norma de Dios para el matrimonio nos confunden y nos dejan perplejos. Nos obligan a hacer preguntas controversiales y difíciles. El pecado siempre confunde, falsea, y divide, por eso siempre habrán diversas opiniones en cuanto a preguntas como estas. Sin embargo, no por ser difícil de hacerlo, puede la iglesia local evadir su responsabilidad para hacerle frente a estos temas; por el contrario, debe tomar decisiones sabias y basadas firmemente en la Biblia. En todas estas situaciones lastimosas, el honor del nombre de Jesús, la fidelidad a su Palabra, y la oración son las guías supremas.

Que gobiernen bien sus hijos y sus casas

El énfasis en el texto está en la palabra: “bien”. En Griego, es el adverbio “bien”, “adecuadamente”, o “excellentemente”. Entendemos, pues, que un candidato para el diaconado debe supervisar “bien” a su familia. Esto significa que debe ser un padre cristiano responsable y buen administrador del hogar. Debe proveer para su familia, financiera, emocional y espiritualmente. Su hogar no debe estar al borde del colapso.

El requisito de que su hogar debe ser ordenado equivale a decir que los hijos de los diáconos (no se indica la edad) deben obedecer y estar sometidos a su liderazgo en el hogar. (Véase 1 Timoteo 3:4). Aún así no debe ser un tirano que se gana la sumisión mediante el castigo violento. La Biblia ordena que el padre discipline e instruya a sus hijos, no que los provoque o los exaspere. Pablo escribe: “Y vosotros, padres, no provoquéis a ira a vuestros hijos, sino criadlos en disciplina y amonestación del Señor” (Efesios 6:4).

El salmista dice: “He aquí, herencia de Jehová son los hijos” (Salmos 127:3a). Perder esta herencia rica y eterna es una pérdida incalculable. Elton Trueblood, teó-

logo y filósofo cuáquero y reformador de la iglesia, coloca este tema bajo la perspectiva correcta:

No importa qué tan preocupado esté el hombre con su trabajo en el mundo, éste no debe permitir que ocupe el espacio que le corresponde a su familia. Esto se debe a que tenemos una mayor inversión en nuestras familias que en nuestros empleos. Podemos cambiar socios de negocios... podemos renunciar a un mal trabajo...pero no podemos cambiar a los *hijos*. Si perdemos la lucha en nuestros intereses ocupacionales, podemos intentarlo otra vez, pero si perdemos nuestros hijos, nuestra pérdida es terrible y espantosamente *definitiva*.⁵

El padre tampoco debe ser pasivo y desinteresado en sus hijos, la clase de hombre que deja los niños a cargo de su esposa. El debe orientarlos activamente y cuidarlos a ellos como a todo su hogar. Como las Escrituras dicen: "...el muchacho consentido avergonzará a su madre" (Proverbios 29:15b; Dios Habla Hoy).

Los hijos requieren de constante capacitación, disciplina, y mucho amor y afirmación. Un padre cristiano nunca debe ser pasivo en cuanto a la preparación de sus hijos (Proverbios 3:12; 23:13,14; 29:17). Si es diligente, sus hijos se beneficiarán grandemente y también él. Salomón dice: "El hijo sabio alegra al padre" (Proverbios 10:1a).

Las Escrituras registran el ejemplo de Job, un gran padre que debería ser inspiración para todos los hombres que desean servir a la familia de Dios:

"Y acontecía que habiendo pasado en turno los días del convite, Job enviaba y los santificaba, y se levantaba de mañana y ofrecía holocaustos conforme al número de todos ellos. Porque decía Job: Quizá habrán pecado mis hijos, y habrán blasfemado contra Dios en sus corazones. De esta manera hacía todos los días" (Job 1:5).

Job actuó como un sacerdote intercediendo por sus hijos. Oró por ellos continuamente, y podemos estar seguros de que les enseñó los caminos de Dios.

Es importante darnos cuenta de que en este mundo no hay hijos que estén completamente libres de problemas o que sean perfectos. Aún los mejores padres y madres cristianas tienen hijos problemáticos, pero estos padres resuelven los problemas y están involucrados con sus hijos en formas responsables y esmeradas. Orientan a sus hijos en medio de todas las tormentas de la vida. Tales padres, que manejan bien a sus hijos, reúnen un importante requisito para el diaconado.

La razón para este último requisito es obvia. La aptitud de un hombre para manejar la iglesia de Dios está directamente relacionada con su aptitud para administrar su hogar. Si no puede esmerarse por su familia en forma adecuada, no lo puede hacer por la familia de Dios. En la familia de Dios, la aptitud de un hombre para manejar su familia es una prueba crucial para saber si está o no calificado para ser diácono.



Capítulo 11: Requisitos familiares del diácono

1. Muchos eruditos bíblicos creen que “hijos de Dios” se refiere a ángeles caídos (Job 1:6; 2:1; Daniel 3:25; 1 Pedro 3:19,20; Judas 6), y no a los hijos de Set. Se reconoce que éste es un pasaje difícil, pero yo favorezco la opinión de que los “hijos de Dios” se refiere a la descendencia piadosa de Set (Génesis 4:26; 5:3ss.; Deuteronomio 14:1). Véase el libro de H.C. Leupold, “Exposición de Génesis” (*Exposition of Genesis*), 2 vols. (Grand Rapids: Baker Book House, 1942), 1:249-254. John Murray, “Principios de la Conducta” (*Principles of Conduct*) (Grand Rapids: William B. Eerdmans Publishing Company, 1957), pp. 243-249.

Para obtener un tratamiento excelente de 1 Pedro 3:19,20, véase el libro de Wayne Grudem, “1 Pedro” (*1 Peter*), Comentarios Tyndale al Nuevo Testamento, New Testament Commentaries (Grand Rapids: William B. Eerdmans Publishing Company, 1990), pp.203-239.

2. D. Martyn Lloyd-Jones, “Estudios sobre el Sermón del Monte” (*Studies in the Sermon on the Mount*) 2 vols. (Grand Rapids: William B. Eerdmans Publishing Company, 1971), 1:37.
3. Algunas personas enseñan que la frase: “maridos de una sola mujer” significa casado una vez en la vida. Aunque esta opinión parece tener la literalidad de la frase a su favor, y eso debe tomarse seriamente, no está en armonía con toda la enseñanza bíblica en cuanto al matrimonio por varias razones: He aquí porqué:

(1) La Biblia enseña claramente que la muerte disuelve el vínculo del matrimonio y libera al esposo para casarse otra vez sin pecar (1 Corintios 7:39; Romanos 7:2,3).

(2) Desde la perspectiva bíblica, el matrimonio después de la muerte de un esposo no es reprochable. Aquellos que sostienen la opinión del matrimonio una sola vez, no pueden identificar la vergüenza o el defecto que hay en el hecho de volverse a casar y que impide a un hombre desempeñarse como anciano o diácono; en particular a los diáconos. Puesto que los diáconos no son supervisores espirituales de la iglesia, es casi que imposible entender el reproche que enfrentarían los diáconos si se volvieran a casar después de la muerte de la esposa. De hecho, *aquellos que tratan de demostrar que es deshonroso contraer segundas nupcias lo único que hacen es hacer surgir también serias dudas en cuanto al primer matrimonio.*

Esta interpretación deja un sabor de ascetismo falso, la misma cosa que Pablo condena en 1 Timoteo 4:3. De los falsos maestros Pablo dice que son hombres que: “prohibirán casarse, y mandarán abstenerse de alimentos que Dios creó...” Este tipo de interpretaciones hace que supuestamente Pablo prohíba un segundo matrimonio a los líderes de la iglesia y a las viudas.

(3) Esta interpretación crea dos reglas de juego para dos grados de santos. Por alguna razón desconcertante, los ancianos, diáconos y las viudas no pueden volverse a casar después de la muerte de un esposo, pero los otros santos sí pueden. Tal división en la familia de Dios es incongruente con el resto del Nuevo Testamento. “Postular grados de santidad oficial”, escribe E.K. Simpson, “entre miembros del mismo cuerpo espiritual puede que sea clericalismo ortodoxo, pero es cristianismo heterodoxo” (“Las Epístolas Pastorales” –*The Pastoral Epistles*–) [Grand Rapids: William B. Eerdmans Publishing Company, 1954], p.50).

(4) En el contexto de instrucción en cuanto al matrimonio, la soltería, y las segundas nupcias, Pablo dice a los corintios: “Esto lo digo para vuestro provecho; no para tenderos lazo...” (1 Corintios 7:35). Este tipo de interpretación, sin embargo, reprime a un hom-

bre inocente penalizándolo por no tener el don de la soltería o de la abstinencia.

(5) 1 Timoteo 5:9 enumera los requisitos para las viudas a quienes la iglesia local está obligada a apoyar: “Sea puesta en la lista sólo la viuda no menos de sesenta años, que haya sido esposa de un solo marido...” Si la frase: “esposa de un solo marido significa sólo un esposo en toda la vida, entonces el consejo que Pablo da, seis versículos más adelante, a las viudas jóvenes para que se casen otra vez es muy confuso. En el versículo 14 Pablo anima a las jóvenes viudas a casarse: ”Quiero, pues, que las viudas jóvenes se casen, críen hijos, gobiernen su casa; que no den al adversario ninguna ocasión de maledicencia”. ¿Qué pasa entonces si el segundo esposo de la viuda muere? ¿Ya no sería elegible para recibir la ayuda dada a las viudas porque siguió el consejo del apóstol de volverse a casar cuando era joven? Este sería sin duda un consejo muy confuso. Claro está que si la frase: “esposa de un solo marido” no quiere decir un esposo en toda la vida entonces no hay conflicto en el consejo de Pablo.

(6) Es muy improbable que Pablo, quien es sensible a los asuntos matrimoniales (1 Corintios 7:2-5,7,8, 15,32-36,39), usara una frase de tres palabras tan ambigua para enseñar algo tan vital para las viudas y los viudos, y que está en aparente discordia con el resto de las Escrituras. En 1 Corintios, en donde Pablo aconseja a los cristianos solteros reflexionar en cuanto a la soltería, rápidamente explica sus palabras. El conocía la propensión hacia el ascetismo. Sabía que la gente interpretaría sus palabras como despreciativos en cuanto al matrimonio. Pero bajo ninguna circunstancia está desacreditando el matrimonio.

El matrimonio es la norma, pero Pablo quiere que pongamos a consideración la soltería, ya que puede ser efectivamente usado para fomentar la obra de Dios. Entonces escribe: “Quisiera más bien que todos los hombres fuesen como yo; pero cada uno tiene su

propio don de Dios, uno a la verdad de un modo, y otro de otro. Digo, pues, a los solteros y a las viudas, que bueno les fuera quedarse como yo; pero si no tienen don de continencia, cásense, pues mejor es casarse que estarse quemando” (1 Corintios 7:7-9). Este consejo es para los ancianos y los diáconos, así como para todo miembro de la congregación. Si un diácono es viudo y decide permanecer soltero para poder prestar un mejor servicio íntegro a Dios, es bueno. Pero si quiere casarse, también eso es admisible.

(7) Finalmente, si esta frase quiere decir casados solo una vez, es una restricción extremadamente aterradora y potencialmente perjudicial. En la era en que escribió Pablo, y durante los siguientes mil ochocientos años, no era raro que una persona perdiera a su esposo o esposa a una edad relativamente temprana. Entonces si un buen anciano o diácono perdía su esposa y se volvía a casar, también perdía su lugar de liderazgo en la iglesia. Esto perjudicaría a toda la iglesia. Todos sabemos lo difícil que es encontrar buenos ancianos y diáconos. Entonces inhabilitar a un anciano o un diácono porque se volvió a casar es una pérdida terrible. Sabemos que Dios ama a la iglesia. Es difícil de creer que él colocara un requisito en sus líderes que los perjudicara a ellos o a la iglesia.

4. J.E. Huther “Manual Crítico y Exegético de las Epístolas a Timoteo y Tito” (*Critical and Exegetical Handbook to the Epistles to Timothy and Titus*, Comentario de Meyer sobre el Nuevo Testamento, Meyer’s Commentary on the New Testament (New York: Funk y Wagnalls, 1890), p.118.
5. Elton Trueblood: “Tu Otra Vocación” (*Your Other Vocation*) (New York: Harper and Row, 1952), p.82.

Cuarta Parte

La importancia de los diáconos en la iglesia

Todos estamos demasiado ocupados cuidando de nosotros mismos; esquivamos las dificultades del trabajo excesivo. Y con demasiada frecuencia, por estar tan preocupados por cuidarnos a nosotros mismos, no hacemos la mitad de lo que deberíamos hacer. El ministro de Dios tiene la obligación de rechazar todo aquello que lo lleve a la pereza; su llamado es al trabajo intenso; y si se destruyere su cuerpo por su labor esforzada, solo debe agradecerle a Dios el haberle concedido el gran privilegio de llegar a ser un sacrificio vivo.

Charles Haddon Spurgeon

Capítulo 12

Importancia y premios para los diáconos

Porque los que ejerzan bien el diaconado, ganan para sí un grado honroso, y mucha confianza en la fe que es en Cristo Jesús.

1 Timoteo 3:13

Este último pasaje debería ser una fuente de enorme motivación para los diáconos. Aquí Pablo declara que los diáconos fieles ganan una importante influencia y honor en la iglesia, y que se pueden convertir en generadores de potencia espiritual para Dios, al ejercer la fe vigorosa en Cristo en todas sus labores. Que nadie degrade el diaconado de la iglesia.

La pequeña palabra “porque” es importante. Esta palabra proporciona la conexión lógica entre el versículo 13 y la sección anterior (versículos 8-12) y nos ayuda a entender por qué son necesarios los requisitos de los versículos 8 a 12. Algunos pueden cuestionar la enormidad de las exigencias que se demandan para los diáconos puesto que ellos no están al mismo nivel de los obispos. El versículo 13, sin embargo, disipa cualquier pensamiento de que los diáconos no sean importantes o que su idoneidad para el trabajo no sea tan necesaria como lo es en el caso de los

obispos. A la vez, este versículo proporciona motivación y ricos incentivos para los diáconos a servir incondicionalmente.

los diáconos ganan un puesto de influencia y honor en la iglesia

Lo que Pablo dice en cuanto a los diáconos en el versículo 13 se aplica a los diáconos que “ejerzan bien”. Sólo aquellos que ejerzan bien –no es cuestión solamente de integrar el equipo de liderazgo de la iglesia– reciben “un grado honroso”. La palabra “bien” indica servicio loable hecho en la forma correcta. (Véase 1 Timoteo 5:17).

Un diácono que sirve bien gana “un grado honroso”, pero ¿qué es un “grado honroso”? La palabra griega que indica “grado”, *bathmos*, significa “un escalón”, “una base de un pedestal” o “un peldaño”. Pero la palabra también se usa en forma figurativa, tal como en el versículo 13, para significar “posición”, “lugar” o un “grado de avance”.

Algunos comentaristas creen que la frase “grado honroso” significa “un avance en categoría”. Por lo tanto, afirman que la premiación por el buen servicio es una promoción al cargo más elevado del ancianado. Esta opinión, sin embargo, se fundamenta en nociones falsas del diaconado. Algunos diáconos que sirven excelentemente nunca calificarán para ser pastores-ancianos puesto que no tienen el don de la enseñanza. Los diáconos no tienen que ser capaces de enseñar, pero los ancianos sí. El diaconado, por lo tanto, no es un escalón para llegar al cuerpo de ancianos.

Además, la palabra “honroso” es la palabra griega *kalos*, que significa “bueno”. Pablo dice que el diácono fiel gana “un grado honroso”, no un grado mejor. Pablo no está diciendo que ser anciano es bueno y que es ser diácono no lo es. Tales ideas contradicen el propósito del versículo 13, que es animar a los diáconos.

Otros eruditos sugieren que la afirmación de Pablo es con relación a la posición de los diáconos en el tribunal de Cristo. Los diáconos, dicen, obtendrán una excelente posición en la gloria. Aún otros dicen que “grado honroso” es un nivel superior de la vida espiritual. Estas interpretaciones, sin embargo, parecen poco probables y fuera de contexto.

Pablo usa *bathmos* en este contexto para significar “honor” o como Hunter dice, “un estado de posición”.¹ E.K. Simpson, erudito renombrado de la literatura helenística griega, escribe: “Debemos traducirlo como *una posición de honor*”.² Hort traduce el pensamiento de esta forma: “una excelente posición de ventaja”.³ La palabra “honroso” en Griego, *kalos*, significa: “bueno”, “noble”, o digno de elogio”. El versículo 13 entonces comunica la idea de que *un diácono fiel y diligente puede obtener para sí un lugar de influencia y de honor*.

Basándonos en el contexto, podemos dar por sentado que la fuente principal de esta posición de influencia y honor es la comunidad cristiana. Claro está que si un diácono gana una buena influencia en la iglesia local, también tendrá tal posición ante Dios. Sin embargo, la buena posición que Pablo está describiendo se relaciona más directamente con la esfera en la que se lleva a cabo el servicio de los diáconos, no la posición de ellos en la eternidad.

Todo lo que Pablo escribe en este versículo en cuanto a los diáconos, se relaciona con su buen servicio a otros (versículo 13a). La clave de toda esta sección (3:8-12) es transmitir o comunicar los requisitos que deben cumplir los diáconos y a la vez enfatizar la importancia de su proceso de prueba ante la iglesia local. Los hermanos y hermanas en Cristo, deben verificar que los diáconos en perspectiva son irrepreensibles antes de que comiencen a ejercer en un sentido oficial. El versículo 13 enfatiza, tanto para los diáconos como para la congregación, la necesidad de cumplir con estos requisitos. Dado que los diáconos pueden adquirir tal lugar de honor, los candidatos para

ser diáconos deben estar calificados apropiadamente y ser probados antes de que comiencen a prestar su servicio.

Además, el versículo 13 es análogo a 1 Timoteo 3:1, en donde Pablo escribe una afirmación similar en cuanto a los obispos. El motiva a los hombres a servir como obispos al decir: “Si alguno anhela obispado, buena obra [buen trabajo] desea”. Quizá Pablo se da cuenta de que es necesario hacer una afirmación positiva y motivante en cuanto a los diáconos. La gente puede haber pasado por alto y subestimado a los diáconos. Por eso Pablo asegura a sus lectores que los diáconos también hacen una buena obra y por eso pueden ganar para sí mismos una alta estima e influencia en la iglesia.

¡Qué privilegio tan grande es tener una posición honorable en la casa de Dios! Es mejor que tener el cargo más alto del gobierno o en una universidad prestigiosa. La casa de Dios —su iglesia— es la institución más importante sobre la tierra.

Me gustaría compartir una ilustración contemporánea que comunica el pensamiento de Pablo en el versículo 13. Una vez al año se hace una encuesta para escoger a los personajes más respetados del mundo. Interesantemente se escogen muy pocas estrellas de cine o personajes adinerados. Cada año, la Madre Teresa (monja de la iglesia Católica Romana), encabeza la lista. Por más de cuarenta años ella se ha dedicado con esmero a ayudar a los más pobres de Calcuta, India. Hoy en día ella es una de las mujeres más respetadas e influyentes del mundo. Los diáconos que ayudan bien a las personas, de igual manera ganarán un lugar de honor e influencia.

Los diáconos ganan mucha confianza en la fe

No solo los diáconos que sirven bien ganan para sí mismos un grado honroso y una buena reputación en la iglesia, también ganan “muchísima confianza en la fe que es

en Cristo Jesús”. Estudiemos más de cerca este segundo premio por el servicio diligente.

La palabra “confianza” (Griego: *parrēsia*) es una palabra importante del Nuevo Testamento que puede significar “libertad de palabra, hablar abiertamente”. Por esta razón algunos traductores creen que Pablo se está refiriendo a la confianza de los diáconos para hablar abiertamente en cuanto a la fe. La versión Dios Llega al Hombre dice así: “Porque los diáconos que realizan bien su trabajo, se ganan un lugar de honor, y con mayor confianza podrán hablar de su fe en Cristo Jesús”. Esta traducción, sin embargo, parece fuera de lugar dentro del contexto del trabajo de los diáconos.

En el Nuevo Testamento, “confianza” significa más frecuentemente “valentía”, “confianza firme”, o “audacia” en un sentido general, sin hacer referencia al hablar. Es el opuesto de reservado, temeroso, disimulado, o tímido. En el presente pasaje “confianza” es una traducción aceptable pero muy débil. La palabra “valentía”, como la traducen algunas versiones es mejor y se ajusta más con la frase preposicional que sigue: “en la fe”.

Pablo está diciendo que estos diáconos ganarán mucha valentía en su fe en Cristo. La valentía de los diáconos es específicamente en el área de “la fe”, o como dice el texto griego original: “en fe”. En el versículo 13, “fe” no se refiere a una colección ordenada de doctrinas, sino a la fe que experimentan los diáconos en su vida personal centrada en Cristo. (Este tipo de fe subjetiva se menciona en 1 Timoteo 1:4,5,14,19; 2:15;6:12).

Podemos pensar que debido a que los diáconos ayudan al bienestar físico de las personas, no necesitan adquirir valentía en la fe. Pero ese no es el caso. Su trabajo les exige poder espiritual y fe. Los diáconos necesitan vitalidad espiritual y energía. No subestimemos la influencia espiritual que el diácono puede tener en la iglesia local.

Los diáconos pueden hacer obras maravillosas para Dios y su pueblo; pueden extender su ministerio en muchas formas, influenciar profundamente en la congregación y ser ejemplos vivientes de la compasión y la misericordia de Dios. Además, los diáconos diligentes no solo ganan para sí mismos valentía en la fe, sino *mucha* valentía en la fe. Qué mejor virtud puede ganar un diácono que *mucha valentía en la fe*, lo que incrementa tremendamente el potencial de su trabajo.

La palabra “fe” es una de las palabras más importantes en el Nuevo Testamento. La palabra “fe” se repite más de 307 veces, en sus formas sustantivas, verbales y adjetivas. En palabras de Nigel Turner, la fe “es en efecto, la vida cristiana... es el canal por el cual se reciben las bendiciones que son propiedad exclusiva del creyente: paz con Dios, esperanza, gozo, perdón y salvación. La fe es la fuente de la cual brotan las cualidades que le dan sentido a la vida cristiana”.⁴

Nuestra fe es una cualidad dinámica. Puede crecer fuerte y abundar (2 Tesalonicenses 1:3; 2 Corintios 10:15), o se puede volver débil; también puede aguantar o fallar; siempre será atacada. Satanás busca destruir nuestra fe porque es la clave para resistirlo y para ganar la batalla espiritual (Efesios 6:16; 1 Pedro 5:8,9; 1 Juan 5:4; 1 Tesalonicenses 5:8). La fe afecta nuestras oraciones. La fe gobierna el ejercicio de nuestros dones espirituales (Romanos 12:3,6); nos motiva hacia un amor mayor y hacia un servicio más efectivo (2 Tesalonicenses 1:11).

Toda la vida cristiana debe estar caracterizada por la fe —“confianza” en Cristo. Lo más maravilloso que aprendemos de 1 Timoteo 3:13 es que en la medida que los diáconos cumplen su servicio devotamente, también crecerán sus vidas espirituales, particularmente su fe en Cristo. Aunque los diáconos no enseñan o gobiernan a la congregación, pueden ser gigantes espirituales que ejercen una fe valiente. Aquellos que son valientes en la fe se arriesgan en las obras para Dios, inspiradas por la fe. Esta fe

valiente redundará en hacer mayores proezas para Dios, en mover montañas, en generar nuevas ideas creativas para mostrar la misericordia y el amor de Cristo acia otras personas, en obtener nueva visión, y en realizar más que los deberes mínimos. En la medida en que los diáconos tienen un buen desempeño, reciben más valentía en su fe para servir aún mejor. Los hombres de fe son hombres de acción y de obras.

La fe no puede abundar y crecer aparte de la resistencia que producen las pruebas y las aflicciones. El apologista, Os Guinness, hace una comparación entre el fortalecimiento de la fe y el entrenamiento físico de un atleta:

Así como un deportista en entrenamiento, la fe debe mantenerse en forma. Debe estar en buen estado físico. Debe estar siempre entrenado, y no faltar a las prácticas. Tendrá sus límites pero los conocerá y hará lo mejor posible para superarlos. Lo que más teme es la prueba que muestre que su entrenamiento no ha servido, que sus músculos se han vuelto flácidos, que su confianza no estaba bien fundada... No es sorprendente que muchas de las descripciones bíblicas de la fe son de una actitud vigorosa, activa y enérgica. La fe es el esfuerzo del atleta por llegar a la meta, es el boxeador que mantiene una condición magnífica por su entrenamiento, es el soldado en batalla que cuenta apenas con su equipo básico... La fe se estira hacia la meta, para no ser repelida. La fe tiene que estar en forma o se debilita.⁵

Por otra parte, la falta de fe paraliza al hombre. Dehene la acción, destruye su visión; crea desobediencia y no deja progresar. Escuchemos la voz de Moisés en cuanto a la falta de fe de Israel: “Y cuando Jehová os envió desde Cades-barnea, diciendo: Subid y poseed la tierra que yo es he dado, también fuisteis rebeldes al mandato de Jehová vuestro Dios, y no creísteis, ni obedecisteis a su voz” (Deuteronomio 9:23).

Nótese que la fe que Pablo describe en 1 Timoteo 3:13 no está arraigada en la propia inteligencia de los diáconos, su habilidad, energía, o recursos financieros. Esta fe está enraizada “en Cristo Jesús”. La fe bíblica se basa en Cristo y no en la persona. Es una fe Cristocéntrica, y la gran diferencia es el objeto de nuestra fe; es fe en aquel que nos da fuerza y nos sostiene; fe en el Hijo ungido de Dios, Jesucristo, nuestro Salvador.

Excepto por unas cuantas referencias a Dios, casi todas las referencias del Nuevo Testamento colocan a Jesucristo como el objeto de nuestra fe. El nos lleva al Padre; sólo podemos conocer a Dios por medio de Jesucristo. Sin Cristo, no podemos acercarnos o servir a Dios. Sin él no podemos hacer nada (Juan 15:5).

Nuestra fe determina nuestra capacidad para el servicio de Dios. Por ejemplo, cuando los discípulos preguntaron por qué ellos no habían podido sanar a un joven poseído por un demonio, Jesús les dijo que ellos no pudieron hacerlo por su falta de fe:

Jesús les dijo: Por vuestra poca fe, porque de cierto os digo, que si tuviereis fe como un grano de mostaza, diréis a este monte: Pásate de aquí allá, y se pasará; y nada os será imposible” (Mateo 17:20; cfr. 1 Corintios 13:2).

Todo lo que podamos lograr para Dios se hace de acuerdo con nuestra fe. El escritor de Hebreos ilustra el poder de la fe obrando a través de héroes de la fe del Antiguo Testamento: “que por fe conquistaron reinos, hicieron justicia, alcanzaron promesas, taparon bocas de leones, apagaron fuegos impetuosos, evitaron filo de espada, sacaron fuerzas de debilidad, se hicieron fuertes en batallas, pusieron en fuga ejércitos extranjeros” (Hebreos 11:33,34). Lucas se refiere a Esteban, uno de los Siete, como “varón lleno de fe” (Hechos 6:5).

¡Alcanzar gran valentía en la fe es ganar un tremendo premio! ¿Podrían los diáconos ganar algo mejor que ma-

yor valentía, por medio de Cristo? ¡Qué premio tan maravilloso! ¡Qué ministerio tan estupendo pueden realizar los diáconos!



Capítulo 12: Importancia y premios para los diáconos

1. J.E. Huther, "Manual Crítico y Exegético de las Epístolas a Timoteo y Tito" (*Critical and Exegetical Handbook to the Epistles to Timothy and Titus*). "Comentario de Meyer sobre el Nuevo Testamento" (Meyer's Commentary on the New Testament) (Nueva York: Funk and Wagnalls, 1890), p.125.
2. E.K. Simpson: "Las Epístolas Pastorales" (*The Pastoral Epistles*) (Grand Rapids: William B. Eerdmans Company, 1954), p.57.
3. F.J.A Hort, "La Iglesia Cristiana" (*The Christian Ecclesia*), (Londres: Macmillan and Company, 1914), p.202.
4. Nigel Turner, "Palabras Cristianas" (*Christian Words*) (Nashville: Thomas Nelson Publishers, 1981), p.158.
5. Os Guinness, "En Dos Mentes: el dilema de la duda y cómo resolverla" (*In Two Minds: the dilemma of doubt and how to resolve it*). (Downers Grove: InterVarsity Press, 1976), pp. 49,150.

Capítulo 13

Agentes de la misericordia de Cristo

Sed, pues, misericordiosos, como también vuestro Padre es misericordioso.

Lucas 6:36

...el que ayuda a los necesitados, hágalo con alegría.

Romanos 12:8d (Dios Habla Hoy)

Entre las muchas palabras profundas escritas en la Biblia, la palabra *misericordia* se destaca entre ellas como el término que comunica esperanza y consuelo. En un mundo plagado por el sufrimiento y el pecado, necesitamos misericordia de Dios y de nuestros semejantes continuamente. Lawrence O. Richards da una definición sencilla de la misericordia: “En ambos Testamentos la misericordia es la compasión expresada para suplir las necesidades humanas”.¹ Carl Armerding en: “Enciclopedia Zondervan de la Biblia” (*The Zondervan Encyclopedia of the Bible*), nos da una definición más completa:

... es la disposición de ayudar a alguien. Esta disposición, aunque se siente en nuestro interior, se ma-

nifiesta en forma externa mediante algún tipo de acción. Es evidente que la misericordia combina un fuerte elemento emocional, normalmente identificado como piedad, compasión, o amor, con alguna demostración práctica de bondad, en respuesta a las condiciones o necesidades de quien es objeto de la misericordia.²

En su libro, “Ministerios de Misericordia” (*Ministries of Mercy*), Timothy J. Keller comenta que la “Misericordia” es el impulso que nos hace sensibles a las heridas y carencias o necesidades de otros y nos hace desear mitigarlas.³ Citando a un escritor Puritano, Keller dice: “La gracia tiene mucho que ver con los méritos del hombre, pero la *misericordia* tiene mucho que ver con la miseria del hombre”.⁴

La Biblia enseña que Dios está lleno de misericordia. El profeta Jeremías clama: “Por la misericordia de Jehová no hemos sido consumidos” (Lamentaciones 3:22a). Si no fuera por la misericordia de Dios para con los pecadores indignos y necesitados, todos estaríamos perdidos en nuestros pecados. Pero las Escrituras dicen: “Pero Dios que es rico en misericordia...nos dio vida juntamente con Cristo” (Efesios 2:4a, 5a).

Nuestro Señor, cuando estaba en la tierra, hizo mucho para aliviar la miseria humana de aquellos que le rodeaban. A un hombre loco, lleno de demonios, a quien sanó, le dijo: “Vete a tu casa, a los tuyos, y cuéntales cuán grandes cosas el Señor ha hecho contigo, y cómo *ha tenido misericordia de ti*” (Marcos 5:19; itálicas agregadas).

La maravillosa historia del buen samaritano es una ilustración conmovedora e instructiva de la misericordia humana en acción (Lucas 10:30-37). Cuando el samaritano encontró a un hombre casi muerto, golpeado, desnudo, a quien habían robado y que se hallaba en el camino a Jericó, la Biblia dice que: “fue conmovido a misericordia”. Profundamente conmovido en su alma por la condición del hombre desvalido, el samaritano tomó una acción in-

mediata para aliviar su sufrimiento: “vendó sus heridas, echándoles aceite y vino; y poniéndole en su cabalgadura, lo llevó al mesón y cuidó de él”. Al día siguiente el samaritano le dijo al mesonero ““Cuídamele; y todo lo que gastes de más, yo te lo pagaré cuando regrese””.

Un maestro de la ley preguntón denominó lo que el samaritano hizo por este hombre en sufrimiento: “el que usó de misericordia” (Lucas 10:37). Coincidiendo con el análisis de este maestro de la ley, Jesús añadió: ““Vé, y haz tú lo mismo””.

Los diáconos son los agentes de misericordia en la iglesia de Cristo

Como lo hemos visto, los diáconos deben suplir las necesidades más obvias de las personas. Los doce apóstoles describen su labor en Hechos 6:

“Entonces los doce convocaron a la multitud de los discípulos, y dijeron: No es justo que nosotros [los supervisores u obispos de la iglesia] dejemos la palabra de Dios, para servir a las mesas [recoger y administrar los fondos para los pobres]. Buscad, pues, hermanos, de entre vosotros a siete varones de buen testimonio, llenos del Espíritu Santo y de sabiduría, a quienes encarguemos de *este trabajo* [dar ayuda a los pobres].” (Hechos 6:2,3: itálicas agregadas).

Las obras caritativas de la iglesia se organizan y centralizan efectivamente a través de los diáconos, quienes recolectan fondos, distribuyen lo recolectado, y son agentes de misericordia. Ellos ayudan al pobre, a la persona que no tiene empleo, al enfermo, a la viuda, al anciano, al que no tiene hogar, al que está encarcelado, a los refugiados, y a los que están incapacitados físicamente. Aconsejan y orientan a las personas; los visitan en sus hogares, alivian su sufrimiento, los consuelan, protegen y motivan y les ayudan a suplir sus necesidades. En el idioma moderno, son los trabajadores sociales de la congregación.

Su trabajo, aunque a veces difícil y exasperante, es

muypreciado a los ojos de Dios. El está profundamente preocupado por el pobre y el necesitado. “La religión pura y sin mácula es...” dice Santiago, “visitar a los huérfanos y a las viudas en sus tribulaciones...” (Santiago 1:27). Ayudar al necesitado es una ocupación esencial en el cristianismo auténtico. Aún así, los necesitados son muchas veces abandonados o descuidados y hasta despreciados. ¡Esto no debe ser así! La iglesia local debe cuidar a sus miembros que se encuentran en necesidad, y el diaconado es el cuerpo eclesial oficial responsable por este trabajo.

En el Nuevo Testamento, los diáconos siempre mantienen una estrecha relación con los apacentadores de la iglesia. Así como los apacentadores, se requiere que ellos cumplan ciertos requisitos; al igual que los apacentadores, deben ser oficialmente examinados y aprobados antes de comenzar a funcionar en el cargo. Como los apacentadores, tienen una posición oficial de confianza en la congregación. Pero a diferencia de los apacentadores, los diáconos no enseñan o gobiernan como parte de su posición; son funcionarios siervos que alivian a los apacentadores de la multitud de deberes prácticos que se requieren para cuidar de una congregación. Los dos cargos de obispo y diácono son separados pero se complementan mutuamente. Los apacentadores-ancianos deben poner su atención en la enseñanza y el liderazgo de las personas. Los diáconos deben poner mucha atención en el bienestar físico de las personas. Dolorosamente, sin embargo, muchos diáconos no saben quiénes son, qué hacer ni mucho menos cómo hacerlo. Por esa razón sufren, los pastores sufren y las congregaciones sufren, y las personas que se hayan en necesidad de su atención son quienes más sufren.

Entre las iglesias cuyas creencias se basan en la Biblia, existen dos extremos que amenazan al diaconado del Nuevo Testamento continuamente. El primero es hacer de los diáconos las personas que manejan el poder y que dirigen a la iglesia. En muchas iglesias, los diáconos son quienes conforman la junta directiva. Esta práctica des-

caradamente ignora toda la realidad del Nuevo Testamento en cuanto a los diáconos y distorciona el diaconado del Nuevo Testamento completamente.

El otro extremo degrada los diáconos, hasta colocarlos en una posición de conserjes. Pero el diaconado del Nuevo Testamento nunca fue creado con la intención de que fuera un comité encargado del mantenimiento del edificio. Si su congregación es dueña de un edificio, organice un comité de mantenimiento del edificio. Las personas de ese comité no necesitan llenar los requisitos de Dios para el diaconado, ni necesitan ser examinados públicamente ni tampoco ser aprobadas. Si usted necesita un diácono en el comité que facilite la buena administración y la buena comunicación, eso está bien, pero no deje que el diaconado pierda su enfoque principal, lo que inevitablemente sucede cuando éste asume toda la responsabilidad por el mantenimiento del edificio de la iglesia.

No debemos olvidar que el verdadero tesoro de la iglesia es su gente, no sus bancas o asientos ni sus edificios. Aún así, con mucha frecuencia los necesitados se dejan de atender, y los edificios de las iglesias reciben la atención prioritaria tanto de tiempo como de fondos.

Los diáconos tienen una responsabilidad bien definida, que consta de dar servicio devoto a aquellos que están en aflicción o angustia y quienes son tan apreciados para el corazón de Dios. Como está tan admirablemente ilustrado para nosotros en Hechos 6, el diaconado es esencial para la iglesia local y nuestro testimonio para Cristo. Los diáconos tienen el honor de reflejar la compasión de Dios, su bondad, misericordia y amor ante la iglesia local y ante el mundo perdido. Cuando la iglesia local se preocupa compasivamente por las necesidades de las personas, el mundo observa un despliegue visible del amor de Cristo, que llevará a algunos al Salvador. Por eso toda iglesia local requiere de diáconos fieles y dedicados que tengan el corazón compasivo de Cristo para con los necesitados.

Los diáconos deben seguir el ejemplo de Jesús

Cuando nuestro Señor misericordioso vino a este mundo egocéntrico egoísta y orgulloso, las virtudes de humildad y servicio recibieron un significado y una trascendencia radicalmente nuevos (Mateo 20:20-28; Lucas 12:37). Por eso, si queremos entender cabalmente la idea cristiana de servicio, debemos estudiar la vida de Cristo, que es una historia de “servicio” de amor abnegado hacia otros. El fue un siervo *por excelencia*. Los siguientes pasajes de las Escrituras nos cuentan de los *diakonia* devota de Cristo:

- “Y en gran manera se maravillaban, diciendo: Bien lo ha hecho todo; hace a los sordos oír, y a los mudos hablar” (Marcos 7:37).
- “...como Dios ungió con el Espíritu Santo y con poder a Jesús de Nazaret, y cómo este anduvo haciendo bienes y sanando a todos los oprimidos por el diablo, porque Dios estaba con él” (Hechos 10:38).
- “Y vinieron a él en el templo ciegos y cojos, y los sanó. Pero los principales sacerdotes y los escribas, *viendo las maravillas que hacía*, y a los muchachos aclamando en el templo y diciendo: ¡Hosanna al Hijo de David! se indignaron (Mateo 21:14,15; *itálicas agregadas*).
- “Entonces Jesús, compadecido, les tocó los ojos, y en seguida recibieron la vista; y le siguieron” (Mateo 20:34).
- “Recorría Jesús todas las ciudades y aldeas, enseñando en las sinagogas de ellos, y predicando el evangelio del reino, y sanando toda enfermedad y toda dolencia en el pueblo. Y al ver las multitudes, tuvo compasión de ellas; porque estaban desamparadas y dispersas como ovejas que no tienen pastor”. (Mateo 9:35,36).
- “Respondiendo Jesús, les dijo: Id, y haced saber a Juan las cosas que oís y veis. Los ciegos ven, los

cojos andan, los leprosos son limpiados, los sordos oyen, los muertos son resucitados, y a los pobres es anunciado el evangelio” (Mateo 11:4,5).

Como siervos, los diáconos deben tener su verdadera identidad en Jesucristo. Jesucristo debe ser su modelo y su ejemplo; deben ser siervos cristianos inconfundibles – devotos, esforzados, dispuestos, compasivos y misericordiosos. Que todos los diáconos sean bendecidos a medida que buscan imitar la preocupación compasiva y abnegada de Cristo por aquellos que están en angustia o en aflicción. Que sean como él cuando sirvan en este cargo de tanta estima.



Capítulo 13: Agentes de la misericordia de Cristo

1. Lawrence O. Richards, "Diccionario Expositivo de las Palabras de la Biblia" (*Expository Dictionary of Bible Words*) (Grand Rapids: Zondervan Publishing House, 1985), p.441.
2. C.E. Armerding, "Misericordia, Misericordioso" (Mercy, Merciful) en "Enciclopedia Bíblica Pictórica de Zondervan" (*Zondervan Pictorial Encyclopedia of the Bible*), ed. M.C. Tenney, 5 vols. (Grand Rapids: Zondervan Publishing House, 1975), 4:188.
3. Timothy J. Keller, "Ministerios de Misericordia" (*Ministries of Mercy*) (Grand Rapids: Zondervan Publishing House, 1989), p.46.
4. *Ibid.*, p.46.